



Su acuerdo estaba fuera de control y, cuando se quisieron dar cuenta, ya estaban en la cama.

Al multimillonario Alessio di Bari no se le ocurría nada peor que tener que ir solo a otra reunión de su disfuncional familia; así que, tras descubrir que Nicola Bennett llevaba una doble vida como camarera de un club nocturno, le ofreció un trato: pagarle a cambio de que lo acompañara a Italia en calidad de supuesta novia.

Nicola estaba acostumbrada a fingirse refinada. Ese era el motivo de que hubiera sobrevivido a sus humildes orígenes. Pero la conexión que se creó entre ella y el igualmente distante Alessio la tenía loca de deseo. Y para disfrutar de sus caricias, lo único que tenía que hacer la inocente Nicola era encontrar el valor necesario para pedírselo.

Prólogo

ALESSIO di Bari podía soportar la antipatía de Nicola Bennett. Estaba acostumbrado a la aversión de algunas mujeres, que se solía desarrollar cuando aceptaban de una vez que no estaba interesado ni en el matrimonio ni en ningún tipo de relaciones duraderas.

Y también estaba acostumbrado al enfado, a los estallidos de emoción que a veces terminaban en el dormitorio en un encuentro de piel contra piel y ropa quitada a toda prisa. De hecho, eran un soplo de aire fresco en contraposición con su temperamento frío y científico.

Sin embargo, no estaba acostumbrado a la indiferencia.

Esa fue la razón de que frunciera el ceño en la lujosa y espaciosa galería de Londres en la que se encontraban. Nicola le estaba dedicando toda su indiferencia, y se sentía profundamente insultado.

—¿Le apetece un café, signor di Bari?

Su mirada no podía ser más gélida. Sus grises ojos eran puro hielo. Aunque, por otra parte, no había nada en ella que no fuera frío: su ropa, su actitud, hasta su forma de hablar, pronunciando cuidadosamente cada sílaba, como si calculara todas y cada una de sus palabras antes de que escaparan de los confines de su boca.

Pero ¿por qué estaba fascinado con ella? Ni era una preciosidad ni vestía particularmente bien. No se podía negar que su camisa blanca y su falda negra resultaban elegantes, pero eran algo aburridas, al igual que sus sensatos zapatos y sus limadas uñas. Además, tenía la manía de recogerse el cabello en un férreo moño del que jamás se escapaba un pelo, y que a veces daba la impresión de ser un casco.

Su estilo no podía ser menos seductor. Lo único que rompía su desesperante contención era la marca de nacimiento con forma de rosa minúscula que tenía en un lado del esternón y la finísima cadena de oro que brillaba en la base de su largo cuello.

Era la mujer más tiesa que había conocido.

La más tiesa de todas.

Y, a pesar de ello, por el motivo que fuera, Alessio se sorprendía de vez en cuando admirando su pequeña marca y preguntándose a qué sabría su piel si pasara la lengua por ella y qué se sentiría al soltar su severamente reprimida melena y acariciarla.

¿Sería eso lo que le interesaba tanto?

A fin de cuentas, era un científico, un hombre que aborrecía el gris paisaje de la incertidumbre, que siempre buscaba respuestas. Y un hombre que últimamente no podía disfrutar de la vida, porque la apertura de la nueva fábrica en Alemania y la inauguración de la que iban a abrir en Estados Unidos lo habían mantenido muy ocupado.

Sí, quizá fuera eso. En ausencia casi total del placer, le había dado por fantasear con la más inaccesible del planeta, la fría Nicola Bennett.

—¿No deberías ofrecerme champán? Aunque solo sea por el considerable agujero que la compra de esa obra ha hecho en mis finanzas —respondió él, ladeando la cabeza hacia un enorme cuadro. —Y ahora que lo pienso, ¿no crees que tu jefe tendría que haberme hecho alguna rebaja, teniendo en cuenta que soy amigo suyo y cliente habitual de su galería?

Nicola no se inmutó. Ni sus implacables rasgos ni su educada sonrisa sufrieron el menor cambio.

—Si espera al fin de semana, podrá regatear con él todo lo que quiera —contestó ella. —Vuelve de Argentina el viernes.

—Lamentablemente, este fin de semana voy a estar liado —dijo él.

Nicola se encogió de hombros, y su movimiento derivó la mirada de Alessio hacia la suave curva de sus pechos.

—Pues es una lástima. Aunque, en mi opinión, esa obra es una ganga.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

Sus ojos se clavaron en el cuadro: una mujer sentada junto a una bañera, con el pelo revuelto y expresión de estar sexualmente satisfecha. No llevaba más prenda que una camisa de hombre. Lucía una sonrisa apenas perceptible en la comisura de sus labios, y estaba con las piernas ligeramente entreabiertas.

El artista se había hecho famoso por pintar a sus muchas amantes, pero en aquella obra había algo inquietantemente íntimo, que hacía que las personas que la miraban se sintieran como si estuvieran espiando a hurtadillas a la mujer.

Alessio pensó que él no habría sido capaz de mirar a la modelo el tiempo necesario para pintarla; ni aunque hubiera tenido talento artístico, que no lo tenía. Era de la clase de personas que se iban a la ducha inmediatamente después de haber hecho el amor, deseosas de evitar cualquier tipo de sentimentalismo. Algunas de sus amantes se habían quejado de ello, pero no tenía intención de cambiar de actitud.

—¿Te gusta? —preguntó a Nicola.

—Es una de sus mejores obras —respondió ella, midiendo sus palabras.

—Eso no es lo que te he preguntado —replicó él. —Eres una mujer muy evasiva.

—¿Usted cree? —preguntó Nicola, arqueando sus perfectas cejas. —No, es que prefiero los paisajes, signor di Bari. No hay más misterio que ese.

—E insistes en hablarme de usted, aunque te he dicho varias veces que me llames Alessio.

—Prefiero mantener las distancias en el trabajo —declaró ella, con tono brusco. —Trato de usted a todos los clientes de Sergio, y nadie se ha quejado nunca. De hecho, creo que agradecen un poco de formalidad en una época tan informal como esta.

La sonrisa de Nicola hizo que sus palabras parecieran leves, incluso frívolas; pero no eran frívolas en absoluto, sino desdeñosas. Igual que ella.

Para entonces, Alessio ya se había dado cuenta de que estaba mirando subrepticamente el reloj, aunque intentaba disimularlo por el procedimiento de fingir que se estiraba el puño de su camisa. Estaba aburrida, y ardía en deseos de que él desapareciera.

Su actitud le molestó tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para refrenarse. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Desde cuándo le importaba la opinión de una simple dependienta inglesa? No era nadie importante. No significaba nada para él.

Alessio sintió lástima de su pobre amigo Sergio Cabrera, que se veía obligado a soportar su gélida expresión todos los días. Y, por supuesto,

también sintió lástima de su novio; si es que lo tenía, porque le costaba creer que hubiera un hombre en el mundo capaz de aguantar a semejante pez.

—Encárgate de que me envíen el cuadro a mi dirección de Manhattan, por favor.

Alessio sacó el teléfono móvil y le pidió a su chófer que fuera a recogerlo a la galería Mayfair.

—Será un placer.

A él le pareció un comentario de lo más irónico, porque empezaba a pensar que no tenía ni idea de lo que significaba el placer. Nicola Bennett era tan emotiva como un leño.

Sin embargo, su frase le recordó lo que tenía que hacer esa noche. Había quedado con Karl Schneider, un dinámico joven que había desempeñado un papel clave en la construcción de su última fábrica y que estaba pasando unos días en la capital. La noche anterior habían estado en el teatro, y aquella noche quería salir de copas por el Soho.

Alessio no era precisamente de locales nocturnos y, mucho menos, de establecimientos cuyas camareras iban casi desnudas. Pero no tenía más remedio que acompañarlo. Los negocios eran los negocios y, además, Karl le caía bien.

Resignado, suspiró para sus adentros y cruzó los dedos para que fuera una velada placentera, un haz de luz frente al negro nubarrón que se avecinaba: la fiesta de cumpleaños de su madre. No le apetecía ir, pero hasta un hombre como él se veía ocasionalmente en el brete de tener que hacer cosas que no le gustaban.

Asintió a la fría rubia que le abrió la puerta de la galería, salió a la calle y se subió a la limusina, que ya había llegado. Nicola había desaparecido de sus pensamientos, sustituida por una nueva preocupación.

Iba a pasar un fin de semana entero con su tóxica familia.

Y completamente solo.

Capítulo 1

LLLOVÍA a cántaros. Solo era una tormenta de verano, pero el agua azotaba las pantorrillas de Nicola y se le metía en los zapatos, haciendo que chapalearan cada vez que daba un paso. Ya estaba empapada hasta los huesos, y su endeble paraguas era incapaz de protegerla del viento. Por no mencionar que tenía frío, que estaba muerta de hambre y que aún tenía un largo turno de trabajo por delante.

Esas tendrían que haber sido sus preocupaciones principales, pero no lo eran. Y no lo eran porque no podía dejar de pensar en un hombre de voz sedosa y burlona: Alessio di Bari.

Alessio era una contradicción ambulante. Su aspecto no parecía indicar que fuera un químico con fábricas por todo el planeta; era más propio de una estrella de cine que de un científico, algo en lo que estaban de acuerdo la mayoría de las personas. Y cada vez que entraba en la londinense galería de arte, ella caía en el hechizo de su oscuro y sensual atractivo.

Llevaba tres años trabajando allí, y le había visto muchas veces; con frecuencia, en compañía de mujeres impresionantes, diosas de largas piernas y grandes pechos, cargadas de diamantes que probablemente les había regalado el multimillonario italiano. Pero, en los últimos tiempos, iba solo.

Nicola nunca había conocido a nadie como él. Era la quintaesencia del poder, la fuerza y el intelecto. La gente se daba la vuelta para mirarlo, algo que a Nicola le parecía perfectamente comprensible; y no lo miraban por sus trajes caros, sus aviones privados o sus limusinas con chófer.

Sin embargo, la irritaba que se introdujera con tanta facilidad en sus pensamientos, con la potencia de un sexy y apasionado misil. Y también le molestaba que destrozara sus cuidadosamente organizadas defensas sin pretenderlo siquiera, logrando siempre que se sintiera vulnerable y ansiosa, de un modo tan excitante como alarmante y extraño.

Tragó saliva cuando sus rasgos duros y cincelados aparecieron en su mente. Aquellos ojos de color zafiro, su piel dorada, su cabello azabache y su musculoso cuerpo, que sus trajes hechos a medida no lograban disimular. Pero, como tantas veces, fracasó en el intento. Alessio di Bari avivaba su deseo de tal manera que solo quería besarlo, acariciarlo y apretarse contra su duro cuerpo.

Aquello era absurdo.

Sobre todo, por un embarazoso y poco común detalle entre las mujeres de su edad: que seguía siendo virgen.

Justo entonces, el teléfono sonó en el fondo de su bolso, sacándola de sus cavilaciones. No necesitaba mirarlo para saber quién era. Ya había sonado antes, y había hecho caso omiso. Pero tendría que contestar en algún momento, así que se armó de valor y lo sacó.

—¿Nicky? —dijo una mujer al otro lado de la línea.

—Hola, mamá. No puedo hablar mucho, porque tengo trabajo. ¿Qué ocurre?

—Stacey.

Nicola se maldijo para sus adentros. Stacey, siempre Stacey, la novia de su hermano.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?

—Sí, supongo que sí... dice que está harta del mal tiempo y que se quiere ir a Mallorca. Por lo visto, una de sus tías tiene un apartamento allí, y se le ha ocurrido que puede trabajar en alguna cafetería de la playa.

Nicola se calló lo que pensaba: que era dudoso que una mujer embarazada de ocho meses consiguiera un trabajo en el extranjero nada más llegar, aunque tuviera suerte y le dieran un permiso de residencia a tiempo.

—Dile que todo va a salir bien, mamá. He estado ahorrando dinero para ella y para el bebé, y lo tendrá dentro de poco.

—Sí, lo sabe de sobra. Y quiere saber por qué no se lo das ya. Dice que necesita comprar muebles.

Nicola se mordió el labio, frustrada con la novia de su hermano. Aquella mujer era un pozo sin fondo, acostumbrada a derrochar dinero en maquillajes, bolsos y hasta restaurantes caros, porque ni siquiera sabía preparar un bocadillo.

—Lo comprendo, pero tengo miedo de que se lo gaste antes de dar a luz —respondió ella. —Mira, iré a verla mañana y veré lo que puedo hacer. La tranquilizaré e intentaré que entre en razón. Pero te tengo que dejar, mamá... no quiero llegar tarde al trabajo.

Nicola cortó la comunicación y corrió por las mojadas y brillantes aceras, donde se reflejaban las luces de los locales del Soho, que aquella noche estaba casi vacío; seguramente, por el mal tiempo. Llegó a su destino momentos después: el club Masquerade, cuyos neones iluminaban una enorme fotografía de una góndola y un canal.

El portero de la entrada asintió y la dejó pasar. Nicola se dirigió al fondo del establecimiento y tomó las escaleras que daban al vestuario de los empleados, que estaba en el sótano. Una vez allí, se empezó a cambiar. Siempre tardaba más tiempo en ponerse la indumentaria del club que en quitarse la ropa de la galería, y por una buena razón.

Por mucho que intentara acostumbrarse a ella, era lo último que le apetecía ponerse. De hecho, solo había aceptado aquel empleo porque necesitaba dinero desesperadamente; pero era un trabajo fácil y, sobre todo, le daban propinas muy generosas. Llevaba cinco meses en el club, y había estado ahorrando hasta el último penique.

Se soltó el moño, se sacudió la melena y se miró al espejo. El club pretendía tener ambiente veneciano, lo cual explicaba que el menú estuviera lleno de cicchetti y botellas de Valpolicella, que los camareros llevaran camisetas de rayas y sombreros inclinados y que las camareras lucieran un corpiño de lentejuelas extremadamente ajustado, una minúscula falda de plumas negras y moradas y zapatos de tacón de aguja.

Nicola suspiró al ver su reflejo. Desde luego, cualquier mujer enseñaba bastante más carne cuando estaba en la playa, pero siempre tenía la sensación de que sus apretados senos se le iban a salir del corpiño y, además, la falda dejaba poco a la imaginación.

Por suerte, también llevaba una máscara veneciana, que ocultaba su rostro. Y esa era otra de las ventajas del empleo, aunque no se podía decir que corriera el riesgo de que alguien la reconociera. A fin de cuentas, no conocía a nadie que estuviera dispuesto a pagar cantidades tan absurdamente infladas por unas cuantas copas de vino mediocre.

Ya vestida, subió por las escaleras, alcanzó su bandeja y la tablet donde apuntaba los pedidos y regresó al club, que siempre tenía el mismo tipo de clientes: turistas adinerados, unos cuantos famosos y algunos futbolistas de la Premier League, acompañados de rubias preciosas.

La luz de la tablet se encendió en ese momento, indicándole que fuera a la mesa número trece, la más prestigiosa de la sección VIP. Nicola llevó una sonrisa a sus labios y avanzó meneando las caderas, aunque los zapatos de aguja se lo complicaban tanto que se sentía ridícula; pero la sonrisa se le congeló al ver a los dos clientes que la esperaban. O más bien, al ver a uno, el que estaba mirando la pista de baile con expresión sombría.

No, no podía ser.

Era imposible.

No podía tener tan mala suerte.

Sin embargo, ella sabía mejor que nadie que el destino podía llegar a ser extremadamente cruel, y aquella noche lo había sido.

Pues claro que era Alessio. ¿Quién si no? Si alguien tenía que entrar en el club y descubrir su secreto, tenía que ser el hombre al que odiaba y adoraba a la vez; un hombre que, además, era uno de los mejores amigos de su poderoso jefe.

Su jefe.

Al pensar en Sergio Cabrera, el corazón se le desbocó. Sergio era un hombre muy conservador. Ese era el motivo de que la hubiera elegido a ella para el cargo de subdirectora de su galería de arte. Le agradaba su imagen puritana, y el hecho de que nunca llegara al trabajo con resaca ni permitiera que su vida amorosa interfiriera en sus ocupaciones; aunque, por otra parte, su vida amorosa era del todo inexistente.

Lo único que le faltaba era que Sergio descubriera que su leal y convencional ayudante se quitaba la ropa de noche, se ponía una minúscula indumentaria de plumas y encajes y se dedicaba a servir copas de champán a los ricos clientes de un club.

Nicola respiró hondo e intentó mantener la calma.

Era altamente improbable que Alessio la reconociera. Los clientes de la galería no la miraban nunca a la cara y, aunque él fuera una excepción, llevaba una elaborada máscara de lentes que ocultaba sus rasgos. Le tomaría nota, le serviría tan deprisa como fuera posible, evitaría el contacto visual y, a continuación, hablaría con una de sus compañeras para que se ocupara de esa sección del club durante el resto de su turno.

No era tan difícil. Sobre todo, porque estaba segura de que un hombre como él jamás se acordaría de una mujer como ella.

A pesar de ello, Nicola se dirigió a la mesa que ocupaban los dos hombres con manos temblorosas y un corazón empeñado en latir estruendosamente bajo su ajustadísimo corset. Hasta consideró la posibilidad de retomar su acento del sur de Londres, para impedir que Alessio reconociera su voz; pero la desestimó porque lo tenía asociado a los horrores de su pasado.

—¿Qué les apetece tomar?

Ni Alessio prestó atención a la rubia camarera que les tomó nota ni se fijó particularmente en ella cuando volvió a la mesa con una botella de champán rosé, aunque su amigo no había pedido una botella, sino solo dos copas.

Sin embargo, frunció el ceño cuando la empezó a descorchar y vio sus manos. Llevaba las uñas desconcertantemente cortas, toda una incongruencia en comparación con su atrevido atuendo. Y fue eso lo que le hizo alzar la cabeza y clavar la vista en su largo cuello, después de pasarla por encima de su escote y de la plaquita con su nombre; supuestamente, Nicky.

Tenía una pequeña marca de nacimiento.

Una marca con forma de rosa.

Por desgracia para ella, el champán surgió de la botella con un chorro tan espumoso como increíblemente erótico. Al parecer, había cometido el error de agitarla por el camino. Y, como estaba nerviosa, también derramó el líquido cuando llenó las dos copas.

Alessio tendría que haberla dejado en paz.

Habría sido lo mejor.

Pero la curiosidad fue más fuerte que él. La curiosidad y una potente y feroz sensación que reconoció al instante: deseo.

—¿Nicola? ¿Eres tú?

Nicola, que había estado haciendo lo posible por no mirarlo a la cara, le dedicó una mirada que intentó ser glacial y solo fue insegura.

—¿Serviría de algo que lo negara?

—No, supongo que no —contestó él, sorprendido momentáneamente con su respuesta y con su maravilloso cuerpo, que ocultaba tan bien en la galería. —Pero no se qué decir, la verdad. No esperaba verte aquí, vestida de ese modo.

—Ya, pues me temo que no puedo hacer nada al respecto —dijo ella, secando el champán que había derramado—. Las cosas son como son.

Como Nicola se había inclinado sobre la mesa para poder limpiarla, su larga y rubia melena cayó hacia delante y captó los intensos colores de los neones del interior del local. Alessio frunció otra vez el ceño, perplejo. ¿Por qué diablos se hacía moños? ¿Por qué ocultaba un pelo tan bonito? Y sobre todo, ¿por qué ocultaba un cuerpo tan esplendorosamente sensual bajo prendas tan aburridas como las que llevaba en la galería?

No es que le gustara particularmente lo que llevaba puesto aquella noche. En su opinión, era algo chabacano. Pero, por lo menos, mostraba lo que Nicola escondía todos los días.

Y ya puestos a preguntarse cosas, ¿qué demonios estaba haciendo en un club nocturno del Soho, de ambiente radicalmente distinto al de la conservadora galería de Mayfair? ¿Por qué llevaba una doble vida?

Nicola clavó en él sus preciosos ojos grises, como retándole a interesarse al respecto. Pero Alessio pensó que se habría interesado de todas formas si no estuvieran rodeados de personas y en mitad de una canción de rancos sonidos de saxo que potenciaban la sensualidad del momento y aumentaban su perplejidad.

—¿Os conocéis?

La voz de Karl lo sacó de sus pensamientos.

—Sí, ya nos habíamos visto, aunque no se puede decir que nos conozcamos mucho. ¿Verdad, Nicky? —preguntó, usando el nombre de su plaquita.

—Verdad —dijo ella, y sonrió. —Nos hemos encontrado un par de veces, aunque no tiene mucho de particular. Londres no es tan grande como la gente cree... Ah, vaya. Me están llamando de otra mesa. Discúlpeme, signor di Bari.

Alessio volvió a sufrir otra punzada de deseo cuando la vio alejarse con sus largas piernas embutidas en unas medias de red y su delicioso y redondo trasero bajo la faldita de plumas. No se había sentido así en muchos meses, y no solo porque hubiera estado muy ocupado. A sus treinta y cuatro años, estaba acostumbrado a que las mujeres buscaran su compañía todo el tiempo, y se había empezado a aburrir.

Alcanzó su copa, echó un trago y la dejó a un lado con cara de disgusto, porque no era un champán bueno. Nicola tomó nota a los clientes que la habían llamado y desapareció después de haberles servido. Alessio

supo entonces que no tenía intención de volver a pasar por esa parte del club.

En otras circunstancias, habría existido la posibilidad de que olvidara el asunto y arrojara la interesante información sobre la supuestamente fría señorita Bennett a un rincón de su mente; pero su temido fin de semana estaba cada vez más cerca, y tendría que ver a un montón de familiares que se odiaban entre ellos incluso más que de costumbre, porque la gigantesca herencia que se estaban jugando exacerbaba su avaricia.

Si no hubiera sido el cumpleaños de su madre, habría puesto cualquier excusa para no ir, pero no quería hacerle año. Ya había sufrido bastante.

Por suerte, se le acababa de ocurrir la solución perfecta para pasar el mal trago. Desde luego, podría haber llamado a alguna de sus amantes y haberle pedido que lo acompañara, pero no le interesaba ninguna y, además, ya era demasiado tarde. Necesitaba una mujer que le divirtiera razonablemente y no se hiciera ilusiones con él.

Una mujer como Nicola.

Capítulo 2

—**T**E invito a cenar esta noche.

A pesar del amable tono de Alessio, sus aterciopeladas palabras sonaron más a una orden que a una invitación. Sin embargo, Nicola no reaccionó. Estaba segura de que muchas mujeres habrían dado lo que fuera con tal de que un hombre como él las invitara a cenar; quizá, porque no tenían nada que perder. Pero ella estaba en el caso contrario. Tenía mucho que perder.

Lo miró desde el otro lado de la galería, pensando que el cuerpo humano era algo increíble. Por dentro, estaba atrapada entre el miedo y un deseo físico que no quería sentir; por fuera, aparentaba estar tan tranquila como de costumbre. Su habilidad para mantener el control de sus emociones no la había dejado nunca en la estacada; por lo menos, hasta entonces, porque los eléctricos e intensos ojos azules de Alessio le pusieron la carne de gallina.

La noche anterior, Nicola había seguido trabajando en otra zona del club, cruzando los dedos para no toparse otra vez con él. Y no se topó. Al parecer, Alessio y su amigo se habían ido poco después de que ella le sirviera el mediocre vino espumoso que alguien había tenido la temeridad de llamar champán.

Como se había marchado sin intentar despedirse, Nicola se dijo que habría vuelto a su elegante vida en Nueva York y que no volvería a verlo de nuevo hasta que apareciera otra vez para comprar otro cuadro; seguramente, en compañía de otra morena voluptuosa. Pero, al llegar a la galería por la mañana, su instinto le dijo que el multimillonario italiano no dejaría que las cosas acabaran así. Y acertó.

Poco después de las once, Alessio entró en la galería con un traje de color gris marengo y una camisa de color claro, con el cuello abierto. Tenía un aspecto tan saludable como si hubiera estado descansando quince días

seguidos. Todo lo contrario que ella, que casi no había pegado ojo en toda la noche.

Sin embargo, el miedo no la iba a sacar de aquella situación. Alessio había descubierto su secreto, y ella no se podía ocultar tras su habitual máscara de frialdad. No tenía más remedio que ser directa.

—¿Por qué quieres cenar conmigo? —preguntó, tuteándolo por primera vez. —¿Me estás extorsionando?

La más que evidente sorpresa de Alessio la tranquilizó.

—¿Extorsionándote? Madonna mia... —dijo, arqueando las cejas. —Creo que lees demasiadas novelas, cara.

—Nunca leo novelas. Prefiero los hechos.

—¿Por qué me resulta eso tan fácil de creer? —ironizó él. —Aunque, por otra parte, a mí me pasa lo mismo.

—¿Y eso es relevante?

—No, supongo que no —respondió, soltando una breve carcajada. —Muy bien, señorita Irritable, me atenderé a los hechos. Me gustaría tener una conversación contigo.

—¿No la estamos manteniendo ya?

—Sí, por supuesto, pero podría entrar otro cliente e interrumpirnos.

—Puede que yo agradezca una interrupción.

—Y puede que yo no —replicó Alessio, entrecerrando los ojos. —Venga, Nicola... ¿O debo llamarte Nicky?

El aplomo de Nicola se esfumó al instante. Se sintió como si hubiera vuelto al patio del colegio y aún fuera una niña con agujeros en los zapatos, calcetines deshilachados y una fiambarrera vieja que siempre estaba vacía porque siempre le daba sus bocadillos de jamón a su hambriento hermano pequeño.

Desde luego, ni aquello era un patio de colegio ni ella seguía siendo una niña; pero el mundo de los adultos eran tan cruel como feroz. Y, al igual que entonces, no tenía a nadie que la protegiera. Solo podía afrontar la situación de la mejor manera posible.

Teóricamente, su contrato con la galería no le impedía trabajar de noche en un club, pero sabía que su jefe se disgustaría mucho si se llegaba a enterar. La imagen lo era todo en su negocio, y ni las medias de red ni las

falditas de plumas encajaban en él. Se había buscado un buen problema, y era culpa suya. Pero no estaba dispuesta a rendirse.

—Mira, ¿por qué no te ahorras el dinero de esa cena? Si quieres decírselo a Sergio, díselo —replicó, encogiéndose de hombros. —Si me despide, que me despida. Ya me las arreglaré. Pero no disfraces una amenaza velada bajo la excusa de una cena, porque te aseguro que no me dejo intimidar con facilidad.

—¿Cómo? ¿A qué viene eso?

Alessio alzó las manos con perplejidad, asombrado con su agresiva réplica. Nicola se dio cuenta de que su sorpresa era sincera, y se sintió avergonzada. Se estaba mostrando grosera con uno de los clientes más importantes de la galería, y no tenía derecho a tratarlo así.

—Lo siento —acertó a decir. —No debería haber dicho eso.

—¿Siempre piensas lo peor de las personas?

Ella estuvo a punto de contestar afirmativamente, y por motivos más que justificados. La vida le había dado unas cuantas lecciones en ese sentido. Pero nadie quería escuchar su triste historia y, mucho menos, un hombre como aquel, que exudaba riqueza y poder y compraba cuadros que costaban mucho más que un apartamento.

—Soy de las que pienso que la botella está medio vacía, no medio llena —admitió. —Pero me agrada que me demuestren lo contrario.

—Pues deja que te lo demuestre. Cena conmigo.

—¿Por qué?

—Porque te encuentro interesante.

—No sé por qué. No lo soy.

—Y también eres modesta, según veo.

Nicola intentó convencerse de que no le importaba lo que Alessio pensara de ella, pero el súbito calor que sintió destrozó su intento.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, manteniendo la calma.

Alessio suspiró.

—Porque tengo una propuesta que quizá te interese. Y no creo que este sea ni el lugar ni el momento adecuado para discutirlo.

—Ahora eres tú quien me intrigas.

Los sensuales labios de Alessio se curvaron en una sonrisa.

—Lo sé. Es una de mis virtudes más irresistibles.

Nicola no se dejó engañar por su intento de resultar encantador. Conocía a los ricos, y sabía que estaban acostumbrados a conseguir lo que querían y cuando lo querían. Alessio di Bari no la dejaría en paz hasta que se saliera con la suya. Pero ¿qué podía perder si aceptaba su invitación? En principio, nada. Y hasta cabía la posibilidad de que lograra convencerlo de que no contara su pequeño secreto a Sergio.

Esta vez fue ella quien sonrió y se mostró encantadora. Era otra de las lecciones que había aprendido observando a los demás: sonreír de forma aparentemente sincera, aunque no lo fuera en absoluto.

—Está bien —dijo ella. —¿Adónde quieres que vayamos?

—Mi chófer pasará a recogerte —le informó Alessio, sacando su teléfono móvil. —¿Me puedes dar tu dirección?

—No.

A Nicola no le apetecía que un hombre tan poderoso como él se presentara en un apartamento que apenas tenía espacio suficiente para una sola persona. Pero no se negó exactamente porque se sintiera avergonzada de su hogar, sino porque no creía que un espacio tan modesto pudiera refrenar a un hombre tan carismático: sería como intentar encerrar un huracán en una caja de cerillas.

—Nos veremos en el restaurante —añadió.

Él entrecerró los ojos.

—¿Siempre eres tan desconfiada?

—Siempre —Nicola sacó una tarjeta y se la dio. —Este es mi número de teléfono. Envíame el nombre del restaurante cuando reserves mesa.

Alessio alcanzó la tarjeta, y su pulso se aceleró al rozar la mano de Nicola. ¿Cómo era posible que un contacto tan inocente fuera tan increíblemente erótico? ¿Sería porque nunca se había tenido que esforzar tanto para conseguir que una mujer cenara con él? ¿O porque no se podía quitar de la cabeza la melena suelta, las medias de red y la minifalda de plumas de la noche anterior?

—Como quieras. ¿Te parece bien a las siete y media? Sé que es pronto, pero tengo un vuelo a primera hora de la mañana.

—Mejor a las ocho y media.

—¿Siempre eres tan difícil, Nicola?

—No intento ser difícil. Es que... tengo que hacer un par de recados después de trabajar —dijo, perdiendo un poco la compostura.

Alessio sonrió para sus adentros, pensando que querría ir de tiendas para comprarse un vestido nuevo e impresionarle. Sin embargo, su humor ya se había agriado ligeramente cuando su chófer le recogió delante de la galería: tampoco estaba acostumbrado a que le hicieran esperar por unos recados, si es que había dicho la verdad.

En cualquier caso, los juegucitos de Nicola no lo molestaban. De hecho, casi le agradaba la idea de estar con una mujer que le complicaba las cosas. La mayoría de las mujeres con las que salía hacían esfuerzos sobrehumanos por llevarse bien con él, incluso las más inteligentes. Intentaban volverse indispensables. Indudablemente, porque creían que eso las acercaría al anillo de compromiso que querían.

Pero ninguna mujer iba a conseguir que se doblegara ante la institución del matrimonio, que le parecía llena de defectos. Hasta era posible que la obsesión matrimonial de sus amantes fuera la razón de que llevara casi un año de celibato. Se había cansado de que lo miraran mal durante el desayuno cuando decía que se tenía que ir a trabajar. O de tener que explicar en pleno julio por qué no sabía lo que iba a hacer en Navidad.

Alessio estuvo ocupado hasta bien entrada la tarde y, cuando volvió al hotel para cambiarse de ropa, tuvo un sentimiento de intensa anticipación que no estaba relacionado con su propuesta, sino con la enigmática y altamente deseable Nicola Bennett.

¿Estaría saliendo con alguien?

Tras darse una ducha de agua fría, se acercó a la ventana del hotel. Sin embargo, no prestó atención a las vistas de Green Park, lleno de flores en la cálida tarde de verano. Seguía preocupado por la pregunta que resonaba en sus pensamientos, y no era para menos: si Nicola estaba saliendo con alguien, era poco probable que aceptara su propuesta.

Se alejó de la ventana, abrió la puerta del vestidor y sacó una camisa se seda, que se puso. Y al sentir el roce de la fría tela, se dio cuenta de que Nicola se había convertido en una de las cosas que más le gustaban: un desafío.

Algo que había echado de menos.

Capítulo 3

NICOLA no esperaba que la llevara a un sitio como aquel: un restaurante pequeño, alejado del Londres de moda, con un viejo cartel que anunciaba el nombre del establecimiento, Marco's. Se quedó tan sorprendida que frunció el ceño y comprobó la dirección en el móvil, para asegurarse de que no se había equivocado, de que había leído bien el mensaje de Alessio. Y lo había leído bien. Era la dirección correcta.

Pero ¿dónde estaban los árboles que solían decorar las entradas de los locales lujosos? ¿Dónde estaba el portero encargado de alejar a la gente normal y hacer un hueco a la prensa?

Desconcertada, abrió la puerta y entró. Un camarero se le acercó al instante y, tras inclinar la cabeza, dijo:

—Buona sera, signorina.

—Buenas noches —dijo ella, agarrando su bolso con más fuerza. — He quedado con...

—Sí, sí, sé con quién ha quedado, signorina —la interrumpió. — Sígame, por favor.

O el camarero sabía leer la mente o había recibido una buena propina de Alessio. Pero, en cualquier caso, la acompañó a un apartado que estaba en el fondo del restaurante, dejando atrás las mesas de la parte delantera, con manteles de cuadritos rojos y blancos.

Cuando llegó a su destino, a Nicola se le encogió el corazón. Alessio di Bari estaba allí, esperándola, esperándola a ella. Se sintió como si estuviera soñando o en una película, y su sensación se desbocó al ver que él se levantaba a saludarla. Estaba increíblemente atractivo con su traje de color gris marengo, que enfatizaba la anchura de sus hombros, sus largas piernas y sus estrechas caderas.

Intentó no ponerse nerviosa, pero fracasó. Aquello se parecía bastante a una cita, y llevaba mucho tiempo sin tener una cita con nadie.

Había renunciado a ellas cuando se dio cuenta de que siempre decepcionaba a sus acompañantes, porque no era lo que ellos creían. Sí, trabajaba en una de las mejores galerías de la capital, pero ni era refinada ni había estudiado en las universidades correctas.

Sencillamente, no era lo que aparentaba ser.

Ahora bien, por mucho que aquello se pareciera a una cita, estaba lejos de serlo. Y era normal que se sintiera insegura con su atuendo, porque nunca había salido con un hombre como Alessio. Al final, había optado por ponerse un vestido viejo, tan clásico como elegante. Le había salido muy caro, y era tan bonito que le había dado mucho uso. Pero, viendo la sencillez del local, pensó que unos vaqueros y un top habrían sido más adecuados.

Mientras se sentaba, se preguntó qué estaba haciendo allí y por qué había accedido a su petición en lugar de rechazarla. La respuesta era evidente, aunque no quisiera reconocerlo. Y no era porque el millonario italiano hubiera descubierto su secreto, sino porque su apabullante personalidad se la había llevado por delante como un tren de mercancías.

Se estaba internando en un terreno peligroso. Alessio era peligroso.

—Gracias por venir, Nicola —dijo él, tomando asiento de nuevo.

—No tenía elección.

—Sabes que eso no es cierto.

—Si tú lo dices... —replicó ella, encogiéndose de hombros.

Alessio cruzó unas rápidas palabras en italiano con el camarero, que desapareció al instante.

—He pedido en tu nombre. Espero que no te importe.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no quiero perder el tiempo con decisiones gastronómicas y porque confío en el consejo de los camareros, que siempre saben qué es lo mejor del menú —respondió, mirándola. —¿O eres alérgica a algo?

—No, solo a los arrogantes que toman decisiones por mí.

—Si prefieres algo distinto, le puedo llamar...

Nicola sacudió la cabeza, aunque no estaba tan indignada como fingía estar, sino todo lo contrario. ¿Por qué le había gustado que Alessio tomara la iniciativa sin consultárselo, siendo como era una mujer

independiente, que se enorgullecía de serlo? ¿Porque era agradable que otro tomara las decisiones para variar? ¿O porque su tranquila seguridad lo volvía aún más sexy a sus ojos?

Sacudió la cabeza, se recostó en la silla y echó un vistazo a su alrededor, algo preferible a perderse en los eléctricos ojos azules de su acompañante. El local estaba casi lleno y, aunque la mayoría eran clientes jóvenes, había gente de todas las edades. Era un lugar relajado y tranquilo, e hizo que se sintiera bien de inmediato.

—No es lo que esperaba —le confesó ella, clavando otra vez la vista en su atractivo rostro.

—¿Ah, no? ¿Y qué esperabas? No, no, deja que lo adivine... ¿Lámparas de araña? ¿Camareros vestidos como pingüinos y comida tan elaborada que resulta prácticamente irreconocible? —preguntó Alessio.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Sí, algo así.

—La formalidad y el lujo tienen sus espacios, pero este sitio también lo tiene. Hacen la mejor pasta casera de Inglaterra, lo cual explica que siempre esté lleno —Alessio alcanzó su copa y la miró burlescamente por encima del borde. —¿Te molesta que no te haya tratado como a una potentada?

Nicola sacudió la cabeza de nuevo. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no admirar sus labios ni fantasear con deseo de asaltar su boca. No estaba allí para coquetear con él. De hecho, no quería coquetear en absoluto.

—Ni mucho menos. Me parece un lugar encantador y nada pretencioso. Pero ¿por qué no vamos al grano de una vez? El restaurante carece de importancia. Ni tú ni yo queremos perder el tiempo, y aún no sé qué quieres de mí.

—Ah, ¿no crees que te haya invitado por tu inteligencia y belleza?

—Por favor, no me insultes con tu sarcasmo.

—¿Te disgustan los halagos?

—Me disgusta la falsedad, y pareces especialista en ella.

—Soy un maestro en muchas cosas, cara.

—¿Como en fanfarronear, por ejemplo?

—Me he limitado a constatar un hecho —respondió, sonriendo levemente. —Pero está bien, como quieras... Estoy algo perplejo con tu comportamiento, Nicola.

—¿Y eso?

—Bueno, te tenía por una de las mujeres más sobrias que he conocido en la vida. Y no insinúo que eso carezca de atractivo.

—Parecerte atractiva no está entre mis intenciones.

—Pero eso cambió anoche, cuando te vi en ese club —continuó él, haciendo caso omiso de su comentario. —Tu aspecto no podía ser más...

—¿Distinto? —se apresuró a decir ella, utilizando la palabra más inocua que se le ocurrió.

—Sí, se podría decir que sí.

—Puede que sea una de esas personas que buscan un poco de variedad en su vida —dijo ella, incómoda con la conversación sobre su frívola y escasa indumentaria nocturna. —Hacer cosas distintas, ya sabes.

Él sacudió una mano con impaciencia, dejando claro que no le había convencido.

—No, no lo creo —replicó, mirándola con intensidad. —¿Por qué lo haces, Nicola?

—Yo diría que es obvio. Necesito el dinero.

—Pero supongo que Sergio paga bastante bien...

Nicola quiso decirle que eso no era asunto suyo, pero se abstuvo porque un hombre como él no se detendría hasta tener respuestas. Había despertado su curiosidad, y ahora necesitaba saber. Pero eso no significaba que tuviera que decirle la verdad.

—Tengo deudas —se limitó a decir.

—¿Deudas? Me sorprende.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Porque las personas tan serias como tú no suelen permitir que sus finanzas se descontrolen —contestó, pasando un dedo por el borde de la copa. —¿Cómo lo has conseguido?

—Bueno, me excedí un poco con la tarjeta de crédito —contestó, desarrollando un poco su mentira. —En estos días, gastar dinero que no se

tiene es increíblemente fácil. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, debía un montón al banco. Imagino que nunca te has encontrado en esa situación.

Alessio asintió, aunque su comentario le había ofendido. ¿Creía que había nacido rico? ¿Que no conocía la pobreza? Se preguntó cómo reaccionaría si le contaba su historia, pero no necesitaba demostrarle nada. La había invitado por una razón, y eso era lo único que importaba.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó de repente.

—¿Cómo dices?

—Me has oído perfectamente, Nicola. ¿Cuánto dinero necesitas?

Nicola entrecerró sus grises ojos.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero ayudarte.

—¿Ese es precisamente el motivo de que tenga dos trabajos! No necesito que me ayudes.

—¿Estás segura? —dijo él, frunciendo el ceño. —Ayudarte no me costaría nada. Salvo que estés hablando de una cifra de seis ceros, cosa que dudo, porque estarías en la cárcel... ¿Cuánto, Nicola?

Ella dudó un momento y le dio una cifra que le pareció ridícula. Era menos de lo que él se gastaba en un simple fin de semana en París.

—Eso no es nada.

—Quizá no lo sea para ti, pero lo es para mí.

—Pues puedo cubrir tu deuda de inmediato. De hecho, estoy dispuesto a darte el doble. ¿Qué te parece?

Los ojos de Nicola se agrandaron como platos.

—¿Por qué? Es decir, ¿por qué querrías hacer eso?

El camarero llegó en ese momento con dos humeantes platos de pasta, y Alessio esperó a que se fuera.

—Porque necesito que me hagas un favor.

—¿Qué tipo de favor?

Nicola lo preguntó con un tono de desconfianza tan descarado que Alessio lo encontró insultante. ¿Sería posible que creyera que le estaba

ofreciendo dinero a cambio de sexo? ¿Le parecía un hombre que necesitaba pagar por eso?

—Te aseguro que mi oferta es absolutamente honesta. Tú necesitas una cosa y yo necesito otra; concretamente, una mujer que me acompañe este fin de semana a la fiesta de mi madre, que cumple sesenta años. Es una simple transacción financiera, Nicola. Solo eso.

—Oh, vamos, no soy completamente estúpida —protestó ella. — ¿Insinúas que no hay nadie que te pueda acompañar? Seguro que tienes una agenda con cientos de candidatas más adecuadas que yo.

—La tengo. Pero, si voy a la fiesta con una de mis amantes, sacaré conclusiones equivocadas y pensará que significa algo.

—Que significa algo... —repitió ella, lentamente.

—Sí, ya sabes, lo de presentarle a mi familia y demás. Preséntale a tu madre a una mujer y empezará a pensar en vestidos blancos y lunas de miel.

—Oh, por Dios. ¿Tan mala imagen tienes de las mujeres? ¿Crees que son tan manipuladoras o están tan desesperadas como para querer casarse con un hombre como tú?

—Siento decepcionarte, pero sí, sin duda. Aunque reconozco que tu vehemente reacción me ha gustado mucho. Es obvio que tú no te comportarás como ellas.

—Por supuesto que no. No estoy buscando marido. Y si lo estuviera buscando, no querría que se pareciera a ti.

—Entonces, ¿por qué no sopesas mi oferta? Volaríamos a Umbría y...

—¿Umbría? —lo interrumpió.

—Sí, a Italia.

—Sí, ya se que está en Italia —Nicola alcanzó el vaso de agua y bebió un trago. —Pero ¿por qué tienes que llevarte a alguien? ¿Por qué no vas solo?

—Porque he llegado a la conclusión de que no sería la decisión más acertada —contestó, sin querer explicarle que su presencia moderaría las malas artes de su venenosa familia. —Solo tienes que ser educada y razonablemente encantadora. Es fácil. Hasta tú puedes hacerlo.

Ella arqueó una ceja.

—¡Eso depende de cuánto tiempo tenga que estar a tu lado!

—No mucho —declaró, refrenando una sonrisa. —Mi madre es una mujer conservadora, y no dormiremos en la misma habitación.

—¡Desde luego que no! —bramó ella.

—Piénsalo, Nicola. Además de pasar unos días en una de las zonas más bellas de Italia, pagarás todas tus deudas y te sobrará dinero. Ya no tendrás que trabajar en un club nocturno. No tendrás que preocuparte porque alguien se entere y se lo cuente a Sergio.

Alessio bajó la vista y observó su indumentaria. Llevaba un vestido de color vainilla, perfectamente respetable; pero eso era lo único bueno que se podía decir de él. Evidentemente, no se había tomado la molestia de ir de tiendas para comprarse algo para la cena. Y tampoco se había soltado el pelo, que volvía a llevar recogido en un moño.

—Huelga decir que necesitarás ropa adecuada —continuó él. —Pero estaré encantado de pagar la factura.

Nicola volvió a entrecerrar los ojos.

—¿Es que mi ropa no te parece adecuada?

—No.

—¿Cómo te atreves a...? —empezó a decir, irritada. —¿Por qué te empeñas en insultarme?

—No intentaba insultarte, Nicola. Me has hecho una pregunta y he contestado, nada más. Soy un científico. Trabajo con hechos, no con ficciones. ¿Prefieres acaso que te mienta?

—No, pero no te vendría mal un cursillo de diplomacia.

Alessio la miró detenidamente. Sus glaciales defensas se habían derrumbado aquella noche, mostrándole el corazón de una mujer tempestuosa. ¿Sería realmente así? ¿Tan apasionada como parecía?

—Bueno, ¿qué dices entonces? ¿He conseguido tentarte?

Ella sacudió la cabeza.

—En absoluto.

—¿Estás segura? —insistió. —No tendrías que volver a ponerte la faldita de plumas que llevabas en el club.

—¿No se te ha ocurrido que quizá me guste?

—¿A ti? No. A ti no te gusta que los hombres te devoren con los ojos. Estoy prácticamente seguro de que la Nicola Bennett de la galería se acerca mucho más a tu verdadera personalidad que a la sensual rubia de tacones de aguja. ¿O estoy equivocado?

Nicola dudó. Alessio tenía la razón, pero no quería que la tuviera. No quería ni su comprensión ni su ayuda. Quería que se desvaneciera en el aire y se llevara con él su ridículamente atractiva oferta.

Sin embargo, sus palabras revolotearon por su mente como un mosquito en la habitación de un hotel de mala muerte. Pensó en Callum, en su hermano pequeño, que estaba encerrado en una prisión. Pensó en su novia, Stacey, y en el bebé que llevaba en su vientre. Pensó en todos.

¿Cómo les iba a poder ayudar, si estaba trabajando todo el tiempo, dividida entre la galería y el club? Sería imposible. Salvo que aceptara la propuesta de Alessio, que acababa de ponerle la solución en bandeja.

El camarero reapareció en ese momento, preocupado por el hecho de que ninguno de los dos había probado la pasta. Pero olía maravillosamente bien y, como Nicola no reconoció el plato, se interesó al respecto.

—Es cacio e pepe, pasta con queso y pimientos —le informó Alessio. —Pero me gustaría tener tu respuesta antes de que empecemos a comer. La experiencia me dice que los negocios sin terminar estropean las comidas.

El delicioso aroma contribuyó a confundir un poco más la ya confusa mente de Nicola, y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse y sopesarla otra vez. Alessio le había ofrecido el doble del dinero que necesitaba, y lo único que tenía que hacer era pasar unos días en Italia con él y su familia.

El doble.

A cambio de un trabajo aparentemente fácil.

Pero Nicola sabía que, si algo sonaba demasiado bueno para ser verdad, era porque no era tan bueno. Y encima, estaba el factor más complicado de todos: lo que sentía por el signor de Bari, la atracción sexual de la que no conseguía liberarse.

El miedo a repetir los errores de su madre la había llevado a negarse cualquier tipo de intimidad durante toda su vida. Estaba tan acostumbrada a reprimirse que le salía de forma natural. Y ahora, de repente, Alessio dinamitaba sus temores y prejuicios y lograba que la sangre le ardiera en las venas.

¿No añadía eso una capa de peligro a su propuesta? ¿No se volvería aún más susceptible a su encanto si se veía en la tesitura de pasar varios días con él? Probablemente, pero estaban en juego demasiadas cosas. No se trataba solo de ella. Y no tenía ningún motivo racional para rechazar su ofrecimiento.

—Está bien. Lo haré.

—Madonna mia... creo que nadie me había hecho esperar tanto tiempo por una respuesta.

Ella frunció el ceño.

—Dormiremos en habitaciones separadas, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Te aseguro que la idea de despertarme junto a una persona con tal cara de desaprobación me resulta muy poco atractiva —dijo, alcanzando su tenedor. —Prepárate entonces. Nos vamos el viernes.

—Supongo que no quieres que comente nada de esto a Sergio...

—No, supongo que no —replicó, dedicándole una sonrisa de complicidad. —Las cosas se complicarían si se entera de que vamos a pasar un fin de semana juntos.

—No vamos a pasar un fin de semana juntos —protestó ella. —Solo serán un par de días, que intentaré sobrellevar de la mejor manera posible.

Alessio volvió a sonreír, y ella lo maldijo para sus adentros porque era absolutamente irresistible cuando sonreía.

—Se te da muy bien lo de destrozar mi ego, Nicola —bromeó él.

—¿Destrozar algo tan desmesurado? Dudo que alguien pueda.

Nicola apartó la mirada de sus ojos y la clavó en la comida. Acababa de llegar a un acuerdo de lo más dudoso, que habría quitado el apetito a muchas personas. Pero ella era distinta. Sabía lo que era pasar hambre, y nunca rechazaba una buena comida.

Así que inclinó la cabeza y empezó a comer.

Capítulo 4

ALESSIO redujo la velocidad cuando vio la mansión en la distancia. Su cuerpo se puso tenso, en una reacción perfectamente previsible, a pesar de que hacía años que no iba.

Con Nicola a su lado, su potente vehículo había atravesado un montón de pueblos de tejas rojas, encaramados a verdes montes, con los vecinos tomando café en sus plazas mayores. En algunos campos había vacas de color caramelo y en otros, girasoles salpicados de brillantes y alegres amapolas.

La propiedad de su padrastro estaba más arriba, en una zona más remota. Allí, el paisaje dominante eran los bosques, por donde los jabalíes campaban a sus anchas. Nadie habría podido negar que era un lugar precioso. Las puestas de sol sobre el distante lago eran de las más bonitas que había visto en toda su vida. Pero, por muy bello que fuera todo, habría preferido estar en cualquier otro sitio.

Por desgracia, y como bien sabía él, los deseos no se solían hacer realidad. En más o menos quince minutos, atravesaría la verja de la gigantesca propiedad y se encontraría ante su eternamente enfrentada familia.

Al pensarlo, Alessio se preguntó por qué no se había limitado a hacer un regalo extravagante a su madre o a llevarla a cenar la próxima vez que pasara por Londres o París. Pero la respuesta era evidente: porque ella no se lo habría perdonado. Y tuviera los defectos que tuviera, seguía siendo su madre.

—Bueno, ¿qué tengo que saber antes de que lleguemos? —preguntó Nicola, interrumpiendo sus reflexiones. —No me has dicho nada.

Él se giró brevemente y la miró. Había estado tan sumido en sus pensamientos durante el viaje que casi había olvidado su presencia.

Su rápida mirada bastó para convencerlo de que había hecho bien al insistir en que aceptara los servicios de una asesora de moda. La Nicola Bennett que se recortaba contra el verde y dorado de la Toscana era una mujer completamente distinta. Su veraniego vestido acariciaba la alta curva de sus senos, y las suaves faldas enfatizaban sus muslos de un modo absolutamente arrebatador.

Por supuesto, él habría preferido que llevara el pelo suelto, pero tuvo que reconocer que su rígido moño habitual potenciaba la belleza de su largo cuello de cisne. Y, sin darse cuenta, se sorprendió fantaseando con la idea de tomarla entre sus brazos, probar sus labios, lamer su marca de nacimiento y empezar a explorar. Ardía en deseos de desnudarla y perderse por todas las zonas ocultas de su cuerpo.

Sin embargo, ella no había hecho nada para justificar semejante reacción. No había coqueteado en ningún momento. Ni siquiera le había dado conversación, aunque eso le pareció perfecto: estaba harto de viajar con mujeres que siempre decían lo mismo cuando las llevaba en un coche elegante y se dirigían a una lujosa mansión.

Nicola se había mantenido exquisitamente callada desde el principio. Hasta en su reactor privado, que tampoco había merecido ningún comentario por su parte.

—¿Qué quieres saber? —se interesó él.

—Para empezar, quién está en la mansión.

—Mi madre, obviamente. Y mi padrastro.

—Ah, ya —dijo Nicola, reajustándose las gafas de sol. —No me has contado nada sobre ellos. ¿Qué pasó? ¿Tus padres se divorciaron? ¿O es que tu padre murió?

Impaciente, Alessio salió al arcén y detuvo el vehículo.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Toda la del mundo, teniendo en cuenta que vamos a su casa —contestó ella. —Por supuesto, solo necesito saber lo que sea estrictamente necesario. El resto no es asunto mío. Pero debería tener alguna noción al respecto, por si sale la conversación.

—Te aseguro que nadie hablará de su relación —dijo él, soltando una corta carcajada. —Mi padrastro se llama Edward Bonner... lord Bonner.

—¿Es un aristócrata?

—Eso me temo.

—¿Inglés?

—Sí. Lleva casado treinta años con mi madre, que por cierto es italiana.

—Guau. ¿Treinta años? Es maravilloso.

—¿Maravilloso? ¿Por qué? —preguntó con sorna.

—Porque es muchísimo tiempo. Sobre todo, para ser un segundo matrimonio —respondió Nicola. —Deben de ser muy felices.

Él arqueó una ceja.

—Para no saber nada de ellos, haces conjeturas verdaderamente ingenuas. Sobre todo, viniendo de una mujer que afirma no estar interesada en el matrimonio.

—Que no tenga intención de casarme no significa que no pueda apreciar esas cosas.

Alessio no dio más explicaciones al respecto. Se limitó a sonreír con un fondo de amargura y a retomar la conversación original.

—También estarán mi hermanastro pequeño y mi hermanastra, Sebastian y Lydia. Lo de esta noche será una tranquila cena familiar, pero mañana darán una gran fiesta —dijo, arrancando otra vez el coche. —¿Hay algo más que quieras saber?

Sí, lo había; pero Alessio parecía tan reacio a responder que Nicola sacudió la cabeza. Estaba resultando ser un hombre bastante difícil, y su cercanía física no había alterado la mala opinión que tenía de él.

No había abierto la boca en todo el viaje. Durante el vuelo, se había dedicado a trabajar y había hablado por teléfono con una mujer con quien quedó a cenar la siguiente vez que pasara por Múnich, lo cual la irritó por algún motivo. Además, no había dicho nada sobre su ropa nueva ni su cambio de aspecto, detalle que aumentó su irritación por lo crítico que había sido con su estética. Y todo, después de aceptar la ayuda de la asesora de moda a regañadientes.

La experiencia en la carísima boutique de Londres había sido surrealista. Jamás habría imaginado que necesitara tanta ropa para pasar un simple fin de semana en el campo. Y, cuando vio los precios, se llevó las manos a la cabeza. Era el tipo de prendas que llevaban las clientas de la galería, y ella nunca se las había podido permitir. ¿Qué se sentiría teniendo tanto dinero como para no preocuparse por el precio de las cosas?

Nicola olvidó el asunto y se concentró en la tarea que tenía por delante. Alessio le acababa de decir que su padrastro era un lord, es decir, alguien de estatus muy superior al de ella. Y al parecer, era inglés. ¿Sería ese el motivo del peculiar acento de su hijastro? ¿De ese tono cristalino con un sexy fondo italiano, que dificultaba saber de dónde era?

Ella misma se había esforzado mucho por suavizar su acento de barrio. Pero ¿qué pasaría si su familia lo notaba y reconocía su verdadera extracción social? Hacerse pasar por alguien de clase alta en las exposiciones de la galería era bastante fácil; sobre todo, teniendo a su lado a un hombre tan influyente como su jefe. Pero pasar un fin de semana entero con gente de la aristocracia era otra cosa.

De repente, le preocupaba la posibilidad de meter la pata hasta el fondo, como el día que estuvo a punto de beberse el agua con limón que le pusieron en un restaurante después de comer marisco, sin saber que era para lavarse los dedos. ¿Y qué haría Alessio si le dejaba en ridículo? ¿Sería capaz de no darle el dinero que le había prometido?

No, tenía que dárselo. Ya no había otra opción, porque la noche anterior había ido a ver a Stacey y, tras llenar su vacío frigorífico con un montón de fruta y verduras, le había dicho que tenía una sorpresa para ella y que se la daría a la semana siguiente. Por supuesto, se refería al dinero, y ahora estaba obligada a cumplir su promesa.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció Alessio al llegar a la propiedad.

La verja de hierro se abrió a su paso, y el coche avanzó por un largo camino flanqueado de cipreses, praderas, macizos de flores y estatuas de bronce. Era un lugar verdaderamente bonito, aunque lo que más le llamó la atención fue la majestuosa mansión, de color crema y altas columnas de mármol.

—Oh... —dijo, casi sin aliento.

Alessio la miró.

—¿Te gusta?

—Es impresionante.

—Es lo que pretende ser —ironizó él.

Al acercarse al vado, Nicola vio que les estaba esperando una mujer de elegante vestido negro y cabello perfectamente peinado.

—¿Es tu madre? —se interesó.

—No, es el ama de llaves francesa de mi padrastro, Genevieve.

Nicola se maldijo para sus adentros. No habían llegado y ya estaba metiendo la pata.

—Lo siento. He pensado que...

—No te preocupes por eso —Alessio detuvo el coche y dio las llaves a un criado que se acercó a la ventanilla. —Nadie te podría echar en cara que hayas creído que el comité de bienvenida sería un miembro de mi familia. Mi madre estará indudablemente dentro, con su esposo.

Nicola se preguntó si el tono de Alessio había sido efectivamente sarcástico o si se lo había imaginado. Sabía que las madres podían tener muchos defectos, como demostraba la suya; pero ella habría salido a recibirlos en cualquier caso. ¿Dónde demonios se estaba metiendo?

Cuando bajaron del coche, el ama de llaves dedicó una reverencia a Alessio y le estrechó la mano a ella.

—Su madre me ha rogado que esperen en el salón del sur —dijo Genevieve con un suave acento francés. —Lord Bonner y ella estarán con ustedes enseguida.

Siguieron al ama de llaves por los escalones de la entrada, y Nicola se encontró en un vestíbulo de tamaño asombroso, donde olía a azucenas. Sin embargo, no tuvo ocasión de admirar ninguna de las valiosas obras de arte que lo decoraban, porque la mujer los llevó directamente al salón que había mencionado.

Una vez allí, echó un vistazo a su alrededor y se quedó extasiada con la chimenea que dominaba la estancia, los enormes retratos del siglo XIX de las paredes y los balcones del fondo, que daban a un jardín deslumbrante. A sugerencia de Genevieve, Nicola se sentó nerviosamente en una silla con tapicería de terciopelo, pero Alessio empezó a ir de un lado a otro, como un león enjaulado.

Durante los minutos siguientes, Nicola intentó hacer caso omiso de sus rasgos cada vez más pétreos y de la implacable línea de su nada sonriente boca. Hablar con él era lo último que le apetecía; pero, al cabo de un buen rato, se rindió y preguntó:

—¿Va todo bien?

Él entrecerró sus eléctricos ojos azules.

—No estoy seguro de saber lo que me estás preguntando.

—¿Es normal que nos hagan esperar tanto? Supuse que tu madre estaría ansiosa por verte.

El semblante de Alessio se oscureció.

—Lo siento —continuó ella. —No es asunto mío.

—No, no lo es —replicó él con brusquedad, aunque cambió de actitud rápidamente. —No te preocupes. Solo es una demostración de poder.

Nicola no pudo interesarse más al respecto, porque la pareja llegó justo entonces y se tuvo que levantar.

Mientras se presentaban, pensó que la madre de Alessio tenía que haber sido una mujer despampanante de joven, porque seguía siendo increíblemente atractiva a su edad. Se llamaba Rosetta, y era baja, esbelta, de cabello oscuro salpicado de canas y una estructura ósea casi perfecta. Era obvio que su hijo había salido a ella, aunque no tuviera los ojos de color azul, sino marrones.

En cuanto al marido de Rosetta, Edward, le sacaba unos veinte años de edad y tenía una pose rígida que parecía indicar que había estado en el ejército. Pero sus claros ojos grises la escudriñaron calculadoramente, y Nicola tuvo la sensación de que podía ver a través de ella. ¿Se habría dado cuenta de que había nacido en uno de los barrios más pobres de Londres? ¿De que era imposible que Alessio estuviera saliendo de verdad con alguien así?

—Sentaos, por favor. Genevieve nos servirá algo de beber —dijo lord Bonner.

Un segundo después, el ama de llaves apareció en compañía de una criada y dejó un servicio de té en una preciosamente bruñida mesa de caoba.

A Nicola le pareció extraño que le ofrecieran pastas típicamente inglesas en el centro de Italia, pero las rechazó y se limitó a aceptar una taza de té por miedo a cometer algún error de protocolo con la comida.

Alessio y su madre se enfrascaron en una conversación sobre la cena familiar y la fiesta del día siguiente bajo la mirada extrañamente inquietante de lord Bonner. Nicola no supo si el ambiente estaba verdaderamente cargado de tensión o si era cosa de su imaginación. Pero, de repente, Rosetta se giró hacia ella y preguntó:

—¿Mi hijo y tú os conocéis desde hace mucho?

Nicola se quedó momentáneamente helada, sin saber qué decir. No les podía confesar que ni siquiera eran amigos, que le parecía un hombre insoportablemente arrogante y que, encima, le iba a pagar una buena suma por estar allí. Pero tenía un problema añadido: que no había mantenido ninguna relación larga con nadie, así que no sabía qué habría dicho una mujer enamorada en ese momento.

Nerviosa, sonrió a Alessio con incertidumbre y se dispuso a contestar.

—Bueno, nosotros...

—Nos conocemos desde hace tiempo. ¿Verdad, Nicky? —la interrumpió él. —Una relación de cocción lenta, como tú sueles decir.

De cocción lenta. Nicola pensó que la definición no podía ser más exacta, aunque solo fuera porque el rubor de sus mejillas se volvió tan intenso como si la hubieran cocido.

—Sí, en efecto. Nos conocimos en Londres —se atrevió a decir. — Mi jefe tiene una galería de arte, y Alessio es uno de sus mejores amigos, además de uno de nuestros mejores clientes.

—Pero nunca he comprado nada que sea tan valioso como tú, tesoro mío —declaró Alessio, que se inclinó hacia ella y le apretó afectuosamente la mano.

Nicola se puso tensa, y no solo porque su inesperado contacto le hubiera endurecido los pechos, sino también por el repentino brillo de los ojos de lord Bonner. Al parecer, se había dado cuenta de que el gesto de Alessio no significaba nada. Y, en ese mismo momento, ella se dio cuenta de que su hijastro no le caía nada bien.

—Ah, el amor juvenil, siempre tan bonito de ver —dijo el aristócrata, bostezando dramáticamente. —Menos mal que convencí a tu madre de que renunciara a algunas de sus ideas más conservadoras, Alessio. Gracias a mí, podréis dormir en la misma habitación, la que da al lago. Creo que estaréis cómodos allí.

—Perfetto —musitó Alessio, quien se levantó y ofreció una mano a Nicola. —En tal caso, iremos a refrescarnos un poco... Mamá, ¿podría hablar contigo a solas antes de que cenemos? Si es posible, claro.

La petición de su hijo puso extrañamente nerviosa a Rosetta. Sus preciosos ojos oscuros se oscurecieron aún más, y lanzó una mirada rápida a su marido, como si quisiera decir algo y no se atreviera.

—Por supuesto que es posible —respondió lord Bonner.

Tras dar las gracias a sus anfitriones, Alessio se llevó a Nicola sin soltar su mano. Salieron del salón y subieron al primer piso por una escalera, pero ella no se atrevió a hablar hasta que llegaron a su destino y se encontró a solas con el multimillonario italiano y la gigantesca cama de la gigantesca habitación.

Para entonces, su mente se había llenado de preguntas sobre la tensa madre y el inquietante padrastro de Alessio, pero solo había una cosa que le preocupara de verdad.

Capítulo 5

—¡**E**STO es intolerable! —bramó Nicola, rompiendo el contacto con él.

Alessio se la quedó mirando cuando ella se quitó las gafas de sol de la cabeza y las lanzó a la cama, donde se hundieron en la lujosa colcha. Era la primera vez que la veía perder la compostura. Jamás habría imaginado que fuera capaz. Y se sintió como si una estatua de piedra se hubiera convertido repentinamente en un ser de carne y hueso; un ser tan tempestuosamente bello que no podía dejar de mirarlo.

Hasta se le había soltado un mechón del moño.

La súbita grieta en la férrea armadura de Nicola desató en él una oleada de deseo que le desconcertó. La había visto en el club con una faldita mínima sobre su delicioso trasero y unas medias de red rodeando sus largas piernas; pero, por algún motivo, el simple hecho de que se le soltara un mechón le parecía mucho más erótico.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡Lo sabes de sobra, así que deja de mirarme con esa cara de sorpresa! Puedo perdonar que me tomes de la mano, porque supongo que es necesario para que nuestra supuesta relación resulte convincente, pero esto no lo tolero —respondió, fulminándolo con la mirada. —Me prometiste que dormiríamos en habitaciones separadas. ¡Me lo prometiste! De lo contrario, no habría aceptado tu oferta.

—¿Estás segura de eso? Creo recordar que la has aceptado porque vas a recibir un cheque bastante generoso.

—¡Dijiste que no tendríamos que compartir habitación! —insistió ella. —Dijiste que tu madre es una mujer muy conservadora, y que no lo permitiría. ¡Esto no es lo que acordamos! ¡No es lo que yo acepté!

—Ni lo que yo quería —puntualizó él, pensando que la situación le habría resultado muy divertida si no hubiera estado tan excitado. —Esto no tenía que pasar.

—Entonces, ¿por qué ha pasado?

Alessio guardó silencio durante unos segundos. No era de extrañar que mantuviera las distancias con su familia. No era de extrañar que el corazón se le encogiera cada vez que se veía obligado a sumergirse en tan ponzoñoso ambiente. Pero estaba allí, y ahora no tenía más remedio que seguir con el juego, aunque implicara estar demasiado cerca de Nicola, mucho más cerca de lo que él habría querido.

—Sospecho que mi padrastro está jugando con nosotros. Le encanta crear discordia. Tiene talento para ello —respondió con sorna. —Mi madre no aprueba que sus hijos solteros compartan cama con sus parejas. Y hasta ahora, todo el mundo había respetado sus deseos.

—Sí, parece que está algo anticuada —comentó ella, con cautela.

—Lo está. Pero nunca me había molestado, porque nunca había traído a una mujer a esta casa —le confesó él.

—¿Nunca?

—Nunca —repitió. —De hecho, no venía desde hace años.

—¿Y por qué has decidido venir ahora?

Alessio apartó la vista de sus hipnóticos ojos grises, se acercó a la ventana y miró los formales jardines del exterior y los bosques del fondo. Era un lugar precioso, pero no podía apreciar su belleza en un medio tan hostil. Y, después de lo que había pasado, ya no podía mantener a Nicola en la ignorancia. Era una mujer inteligente. Si quería que cooperara, tenía que darle algún tipo de explicación.

Se giró hacia ella y se quedó momentáneamente extasiado con el rubio y rebelde mechón que seguía acariciando su ruborizada mejilla. ¿Qué aspecto tendría por las mañanas, cuando se despertara con toda aquella melena extendida sobre la almohada y su voluptuoso cuerpo oculto bajo la sábana?

Alessio tragó saliva, incómodo. ¿Cómo diablos se iba a resistir a la tentación de seducirla si no dejaba de mirarlo con tanta intensidad? Tenía un millón de motivos para no acostarse con Nicola Bennett. No era una buena idea. Y ahora estaban condenados a compartir dormitorio, lo cual le

obligaba a hacer algo que no había hecho en toda su vida: refrenar su deseo, por difícil que fuera.

—Porque es un cumpleaños importante para mi madre, Nicola. Por eso estamos aquí. Debo hacer lo posible por desactivar la tensión y darles algo nuevo en lo que pensar, algo que no tenga nada que ver con sus habituales peleas sobre la herencia. Pero, teniendo en cuenta mi fama de mujeriego, tienes que estar preparada para que te hagan preguntas insolentes sobre nuestra relación. Y serás más convincente si no te pones tensa cada vez que me acerco.

Ella suspiró.

—Lo intentaré. Pero esto es lo último que quería.

—Bueno, tampoco se puede decir que yo esté saltando de alegría.

Su comentario pareció molestar a Nicola, que hizo un mohín. Y a Alessio le pareció de lo más incoherente: por un lado, fingía no estar interesada en él y, por otro, le ofendía que no quisiera compartir habitación con ella.

—No te preocupes, que no va a pasar nada —continuó—. Pondremos una fila de cojines en el centro de la cama, como barricada temporal, por si eso hace que te sientas mejor.

—Solo me sentiré mejor cuando vuelva a Inglaterra.

—Lo comprendo, pero intentemos ser civilizados entre nosotros, aunque solo sea para que nuestra relación resulte creíble —comentó él—. En fin, me voy a dar una ducha.

—Tómame todo el tiempo que quieras.

—Oh, descuida, me lo tomaré.

Alessio se fue, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no sacar su cepillo del bolso y lanzarlo contra la puerta del cuarto de baño, que se acababa de cerrar.

¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo era posible que una mujer normalmente tranquila y serena quisiera tirar un cepillo contra una puerta? ¿Cómo era posible que Alessio di Bari la sacara tanto de sus casillas?

La respuesta era evidente. La estaba volviendo loca porque lo deseaba. Siempre lo había deseado y, como ahora estaban atrapados en la misma habitación, empezaba a tener problemas para disimularlo. Sus barreras emocionales se estaban derrumbando, y de tal manera que no pudo

impedir que sus fantasías se desbocaran cuando oyó que Alessio abría el grifo de la ducha.

Lo imaginó desnudo.

Imaginó su desnudo pecho.

Sus desnudos brazos.

Sus desnudas nalgas.

Imaginó la cascada de agua sobre su piel morena, y se sintió súbitamente tan débil que se tuvo que tumbar en la cama, con el corazón a punto de salirse del pecho. ¿Podría sobrevivir un fin de semana entero a aquella situación?

Nicola se quedó mirando la enorme lámpara del techo. ¿Qué podía hacer? No era tan buena actriz como para fingir constantemente que Alessio no le gustaba. Y, para empeorar las cosas, no conocía el protocolo de compartir habitación con un hombre, porque nunca había estado con ninguno.

¿Qué haría Alessio si se llegaba a enterar? ¿Reírse? Sí, por supuesto que sí. ¿Cómo no se iba a reír, si era un bicho raro que había conseguido llegar a los veinticinco años de edad sin haber perdido la virginidad?

Nicola llevaba toda la vida intentando aprender cosas que la gente daba por hechas. Había aprendido a leer y escribir mucho después que las chicas de su generación, aunque luego se transformara en una alumna diligente que estudiaba en los autobuses y en el Metro. Mientras sus amigas hablaban de chicos y se pintaban los labios, ella leía. Y, cuando tuvo la oportunidad de trabajar en el mundo del arte, la aprovechó.

Pero, por mucho éxito que tuviera, se seguía sintiendo como la niña pequeña que había sido, como si todo el mundo estuviera en su contra.

Desgraciadamente, hacer el amor con un hombre era distinto. No era algo que se pudiera aprender así como así. No era algo que se pudiera imitar por el sencillo procedimiento de ver lo que hacían otras mujeres, salvo que se estuviera en un ménage à trois. El sexo no solía ser un deporte con espectadores.

Desde luego, su relación con Alessio no había llegado a ese punto, pero eso no solucionaba su otro problema: que no sabía cómo comportarse en esa situación. Por ejemplo, pensaba desnudarse en el cuarto de baño, pero ¿le permitiría él que entrara primero? ¿O debía ella cederle el paso, dado que le estaba pagando?

Lo único que sabía a ciencia cierta era que se iba a poner la camiseta ancha que llevaba en el equipaje, no el suave y altamente revelador camisón que su asesora de moda había insistido que comprara.

Sus ojos se giraron hacia los pesados muebles antiguos y los enormes jarrones de rosas que había por todas partes. Se sentía incómodamente acalorada, así que se desabrochó uno de los botones del vestido, aunque eso no refrescó su ardiente piel. Las fantasías eróticas seguían asaltando su imaginación, y cerró los ojos con fuerza, en un intento de bloquear los estímulos visuales que estaban llevando el caos a sus sentidos.

Al cabo de unos instantes, notó una intensa pesadez en los párpados y en las extremidades, y cayó en la cuenta de que casi no había dormido nada durante los días anteriores. Estaba demasiado preocupada con Stacey, Callum y, por supuesto, aquel viaje. Y, de repente, lo único que le importó fue el deseo de descansar, potenciado por el aroma de las rosas y la brisa que entraba por los balcones.

Ya se había sumido en una cómoda y relajante nube cuando oyó una voz preciosa, de seda y terciopelo, de cristal y grava, y tan densa como el chocolate.

—¿Nicola?

Era la primera vez que alguien pronunciaba su nombre de eso modo, acariciando las tres sílabas, logrando que parecía increíblemente sexy. Pero ¿qué estaba abanicando su cara? ¿La brisa del exterior? ¿O era otra cosa?

El instinto y la sensación de no estar sola le dijeron que era la respiración de alguien. Aún tenía los ojos cerrados y, como no la estaban tocando, no podía estar segura. Pero entreabrió los labios y alzó los brazos en busca del cuerpo de Alessio mientras se decía a sí misma que no sabía lo que estaba haciendo.

Por supuesto, lo sabía de sobra, y soltó un suspiro de satisfacción cuando entró en contacto con sus hombros. A fin de cuentas, era lo que deseaba desde el principio.

Tras acariciar brevemente los duros músculos embutidos en la camisa de seda, llevó las manos a su cara y le pasó un pulgar por la mandíbula antes de atreverse a tocar su labio superior. Y, de repente, Alessio asaltó su boca.

Con fervor.

Apasionadamente.

Y ella le devolvió el beso del mismo modo, como si un millón de estrellas hubieran estallado en su interior y hubieran prendido fuego a todo su ser.

Nicola no podía creer lo que estaba pasando. No tenía experiencia sexual, pero había besado a muchos hombres, y nunca había sentido nada parecido. Era como estar en el paraíso. La cálida fluidez del deseo la empapaba por completo y, sin darse cuenta de lo que hacía, apretó sus anhelantes senos contra su pecho.

En respuesta, Alessio la apretó contra el colchón, desabrochó el resto de los botones de la parte delantera del vestido y llevó una mano a su sostén. Ni siquiera llegó a tocar su piel. Se limitó a acariciarle un pezón por encima de la tela. Pero eso no impidió que Nicola se sintiera al borde del desmayo.

Aquello era increíble.

Absolutamente increíble.

Mientras la acariciaba, le puso la otra mano en una rodilla y empezó a subir por uno de sus muslos. Nicola contuvo la respiración y abrió la boca un poco más, implorándole que siguiera adelante, que tocara la parte de su cuerpo que más necesitaba su contacto.

Sin embargo, el hechizo se rompió tan súbitamente como había empezado. Alessio se apartó, y ella se quedó atónita, como si le hubieran quitado algo esencial para vivir.

—Abre los ojos —dijo él.

Nicola no los quería abrir. Quería seguir como estaba, haciendo lo que habían estado haciendo. Quería olvidar que se trataba de Alessio y disfrutar sin más.

—Abre los ojos —repitió él, ya en tono de orden.

Nicola se sintió obligada a obedecer, y la visión de su rostro fue sorprendentemente reveladora. Era obvio que estaba tan afectado como ella por lo que acababa de pasar. Las pupilas se le habían dilatado tanto que su salvaje oscuridad casi ocultaba el azul.

—Me encantaría seguir con lo que estábamos haciendo, Nicola, pero no sé si lo estás haciendo conmigo —dijo cuando su respiración se tranquilizó. —Me disgusta la idea de que estés fantaseando con otras personas. Particularmente, cuando ni siquiera has pronunciado mi nombre.

En cierto sentido, Nicola agradeció las palabras de Alessio: habían eliminado su deseo por completo. Bueno, quizá no por completo, teniendo en cuenta que siguió tumbada en la cama, pero lo suficiente para recuperar el control de sus emociones.

—Para empezar, no tendríamos que haber hecho eso —acertó a decir ella, sintiendo aún un insoportable cosquilleo en los pechos.

Él se incorporó, se pasó una mano por su húmedo pelo y sonrió con desdén.

—Yo solo intentaba despertarte. Si no recuerdo mal, has sido tú quien me ha tentado con tus deliciosos labios y se ha agarrado a mis hombros, tumbada en la cama con la evidente intención de que te besara.

Nicola se sintió como si le hubieran echado una jarra de agua fría. ¿Era cierto lo que estaba diciendo? ¿Que le había agarrado y le había obligado a besarla?

Desgraciadamente, sí.

—Yo no pretendía...

—Tranquila, Nicola. Solo intento suavizar un poco la situación. Son cosas que pasan, nada más —replicó él.

Ella asintió y contempló su poderoso cuerpo, recortado contra el verde paisaje del exterior. ¿Estaría acostumbrado a que las mujeres quisieran hacer el amor con él? Supuso que sí. Y por el endurecimiento de sus propios pezones, no podía negar que ella también lo deseaba.

—¿Cosas que pasan? —dijo en voz baja.

—Sí, claro. Incluso es posible que no haya sido solo por tus fantasías, sino también por las mías —respondió, con un brillo de humor en sus ojos azules. —Despertar a la bella durmiente con un beso, ya sabes.

Hasta ese momento, ningún hombre la había llamado bella ni había dicho que sus labios eran deliciosos. Y Nicola no supo qué pensar. No supo si debía creer que lo decía en serio. A veces, la gente halagaba a los demás porque quería algo de ellos, y ella no quería darle nada o, más bien, no se atrevía a dárselo.

Fuera como fuera, no se podía quedar así, tumbada pasivamente. Tenía que hacer algo, así que se levantó con tanta dignidad como pudo, se estiró las arrugadas faldas del vestido y se echó hacia atrás el mechón que se le había soltado.

—No sé lo que me ha pasado —declaró.

—Oh, sí que lo sabes. El resultado de una proximidad inesperada y una conexión muy potente —dijo Alessio. —Es una mezcla difícil de controlar. No finjas que no lo sabes. Pero lo que se haga al respecto es otra cuestión, claro.

Ella parpadeó, intentando comprender sus palabras. ¿Estaba insinuando que podían mantener una relación sexual, cuando ni siquiera eran amigos? ¿Sería posible que no fuera consciente de que estaba ante la mayor mojigata de Londres?

—No haremos nada —le informó remilgadamente ella. —Tenemos un plan, ¿recuerdas?

—¿Un plan?

—¿No has dicho que pondríamos cojines en mitad de la cama, a modo de barrera?

Él entrecerró los ojos.

—¿Crees que eso puede funcionar?

—¿Por qué no? Si es lo que los dos queremos...

Alessio abrió la boca y la volvió a cerrar con fuerza, como si estuviera haciendo verdaderos esfuerzos por no romper a reír.

—Certo, cara. Si es lo que los dos queremos —dijo él en voz baja. —Pero será mejor que te deje a solas, para que te prepares. Esta habitación empieza a resultar... demasiado claustrofóbica para mi gusto.

Nicola se preguntó si habría olvidado que le había prometido enseñarle la propiedad antes de la cena, pero pensó que era mejor así.

—Como quieras.

—Bajaré a buscar a mi madre —le informó Alessio. —Pero arréglate. Los cócteles se servirán a las siete.

Capítulo 6

CUANDO Alessio volvió de hablar con su madre, tenía un aspecto tan sombrío que Nicola se preocupó.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente —respondió, empezando a desabrocharse la camisa.
—No sé lo que piensas del voyerismo, pero me voy a cambiar de ropa, así que...

La idea de ver desnudarse a Alessio hizo que Nicola huyera al exterior y se sentara en una silla de mimbre, con el corazón desbocado. El sol se estaba empezando a poner, pero ni la belleza del paisaje ni el libro que se había llevado al salir lograron que dejara de pensar en lo que había pasado entre ellos.

Le habría gustado olvidarlo, pero no podía.

Le daba vueltas y más vueltas, en un torbellino constante de frustración. Su respuesta al beso de Alessio le daba pánico. No había sido un simple beso. Había pulsado un interruptor en ella, bañando de luz la pétreo oscuridad de su ser e inundándolo de lujuria.

Se había derretido al sentir su contacto, deseando que no se detuviera.

—¿Nicola?

Alessio acababa de salir a la terraza, y a ella se le hizo un nudo en la garganta al verlo con el traje que se había puesto. A juego con la negrura de su pelo, enfatizaba los contornos de su potente cuerpo; y, combinado con la camisa blanca, lograba que su piel brillara como un metal bruñido.

Pero había algo distinto en él, una especie de sombra. Su mirada era gélida y la expresión de su boca, lúgubre y dura. Una parte de ella quiso preguntarle qué le pasaba e intentar animarlo; pero se recordó que no estaba allí para eso, aunque sus palabras siguientes la desconcertaron.

—Estás muy... bien —dijo él.

—¿En serio?

Alessio asintió y, por la súbita inseguridad de la mirada de Nicola, supo que no estaba ante una mujer acostumbrada a recibir cumplidos. Pero, por otra parte, ¿quién habría imaginado que Nicola Bennett pudiera estar tan atractiva? Desde luego, ni él ni quizá ella misma. La luz de la puesta de sol daba un tono intensamente dorado a su pelo, y el elegante y verdoso vestido de flores acentuaba sus senos, sus caderas y su sorprendentemente estrecha cintura.

De repente, quiso hundir la cabeza en su rubia melena y retomar las caricias que tan bruscamente habían abandonado. Sin embargo, cerró su mente a la indeseada trayectoria de sus pensamientos eróticos, porque su Cenicienta no estaba allí para hacer el amor.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué le costaba tanto dominarse?

Alessio sacudió la cabeza, impaciente. Nicola había desatado en él una tormenta de deseo casi completamente incontrolable. Había tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para librarse de ella, algo que no había hecho en toda su vida. Nunca se había echado atrás, nunca había interrumpido un encuentro amoroso antes de llegar al final. Y mucho menos, deseándolo tanto.

—Venga, vámonos —dijo, tenso.

Ella le siguió por la escalera y salieron al jardín, donde Alessio oyó las voces de Sebastian y Lydia, que estaban contemplando el lugar con satisfacción de propietarios. No se podía decir que se llevaran muy bien, pero se recordó que estaba allí por su madre.

Al pensar en Rosetta, frunció el ceño. Durante su breve conversación, se había mostrado extrañamente inquieta, a pesar de que su marido no estaba presente. Miraba la puerta de la mansión con nerviosismo y, aunque él había hecho lo posible por saber qué le pasaba, no le había querido contestar. Pero era una mujer adulta, y no la podía ayudar si ella no le pedía ayuda.

—Ven, te presentaré a los demás —dijo en voz baja, inclinándose hacia Nicola—. Puede que no sea un momento precisamente placentero, pero estoy seguro de que te las arreglarás.

Las palabras de Alessio, que supuestamente pretendían tranquilizarla, no consiguieron aplacar sus nervios. Ni sus palabras ni el contacto de sus dedos en el codo. Y no era de extrañar, porque la impresionante pareja que

tomaba champán bajo los últimos rayos del sol hizo que se sintiera tan inadecuada como fuera de lugar.

Los dos eran más jóvenes que Alessio. Él, tan estirado como su aristocrático padre y ella, una alta y delgada mujer de melena a mechas, a juego con su vestido dorado y los diamantes que llevaba. El tono moreno de su piel sugería una vida de placeres, y su aspecto general era el típico de los ricos, acostumbrados al dinero y al privilegio. Nada que Nicky Bennett pudiera emular, por muy elegantes que fueran su vestimenta y su actitud.

Por suerte, conocía la forma de disimularlo: sonreír y comportarse como si no pertenecieran a clases distintas.

—Nicola, te presento a Sebastian y Lydia, mis hermanos —dijo Alessio, que se distrajo momentáneamente por un movimiento en la casa. —Ah, mi madre está ahí... ¿Me disculpáis un momento?

—Sí, por supuesto.

Antes de marcharse, Alessio dedicó una mirada de advertencia a sus hermanastros.

—Sed buenos con ella, ¿vale?

—¿Alessio! —exclamó Lydia con fingido horror. —¿Me crees capaz de ser grosera?

Tras unos segundos de silencio tenso, Nicola se giró hacia Lydia con la mejor de sus sonrisas y extendió una mano.

—Encantada de conocerte —dijo.

En lugar de estrechársela, Lydia alcanzó una copa de champán, se la puso entre los dedos y declaró:

—Dejemos clara una cosa. Alessio no es nuestro hermano, sino nuestro hermanastro. Somos hijos de la misma madre, pero de padre distinto. A diferencia del lumbreras de tu novio, nosotros nacimos en el seno de un matrimonio.

—¿No sabías que es hijo ilegítimo? —intervino Sebastian, arqueando una ceja.

Nicola estuvo tentada de decir que ella también lo era, pero se lo calló. En primer lugar, porque no quiso estropear su reputación para salvar la de Alessio y, en segundo, porque Alessio no necesitaba su ayuda.

—Oh, esas cosas ya no tienen importancia —replicó con naturalidad.

—¿No?

Los hermanastros se miraron con gesto de decepción, y Lydia optó por una táctica distinta.

—¿Sabes que es la primera vez que Alessio trae a una mujer a esta casa? —preguntó.

—Sí, lo sé, me lo ha dicho.

—Será porque papá ha eliminado la norma de no compartir habitación si no estás casado.

—No tengo ni idea, la verdad —dijo Nicola, deseando que Alessio volviera.

—¿Insinúas que lo vuestro va en serio? ¿Que nuestro millonario y famoso hermanastro ha encontrado la horma de su zapato? —dijo Lydia. —Reconozco que no eres como esperaba, Nicola. Siempre ha sentido debilidad por las morenas explosivas.

—Bueno, yo tampoco suelo salir con hombres como él.

—¿En serio? Cuéntame un secreto... —Lydia echó un largo trago de champán. —¿Cómo lo puedes soportar?

—No estoy segura de entender tu pregunta.

—Oh, vamos. No deja de hacer ostentación de su riqueza. La prensa habla todo el tiempo de sus aviones, sus obras de arte y sus fábricas. Supongo que es cosa de su departamento de relaciones públicas, que quiere que tenga buena imagen, pero ¿no te parece que jactarte de tu fortuna es un detalle bastante clasista?

El comportamiento de Lydia sorprendió a Nicola. ¿Cómo era posible que atacara a su hermanastro delante de una persona a quien acababa de conocer? Su familia era muy pobre, pero nadie podía decir que no fueran leales entre ellos, que no se defendieran en cualquier circunstancia. Y de repente, se sintió en la urgente necesidad de defender a Alessio.

—Alessio no es de los que se jactan de esas cosas —dijo con frialdad. —Según mi jefe, es un hombre reservado que precisamente hace lo posible por no salir en los periódicos.

—¿Será porque tiene mucho que ocultar? —intervino Sebastian, soltando una corta carcajada.

—¿A quién le importa lo que tenga que ocultar? A fin de cuentas, todo el mundo tiene algún secreto —afirmó Nicola. —Aunque quizá deberíamos dar la vuelta a la pregunta de Lydia. ¿Cómo puede Alessio

soportarme a mí? Tendréis que preguntárselo a él, claro. Pero ahorradme el bochorno, por favor... no se lo preguntéis cuando esté yo presente.

Lord Bonner apareció en ese momento, y Nicola se alegró cuando anunciaron que iban a servir la cena y se alejó de los tóxicos hermanastros de Alessio para dirigirse a la mesa que habían instalado en el jardín. En otras circunstancias, habría apreciado la belleza de la refulgente cristalería, la vajilla de plata, las altas velas que ardían contra el añil del crepúsculo, las luciérnagas y el rutilante olor a flores; pero la tensión del ambiente se lo impidió.

Al llegar, se sentó entre Alessio y su madre y se preguntó por qué se había sentido en la necesidad de defenderlo delante de su hermanastra. ¿Por el breve momento de pasión que habían tenido en el dormitorio? Seguramente. Y, si había sido por eso, cabía la posibilidad de que ya se hubiera creado un vínculo emocional entre ellos.

En cualquier caso, estaba allí por otros motivos, y se dedicó a dar conversación para aligerar el ambiente. Siempre había tenido talento para hablar de cosas sin importancia, así que hizo un par de comentarios sobre la deliciosa comida, servida por unas jóvenes de un pueblo cercano y preparada por el chef de la mansión.

En determinado momento, lord Bonner intentó interrogarla sobre su pasado, pero Nicola también tenía talento para desviar preguntas incómodas, y captó la leve sonrisa de Alessio cuando vio que la curiosidad de su padrastro se estrellaba contra un muro infranqueable.

Ya habían llegado a los postres, consistentes en unas sencillas cerezas con nata, cuando la madre de Alessio se giró súbitamente hacia ella y le preguntó en voz baja si su hijo era feliz.

Nicola no dudó. Evidentemente, no podía decir que sospechaba que Alessio di Bari era incapaz de ser feliz. No era la respuesta que Rosetta esperaba. Pero, por otra parte, había muchos tipos de mentiras, y optó por una que le pareció buena:

—Sí, lo es.

—Entonces, ha merecido la pena.

Nicola no tuvo ocasión de interesarse por el críptico y triste comentario de la mujer, porque en ese momento apareció una invitada a la que nadie estaba esperando, como quedó claro por la pequeña conmoción que causó.

La recién llegada era una impresionante pelirroja de vestido blanco que se detuvo junto a la mesa y miró uno a uno a todos los presentes. Luego, sonrió como un depredador hambriento y, mientras Rosetta, Lydia y Sebastian emitían sonidos de sorpresa, lord Bonner se levantó y se acercó a ella.

—Monica —dijo, con un tono que sonó extrañamente triunfante. — Qué... inesperado.

—Sí, supongo que sí —dijo la pelirroja, sonriendo otra vez. — Siempre decías que querías enseñarme tu mansión italiana, así que he decidido venir.

Alessio también se levantó, aunque con una actitud muy distinta. Tenía los puños apretados, y lanzó una mirada de incredulidad y condena a su padrastro.

—Llévatela de aquí —le ordenó. —Ahora mismo.

Lord Bonner asintió y se llevó a la tal Monica. Para entonces, Rosetta había empezado a llorar.

—Llévate a mamá a su habitación —continuó Alessio, dirigiéndose a Lydia. —Yo iré dentro de un momento.

Lydia se fue con su madre, pero Sebastian se quedó donde estaba, en silencio. Había contemplado toda la escena como si fuera un espectador de un partido de tenis.

—¿Nicola? Sube al dormitorio y haz las maletas. Nos vamos —dijo Alessio, que alcanzó su copa de vino y se la bebió de un trago.

Nicola obedeció. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero, mientras se quitaba su elegante vestido de Cenicienta para ponerse una blusa y una falda vaquera, pensó que aquello era surrealista. Y la sensación de estar en un mundo irreal se acrecentó cuando se asomó al balcón y contempló la luna casi llena, cuya luz daba un aspecto mágico a los jardines.

Sin embargo, allí no había magia alguna. La plateada luz ocultaba las malas hierbas y las serpientes ocultas entre el follaje. Todo parecía perfecto, pero la perfección no existía: ni en los sitios ni en la gente.

Justo entonces, oyó que la puerta se abría y se dio la vuelta. Era Alessio, cuya expresión sombría de pocos minutos antes se había transformado en un gesto de ira que daba una textura pétrea a sus rasgos.

—Bueno, ¿qué va a pasar ahora? —dijo ella.

Él la miró y soltó una carcajada seca.

—¿Esto es todo lo que vas a preguntar?

—Lo que pase en tu familia no es asunto mío.

—Ya, pero ¿no sientes curiosidad? ¿No quieres saber por qué se ha atrevido mi padrastro a alardear de amante delante de su esposa?

Nicola se encogió de hombros.

—Aunque sintiera curiosidad, es algo irrelevante.

—Cierto. Es totalmente irrelevante. Pero aplaudo tu actitud, Nicola. Pocas mujeres se resistirían a la tentación de hurgar en la herida. Es una de las cosas por las que te pedí que me acompañaras. Eres la candidata ideal. Tu aplomo, tu frialdad... —Alessio dudó, como si no pudiera encontrar la palabra que estaba buscando. —Eres un enigma.

Nicola no supo qué pensar de su descripción, pero le alegró que reforzara la naturaleza puramente práctica de su relación.

—¿Qué vamos a hacer?

—Marcharnos, claro. Quería que mi madre viniera con nosotros, pero se niega.

—¿Y no puedes insistir?

—¿Crees que no lo he intentado? No hay nada que hacer, salvo que me la lleve por la fuerza y la encierre en el coche. Dice que quiere esperar a Edward, porque está convencida de que entrará en razón. Y prefiero no estar presente cuando la vuelva a humillar. Además, puede que yo no sea un hombre violento, pero no estoy seguro de poder contenerme si lo vuelvo a ver ahora. ¿Seguro que no quieres preguntar nada más?

Él entrecerró los ojos, y Nicola sacudió la cabeza. Si Alessio creía que su enfrentada familia le resultaba interesante, estaba equivocado: ya tenía bastante con la suya, notablemente más disfuncional. Y al pensar en el encerrado Callum y la embarazada Stacey, le preocupó la posibilidad de que su viaje a Italia no hubiera servido para nada.

—¿Aún tienes intención de pagarme? —preguntó, inquieta.

—Por supuesto que sí, Nicola. Te pagaré toda la suma acordada.

—Entonces... ¿volvemos a Inglaterra esta noche?

—Me temo que no. Ordené al piloto que regresara a Londres, y no podrá estar de vuelta antes del lunes —respondió.

—¿Por qué no?

—Porque lo necesita mi secretaria londinense. Su madre se ha puesto enferma, y va a estar todo el fin de semana en Francia —le explicó, encogiéndose de hombros. —Mañana te reservaré un pasaje en un vuelo comercial; pero, de momento, tendremos que encontrar un sitio donde dormir.

Nicola miró la hora. No se había dado cuenta, pero casi era medianoche.

—¿Te refieres a un hotel?

—¿A estas horas y en esta época del año? No encontraríamos sitio en ninguna parte. Pero, mi amigo Khaled, quien por cierto es un jeque, tiene una propiedad en los montes. Está en la Toscana, y ahora no hay nadie en ella. Podemos ir allí, si te parece bien.

¿Que si le parecía bien? Nicola se maldijo para sus adentros. ¿Cómo no le iba a parecer bien, si no tenían otra opción?

Tensa, se mordió el labio inferior y se dijo que aquello iba a ser el infierno en la Tierra. Pero no habría podido negar que la perspectiva de pasar una noche a solas con Alessio di Bari le había provocado un súbito acceso de excitación.

Capítulo 7

ALESSIO y Nicola avanzaron por un camino con luces de seguridad a sus pies. El ambiente olía a cipreses, y se oían ladridos de perros en la distancia.

Al llegar a la casa, Alessio marcó un número en el panel de la entrada y abrió la puerta.

—¿Qué lugar es este? —preguntó ella, sorprendida con la sencillez del lugar.

Alessio entrecerró los ojos.

—La casa de mi amigo —respondió él.

—Lo sé, pero cuando dijiste que es un jeque, di por sentado que...

—¿Que sería una especie de palacio?

—Sí, supongo que sí.

Él dejó las maletas en el suelo y, al echar un vistazo a su alrededor, sintió una repentina añoranza. Hacía mucho tiempo que no estaba en un lugar tan pequeño, y le recordó el minúsculo piso que tenía su abuela, justo encima de la tienda de la Plaza Mayor del pueblo. Le recordó el aroma del pan recién hecho, la humeante cazuela sobre la lumbre y la vista de las montañas al fondo.

Por desgracia, su abuela había fallecido demasiado pronto y, desde entonces, Alessio no había permitido que nadie se hiciera un hueco en su corazón. Una enfermedad le había robado a la única mujer a la que había querido de verdad, y lamentaba que no hubiera vivido el tiempo suficiente para disfrutar de los frutos de su éxito posterior.

Dominado súbitamente por la tristeza, hizo un esfuerzo y expulsó los recuerdos de su mente. No quería dejarse arrastrar por ellos.

—Khaled me ha ofrecido su mansión; pero, como está llena de obras de arte carísimas, tiene guardias por todas partes. Me ha parecido que la

antigua casa del guardés sería más adecuada. Es pequeña, pero muy cómoda —dijo él. —¿Tienes alguna objeción?

—¿Serviría de algo si la tuviera?

—¿Tú qué crees?

—No quieres saber lo que yo creo.

Alessio soltó una carcajada.

—Tu lado peleón me gusta más que el enigmático.

—Lo cual sería relevante si tu opinión me importara algo, pero no me importa —replicó ella, sintiéndose como un animal atrapado. —¿Puedo echar un vistazo a la casa?

—Adelante.

Nicola subió por la estrecha escalera de madera, y Alessio admiró brevemente sus nalgas. Pero ella volvió tan rápidamente como se había ido, dejándolo perplejo.

—¿Ocurre algo?

—No, nada —contestó ella, con un destello de temor en sus ojos grises.

—¿Seguro que no?

—Bueno... es que solo hay un dormitorio, y solo tiene una cama.

—Tranquilízate, Nicola. Quizá te agrada saber que estoy acostumbrado a que las mujeres quieran meterse en mi cama, no a huir de ella. Sé controlar mis emociones.

Ella se mordió el labio y le dio la espalda.

—En fin, voy a investigar la cocina. Quizá pueda preparar té.

—Yo prefería una copa de vino —dijo él, reprimiendo un bostezo. — Ha sido un día muy largo.

Alessio se sentó en el pequeño pero suntuoso sofá y envió un mensaje a Lydia. La relación que mantenía con su hermanastra era tan distante que solo se veían una vez al año; pero aquella jornada estaba resultando de lo más especial y, por si fuera poco extraño que él le mandara un mensaje, ella respondió casi al instante:

Mamá se ha quedado dormida. Mi padre y esa mujer se han ido a la casa del guarda. Tendrías que haberte quedado, Alessio; lo sabes de sobra.

Alessio se preguntó por qué tendría que haberse quedado. ¿Para que su hermano y ella abdicaran de toda responsabilidad mientras se dedicaban a criticarlo todo el tiempo? Estuvo a punto de decírselo, pero se refrenó y respondió:

Si necesitas algo, házmelo saber. Dile que hable con mis abogados mañana por la mañana.

Alessio no tenía muchas esperanzas de que los llamara y, cuando se volvió a guardar el móvil en el bolsillo, se sorprendió pensando otra vez en Nicola.

No se la podía sacar de la cabeza. Sus fríos ojos, su pálido cabello, su forma de mirarlo. ¿Por qué gustaba tanto? ¿Porque insistía en mantener las distancias con él? ¿O por la erótica llama que había emborrachado sus sentidos durante aquel beso?

La tensión que había entre ellos había ido aumentando durante el viaje por las montañas de la Toscana, cargando el ambiente de sensualidad. Nicola también tenía que haberlo notado, porque era tan tangible como el calor de su sangre y los feroces latidos de su corazón; pero, lejos de hacerle alguna señal, como rozarle un brazo o algo así, se había mantenido en silencio y pegada a su portezuela durante todo el trayecto en coche.

Alessio echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Le había ofrecido el trabajo porque la creía adecuada para ello, pero ahora sabía que había algo más en su ofrecimiento. Lo intrigaba. Su actitud distante había despertado su deseo, dormido durante tanto tiempo.

Sin embargo, no le había mentado al afirmar que sabía controlar sus emociones. El hecho de que quisiera hacer el amor con Nicola Bennett no significaba que lo fuera a hacer. No merecía la pena. Sería demasiado problemático.

Desgraciadamente, la aterciopelada oscuridad de la noche no contribuía a aplacar la irresistible atracción del deseo. Por mucho que intentara resistirse, se acordaba una y otra vez de sus labios, de su aroma y del contacto de sus dedos. La boca se le quedó seca al recordarla separando los muslos, y pensó que había sido un idiota por no haber aprovechado su silenciosa invitación.

¿Por qué le había pedido que abriera los ojos y lo mirara? ¿Por qué necesitaba que pronunciara su nombre, si carecía completamente de importancia?

Sus palabras habían roto el hechizo y le habían sumido en la frustración.

En la misma frustración en la que estaba ahora.

Y era tan intensa que no se dio cuenta de que Nicola había regresado hasta que se dio la vuelta y la vio dejando una botella de vino, una solitaria copa y una taza humeante en la mesita.

—Aquí lo tienes —dijo ella, ofreciéndole un sacacorchos.

—¿No vas a beber conmigo?

Ella sacudió la cabeza y señaló su té.

—No. Estoy bien, gracias.

Nicola se descalzó y se sentó en el mismo sofá que él, aunque tan lejos como pudo. Alessio se quedó mirando sus uñas, sin pintar.

El vino era bueno, pero no le relajó en absoluto y, como Nicola no le dio ningún tipo de conversación, se volvió a acordar de la triunfante expresión de Edward y de las inevitables lágrimas de su madre. ¿Habría estallado por fin su matrimonio?

—¿Por qué demonios aguantan las mujeres relaciones tóxicas? —preguntó en voz alta. —¿Por qué las aceptan?

Nicola ladeó la cabeza y sopesó la cuestión con tanta tranquilidad como si hubiera hecho un comentario sobre el clima.

—Quizá, porque son pobres y no pueden permitirse escapar.

—Mi madre no es pobre —le recordó él. —Si rompiera esa farsa de matrimonio, tendría dinero para vivir a lo grande durante el resto de su vida. Y aunque no lo tuviera, que lo tiene, yo estaría encantado de mantenerla.

—Tal vez tenga miedo de quedarse sola.

—¿Desde cuándo es preferible el infierno a la soledad? —dijo él, enfadado.

Nicola clavó la vista en sus ojos, sorprendida con la súbita franqueza de Alessio. Sin embargo, no era la primera vez que le pasaba algo así. A veces, los clientes de la galería le hacían confesiones desconcertantes, y hasta había llegado a pensar que algunos millonarios tenían tan poca gente en la que poder confiar que acudían a ella. Aunque también era posible que lo hicieran porque sabía escuchar en silencio.

Pero él no era un cliente deseoso de ventilar sus preocupaciones y, si quería sobrevivir a la atracción que sentía, no tenía más remedio que marcar las distancias de algún modo. Sobre todo, porque estaban atrapados en la misma casa, en medio de ninguna parte.

Nicola sopesó la posibilidad de volver a la cocina con la excusa de preparar más té, pero no pudo soportar el dolor de los ojos de Alessio.

—Hablar puede ser liberador —dijo ella en voz baja.

Él sacudió la cabeza.

—He hecho mal al traerte aquí y meterte en este maldito lío.

Nicola dejó la taza en la mesita.

—¿Por qué es tan difícil de arreglar?

—Porque mi padrastro es un abusón que disfruta humillando a la gente —contestó. —Particularmente a las mujeres, aunque tampoco le hace ascos a hacer daño a los niños.

Ella se mordió un labio.

—Entonces, ¿por qué sigue tu madre con él?

—Es lo que te acabo de preguntar. ¿Por qué siguen algunas mujeres con esa clase de hombres? Me lo he preguntado mil veces a lo largo de mi vida, y sigo sin entenderlo. Pero es obvio que he cometido un error al traerte a Italia.

—No lo voy a negar —replicó ella, deseando borrar la expresión de angustia de su bello rostro, —aunque he estado en situaciones peores.

—¿Peor que estar con un hombre al que desprecias?

Nicola le volvió a mirar. Sí, Alessio di Bari tenía muchas cosas que le disgustaban, desde su arrogancia a su brusquedad, aunque se sentía irresistiblemente atraída hacia él. Había aceptado aquel trabajo para poder ayudar a su hermano y su novia, pero había pasado algo inesperado, algo que lo cambiaba todo.

Con un simple beso, aquel millonario italiano la había sacado de su encierro emocional, había encendido la hoguera de sus sentidos y había inundado su mente de imágenes eróticas que no conseguía borrar.

El contacto de sus dedos en el muslo, ascendiendo poco a poco. La sedosa palpitación de su propio sexo, anhelando que la tocara.

Nicola tragó saliva.

—Bueno, no es que te desprecie...

Hasta ella se quedó asombrada con lo que acababa de decir. ¿Por qué le estaba abriendo una puerta? ¿Por la arrebatadora y frustrante experiencia de aquel beso? ¿O porque ardía en deseos de dejarse llevar y ver lo que pasaba?

Alessio se giró hacia ella y volvió a clavar la vista en sus ojos. Pero su mirada había cambiado. El dolor y la rabia habían desaparecido bajo el peso de algo primario, sensual, intenso.

—Quiero besarte —le confesó con voz ronca. —No puedo pensar en otra cosa. Quiero asaltar tus deliciosos labios, olvidar todo lo demás y seguir con lo que empezamos esta tarde, Nicola. Pero sin detenernos esta vez.

Nadie le había dedicado unas palabras tan directas en toda su vida, y excitaron tanto a Nicola que se sintió mareada. Era una sensación muy extraña. Se sentía perdida y encontrada al mismo tiempo. Pero, por desconcertante que fuera su reacción física, su reacción intelectual lo fue todavía más.

Ahora tenía la certeza absoluta de que esa era la razón por la que había esperado tantos años a perder la virginidad. ¿Había estado esperando inconscientemente a que apareciera un Alessio di Bari?

Era una idea absurda, y contribuyó a aumentar más su confusión. ¿Qué debía hacer? Por una parte, no quería ser como el resto de las mujeres de su familia, que se arrojaban en brazos de cualquiera por desesperación; por otra, no tenía sentido que se resistiera a Alessio cuando su cuerpo y su mente le exigían que se dejara llevar.

Pero ¿qué pasaría cuando se diera cuenta de que no era la mujer refinada que fingía ser, sino una chica de barrio que seguía siendo virgen? ¿Qué pensaría cuando un hombre con tanta experiencia como él descubriera la verdad?

Y la iba a descubrir. Ya no tenía ninguna duda.

¿Cómo reaccionaría?

De repente, Nicola supo que no le importaba, que lo único importante estaba delante de ella, al alcance de su mano.

Alzó un brazo y le acarició la mejilla, cruzando el puente que se había creado entre los dos. No tenía sentido que se refrenara. Llevaba toda la vida haciendo cosas para los demás; y todo, porque su hermano se había

metido en un buen lío. ¿Por qué no podía hacerlas para ella, por simple placer, aunque solo durara una noche?

—Pues bésame —le instó, esperando no haber sonado demasiado ingenua.

Alessio cerró la mano sobre sus dedos, se los llevó a los labios y se los chupó uno a uno. Fue algo tan inocente como intensamente erótico, y Nicola soltó un gemido cuando él apartó la boca.

—Oh...

—Quiero desnudarte, Nicola. Muy, muy despacio. Pero no aquí, no en este sofá, tan pequeño que solo le serviría a un par de adolescentes desesperados. Quiero llevarte arriba. Ya.

—Vamos —dijo ella, con tanta seguridad como si dijeran esas cosas constantemente.

El corazón se le había desbocado cuando la llevó escaleras arriba, mientras ella se preguntaba por qué habían sonado tan mecánicas sus palabras, como si no fuera un asunto de emociones, sino de técnica.

¿Estaría acostumbrado a ese tipo de situaciones?

Nicola tragó saliva.

Sí, por supuesto que sí. Y era un hecho, no una conjetura. Aunque intentara no llamar la atención, Internet estaba llena de historias sobre sus relaciones amorosas, siempre con mujeres que no se parecían nada a ella. Las voluptuosas morenas a las que Lydia se había referido. Mujeres que lo tenían todo.

En otro momento, ese hecho habría bastado para que cambiara de opinión sobre lo que estaban a punto de hacer; sobre todo, cuando llegaron al dormitorio, con todo lo que eso significaba para ella. Pero se limitó a quedarse en el umbral, mirando la cama de exquisitas sábanas blancas, sin saber qué hacer. El sol ya se había puesto, y la luz de la luna se filtraba por las ventanas, dando un tono plateado a todos los objetos.

Alessio la miró con expresión indescifrable, y Nicola le devolvió la mirada, conteniendo la respiración.

¿Sería posible que se lo estuviera replanteando? ¿Que el corto trayecto por la escalera le hubiera hecho dudar? Al fin y al cabo, estaba a punto de acostarse con una persona radicalmente distinta a sus amantes habituales, con alguien tan normal y corriente como ella.

Sin embargo, Alessio acabó con sus temores al instante, asaltando su boca de tal manera que se sintió estallar por dentro.

Oh, Dios. Nicola se estremeció.

Era como todo lo que había leído al respecto, salvo por el hecho de que aquello era real.

Un fuego fluía por sus venas, dándole la sensación de estar disolviéndola. Sus pechos parecían súbitamente empeñados en escapar de la blusa, y el estómago se le había puesto tenso. Quería tocar su cuerpo, sentirlo, probarlo.

Entonces, él le pasó un brazo alrededor de la cintura y la volvió a besar. Nicola tembló, y le pareció que Alessio sonreía contra sus labios.

¿Debía refrenarse más? ¿Comportarse como la mujer que se suponía que era? ¿Como la fría e impávida Nicola Bennett de la galería?

Quizá, pero no pudo. Y, al parecer, él tampoco podía.

¿No se suponía que Alessio di Bari era un maestro del control emocional, un amante experto que la tenía que desnudar muy despacio? Entonces, ¿por qué saltaron los botones de su blusa, tan rápidamente que los oyó rebotar en el suelo casi al mismo tiempo? ¿Por qué le quitó la prenda de inmediato y la dejó caer para quedarse mirando sus senos, aún ocultos bajo su negro sostén?

Sus pezones estaban tan duros que se apretaban furiosamente contra el encaje de la prenda, y Alessio abrió la boca y dijo, en voz muy baja:

—Vaya. Esa es una invitación que no puedo rechazar.

Luego, inclinó la cabeza y se los mordisqueó por encima de la tela.

—Oh... —gimió ella.

Nicola se quedó asombrada con el sonido de su propia voz, inusualmente alto y desinhibido. Pero no tuvo tiempo de analizarlo, porque él le quitó la falda vaquera en ese momento y la dejó en ropa interior.

—Eres aún más bella de lo que imaginaba —declaró sensualmente, contemplando sus braguitas, también negras.

—No, no lo soy.

—Sí que lo eres —la contradijo, y clavó la vista en sus ojos. —Esta noche no te voy a decir ninguna mentira, Nicola Bennett. Voy a ser completamente sincero, hasta cuando desees que no lo sea tanto.

Capítulo 8

ESTA noche no te voy a decir ninguna mentira».

Las palabras de Alessio resonaron en la habitación, activando todas las alarmas de Nicola, que sin embargo hizo caso omiso.

Solo podía pensar en eso, en lo que estaban haciendo. Iba a hacer el amor por primera vez y, aunque también era la primera que estaba a solas con un hombre en un dormitorio, no sintió ninguna vergüenza. Ni estando medio desnuda.

Su timidez había desaparecido. Y no era de extrañar, teniendo en cuenta que Alessio la miraba con verdadera admiración, como solía hacer con los cuadros de la galería que más le gustaban. Pero él no se había quitado la ropa, y ella no sabía qué hacer. ¿Cómo era el protocolo de ese tipo de situaciones? ¿Debía tomar la iniciativa?

A decir verdad, estaba aterrorizada con la posibilidad de meter la pata, de decepcionar a Alessio y decepcionarse a sí misma. Además, llevaba mucho tiempo esperando ese momento, y no lo quería estropear con su inexperiencia.

Sin embargo, tampoco podía ser tan difícil. Seguro que era capaz de quitarle la camisa con cierta soltura.

Por fin, Nicola llevó las manos a su pecho y empezó a desabrochar los pequeños botones. El torso de Alessio se tensó, y ella oyó que su respiración se aceleraba cuando le quitó la prenda, revelando su duro y suave pecho.

La camisa cayó al suelo, uniéndose al resto de la ropa. Ella inclinó la cabeza y le lamió un pezón, imitando lo que él había hecho instantes antes.

—Oh, Nicola...

Nicola se lo tomó como una expresión de aprobación, y ya se disponía a lamerle el otro cuando él le puso las manos en la cabeza y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No, así no —dijo.

Ella frunció el ceño, ansiosa.

—¿He hecho algo malo?

—Sabes perfectamente que no. Es que no te quiero de pie, sino tumbada. Quiero ver ese cabello dorado sobre mi almohada.

Alessio la alzó en vilo, la llevó a la cama y la tumbó en ella, para que pudiera ver cómo se desnudaba.

A Nicola se le hizo un nudo en la garganta cuando se llevó una mano a la cremallera de los pantalones. Iba a ver una erección por primera vez en su vida. Pero eso no significaba que estuviera dispuesta a perder el tiempo con nervios o timideces absurdas, porque sabía que el sexo era completamente natural.

Hasta se acordó de la mujer del cuadro de la galería, de faz ruborizada y satisfecha. Se acordó porque ella quería sentir lo mismo.

Alessio se quitó los pantalones y los calzoncillos, y a Nicola se le escapó un leve gemido al ver el formidable tamaño de su orgullosa erección. ¿Habría sido un error? ¿No demostraba por sí mismo su inexperiencia? Tal vez, pero pareció satisfacer a Alessio, que sonrió, se tumbó a su lado y la apretó contra su cuerpo.

—Sí, es grande —dijo él, e introdujo los dedos por debajo de sus braguitas. —Pero estás muy húmeda, preparada para mí. No te haré daño, Nicola.

En respuesta, Nicola cubrió de besos sus labios, y él soltó una carcajada, le desabrochó el sostén y cerró sus anhelantes manos sobre sus pechos. Sin embargo, no se detuvo ahí y, tras despojarla también de las braguitas, la empezó a acariciar con un dedo.

—Sí, por favor... —rogó ella cuando él aumentó el ritmo y la intensidad. —Por favor.

Una espiral de intenso placer se estaba empezando a formar en el interior de Nicola, como si fuera un cable que cada vez estuviera más tenso. Al cabo de un rato, ella se retorció con impaciencia, y él incrementó la presión de tal manera que Nicola pensó que no lo podría soportar. Y

entonces, repentinamente, alcanzó el orgasmo y se aferró a él con un grito de incredulidad.

Ya no quedaba en ella el menor rastro de racionalidad. Sus pensamientos habían desaparecido. Estaba completamente a merced de Alessio; pero, por sorprendente que fuera, le gustó. No se sentía débil, sino fuerte, más fuerte que en toda su vida.

—Guau —musitó él instantes después. —¿Quién iba a imaginar que la fría señorita Bennett fuera tan apasionada?

Alessio se apartó entonces, y ella gimió a modo de protesta.

—Esta parte es vital, cara. Pero no te preocupes. Tardaré poco.

Nicola se estremeció al ver que alcanzaba sus pantalones para sacar un preservativo. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado eso? ¿Qué habría pasado si él no hubiera tenido ninguno? ¿Aún habría querido que hiciera el amor con ella?

La respuesta era tan obvia que se sintió ridícula. Sí, lo habría querido de todas formas. Ella, la misma mujer que siempre criticaba vehementemente a los que hacían el amor sin protección. Por lo visto, no tenía tanta fuerza de voluntad como pensaba.

Sin embargo, solo podía pensar en el hombre desnudo que acababa de volver a la cama, con su piel brillante bajo la luz de la luna.

Nicola se retorció, inquieta. Él se puso el preservativo y la miró con intensidad.

—No sabía que fueras impaciente —declaró él.

Hasta ese momento, ella tampoco lo había sabido. Muchas de las cosas que había dado por sentadas estaban saltando por los aires.

Alessio se puso sobre ella, apretándola contra el colchón con su peso. Nicola alzó la cadera en silenciosa invitación y, cuando sintió el roce de su sexo, se maldijo a sí misma por haber esperado tanto a perder la virginidad. ¿Por qué lo había hecho? De repente, todos sus supuestos motivos le parecían absurdos.

—Oh, Alessio —dijo en un suspiro.

Él entrecerró los ojos y comentó:

—Es la primera vez que pronuncias mi nombre.

Ella asintió, y él cerró una mano sobre su cadera, anclándola posesivamente.

—¿Estabas esperando este momento, Nicola? ¿Esto es lo único que hacía falta? Si lo hubiera hecho antes, ¿habría pasado lo mismo? Si hubiera cerrado la puerta de la galería, te hubiera llevado a la trastienda y te hubiera bajado las braguitas para hacerte el amor contra esa estatua de bronce, ¿habrías pronunciado mi nombre entonces?

Las palabras de Alessio no eran precisamente románticas; pero, por algún motivo, la excitaron aún más. Y, en lugar de protestar por su arrogancia, volvió a musitar su nombre y dejó escapar otro gemido cuando la penetró.

Entonces, descubrió que había mentido. Sí que le estaba haciendo daño. Era tan grande, y ella estaba tan tensa que dejó escapar un grito de dolor.

La sonrisa de Alessio desapareció al instante, y dio paso a un gesto de incredulidad y otro de sombría comprensión de lo que estaba pasando. De hecho, Nicola se preocupó, pensando que se iba a detener.

Pero, por fortuna, no se detuvo.

Siguió moviéndose, aunque sus movimientos se volvieron más sutiles, muy distintos a la desenfrenada pasión anterior. Ahora actuaba con cuidado, permitiendo que el cuerpo de Nicola se acostumbrara poco a poco a su invasión.

Nicola empezó a disfrutar más que en toda su vida. Se sentía maravillosamente impotente ante las increíbles sensaciones que la dominaban, y ni siquiera le importó que Alessio la observara con detenimiento, como si no fuera un participante, sino un espectador. ¿Sería consciente de que estaba a punto de llegar otra vez al clímax? ¿Sería esa la razón de que aumentara súbitamente el ritmo?

—Alessio... —repitió ella.

Nicola llegó al orgasmo, y se dio cuenta de que él estaba cerca de alcanzar el suyo. Había cerrado los ojos, y sus músculos se tensaron al máximo hasta que lo consiguió.

Luego, los dos se quedaron inmóviles, en silencio. Nicola intentó recuperar el aliento y la compostura, pero no podía porque aún sentía a Alessio en su interior. Sin embargo, estaba donde ella quería que estuviera. Y habría dado cualquier cosa con tal de que siguiera allí.

A pesar de ello, algo la empujó a reclamar parte del poder que había cedido, y respiró hondo, intentando recuperar su determinación. Si aquel silencio se extendía más, se empezaría a preocupar de verdad y su

imaginación lo llenaría con todo tipo de hipótesis malas. Además, no quería que Alessio la viera como una especie de víctima. Se había prestado a aquello con los ojos abiertos, y él tenía que saberlo.

—¿Estás decepcionado? —preguntó lentamente.

—¿Decepcionado? —Alessio se apartó y frunció el ceño. —Guau... me han preguntado muchas cosas después de hacer el amor, pero nunca esa.

—Me alegra saber que soy original, aunque no sea más que una más entre una legión de mujeres —replicó ella.

Las frías palabras de Nicola despertaron la curiosidad de Alessio. En general, salía inmediatamente del cuerpo de sus amantes, pero aquella vez deseó quedarse en su cálido interior. Sin embargo, pensó que evitar un embarazo era el factor más importante, así que se retiró cuidadosamente y se quedó mirando su revuelta melena rubia, esparcida sobre la almohada.

Había fantaseado muchas veces con verla así, y no podía creer que la imperturbable Nicola Bennett fuera la misma mujer que le acababa de regalar su inocencia. Pero ¿por qué le había preguntado si estaba decepcionado?

Había sido una experiencia sexual excepcional; por lo menos, para él. De hecho, estaba fascinado con ella. No recordaba haber estado tan exquisitamente excitado en toda su vida. Nunca había disfrutado tanto.

—¿Por qué lo iba a estar? —preguntó por fin.

—¿Es que no es obvio? —dijo Nicola, encogiéndose de hombros. — Porque no te he dicho que yo era...

—¿Virgen?

Ella asintió.

—Sí.

Alessio también asintió, y se dio cuenta de que no lo había valorado lo suficiente. La inexperiencia de Nicola la podía llevar a hacerse ilusiones irracionales, y no quería que se equivocara con él. Sus amantes le habían acusado de muchas cosas, pero jamás de dar a entender que buscaba una relación seria.

—Eso solo sería un problema si fuera relevante por alguna razón — declaró él. — Por ejemplo, si tu inocencia te llevara a pensar que te voy a pedir matrimonio por el simple hecho de que haya sido una experiencia maravillosa... y, por cierto, lo ha sido. En ese caso, reconozco que me

sentiría decepcionado. Y tú también lo estarías, porque eso no va a ocurrir, cara. Ni ahora ni nunca.

—Vaya, cualquiera diría que todas las mujeres que se acuestan contigo arden en deseos de que les pongas un anillo en el dedo.

Alessio se encogió de hombros.

—No puedo decir que no.

—Pues es curioso. No sabía que tener un ego monumental fuera un requisito importante para la mayoría de las mujeres con intenciones de casarse.

Él sonrió.

—No creo que mi popularidad entre las mujeres se deba precisamente al tamaño de mi ego, Nicola.

—Oh...

La sorpresa y la indignación de Nicola por su comentario avivaron el deseo de Alessio, que quiso besarla otra vez. Y, tras acariciar sus sedosos mechones de pelo, la apretó contra su cuerpo y dijo, con voz ronca:

—Deja de concentrarte en lo irrelevante.

—¿Y qué es lo relevante, si se puede saber?

—No te hagas la tonta. Lo sabes de sobra.

—¿Cómo lo voy a saber, si es la primera vez que hago el amor?

—Está bien, lo diré en voz alta. Quiero volver a estar dentro de ti. Quiero llenarte por completo, hasta que no sientas nada que no sea yo. Quiero oírte gritar mi nombre cuando llegues al orgasmo, como hace unos minutos. Quiero arrancarte esos gemidos que parecen eternos —respondió él. —¿Tú también lo quieres?

Ella parpadeó, como si no pudiera creer lo explícito que había sido Alessio. Pero la respuesta salió de su boca de inmediato, como si no pudiera refrenar las palabras.

—Sí, sí, claro que lo quiero —dijo en voz baja. —Lo quiero con toda mi alma.

Esta vez, Alessio la sedujo con un ritmo deliberadamente lento, sin dejar ni un centímetro de piel sin explorar. Primero, con los dedos y después, con los labios. Estaba asombrado con la belleza de Nicola, con la perfección de sus endurecidos pezones y de sus suaves muslos, que entreabrió para él.

Al cabo de unos instantes, se metió entre sus piernas y empezó a lamer, hambriento. Ella se estremeció al sentir el contacto de su lengua, y Alessio refrenó el deseo de penetrarla de nuevo y se concentró completamente en sus atenciones.

No recordaba haber estado tan excitado nunca. No recordaba haber estado tan concentrado en una mujer como para no distinguir dónde empezaba ella y dónde empezaba él. Pero, al ver que Nicola se estremecía de nuevo, el deseo ganó la batalla y le obligó a ponerse otro preservativo y a entrar otra vez en su cuerpo.

Su orgasmo fue tan potente que hasta dejó escapar un grito de satisfacción.

Y debió de quedarse dormido cuando terminaron porque, cuando volvió a abrir los ojos, la luz del alba empezaba a teñir el horizonte.

Ella estaba al otro lado de la cama, dándole la espalda; pero, por la posición que tenía, Alessio supo que se había despertado. Y aunque había intentado convencerse de que los motivos de Nicola no eran asunto suyo, rompió su norma de no preguntar lo que no debía y dijo:

—¿Por qué?

Nicola llevaba un buen rato despierta, preparando respuestas para preguntas como aquella, como una estudiante antes de un examen. Y, al oír su voz, se giró hacia él y volvió a sentir una descarga de deseo.

Sin embargo, eso no impidió que se recordara que aquello no iba a ninguna parte, y no solo porque ella viviera en Manhattan y él, en Londres. Ni porque él fuera un multimillonario y ella, una simple dependienta.

No había ninguna posibilidad de que dos personas así acabaran juntas. Y, si no la había, ¿por qué estropear el momento con la cruda realidad? Además, no creía que Alessio estuviera realmente interesado en su historial sexual. Seguramente, solo había preguntado eso por educación o por pasar el tiempo. A fin de cuentas, tenían que hablar de algo entre orgasmo y orgasmo.

Por fin, Nicola refrenó su desconcertante deseo de ronronear y apretarse contra él y dijo, muy despacio:

—¿A qué te refieres? ¿A por qué seguía siendo virgen? ¿O quieres saber por qué te he elegido a ti?

—Las dos cosas.

Alessio asintió, como queriendo decir que su reacción lo había tranquilizado. Pero Nicola quería asegurarse de todas formas, para que no tuviera ninguna duda de que no se estaba haciendo ilusiones con él.

—Estaba tan ocupada con mi carrera que no tenía tiempo para el amor.

Nicola prefirió no dar más explicaciones. Ni le apetecía decir que su independencia era esencial para ella ni que estaba decidida a no cometer los errores de su madre, que era incapaz de hacer nada sin un hombre al lado.

Además, eso carecía de importancia.

—No has contestado a la segunda parte —observó él.

Nicola dudó. Tampoco quería decirle que le había elegido a él porque era el hombre más impresionante que había conocido y porque dejar de respirar habría sido más fácil que resistirse a sus besos.

¿Le habría gustado saber que la había enternecido al descubrir que había prestado su avión a su secretaria para que pudiera ir a ver a su madre enferma? Probablemente, aunque también era posible que la hubiera acusado de ser una sentimental: a fin de cuentas, prestar un avión no debía de ser gran cosa para un hombre como Alessio.

Y, por supuesto, también le podría haber confesado que se le había encogido el corazón con lo sucedido en la mansión de su familia. Pero él lo podría haber interpretado como un gesto de lástima, y Nicola detestaba esa emoción porque había dado lástima demasiadas veces a otras personas.

Sin embargo, tenía que decir algo, así que se pasó una mano por su revuelto cabello y empezó a hablar. Pensándolo bien, no tenía sentido que estuvieran desnudos en la misma cama y ni siquiera le pudiera decir alguna verdad.

—Bueno, a medida que pasaba el tiempo y me iba quedando...

—¿Al margen de todo? —la interrumpió él.

—No pretendía decir eso. Sencillamente, llegó un momento en que casi todas mis amigas habían hecho el amor con alguien, y empecé a preguntarme si no me estaría perdiendo algo importante —le explicó. —Supongo que, al final, decidí que necesitaba... un poco de experiencia.

Alessio guardó silencio.

—No sé, quería saber si el sexo era tan bueno como la gente decía —añadió ella, nerviosa. —Eso es todo.

—Eso es todo —repitió él, mirándola de forma extraña.

Nicola clavó la vista en sus ojos, y tuvo la sensación de que le había decepcionado de algún modo.

—¿Y ha sido tan bueno como dicen? —continuó Alessio.

—¡Ha sido mejor! —declaró ella, arrancándole una carcajada.

—Estás resultando ser verdaderamente sorprendente, Nicola Bennett —dijo él en voz baja. —No sé cómo lo consigues, pero no deseo otra cosa que hacerte el amor una y otra vez.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó ella, con una tímida bravata.

—Nada. De hecho, tengo intención de hacértelo tanto tiempo como sea posible. Pero, si sigues empeñada en subirte a un avión mañana por la mañana, no vamos a tener demasiado...

Alessio cerró los dedos sobre una de sus manos, la llevó a su entrepierna y, tras cerrarla sobre su duro sexo, añadió:

—¿Por qué no te quedas un poco más?

Capítulo 9

OBVIAMENTE, Nicola no se subió a un avión a la mañana siguiente. Se dedicó a disfrutar al máximo con el millonario italiano. Y, durante dos días y tres noches, Alessio le dio lo que ella solo podía definir como una prueba de la existencia del paraíso.

Ni en sus más tórridas fantasías había imaginado que el sexo pudiera ser tan asombrosamente exquisito. Ni que ella pudiera sentir tanto placer, una y otra vez.

—¿Sabes una cosa? Eres muy, muy buena —declaró Alessio en determinado momento.

Ella, que estaba a horcajadas sobre él en el mismo sofá que había rechazado la noche anterior por considerarlo demasiado pequeño, replicó:

—Lo dices como si te estuvieras quejando.

—¿Quejándome? ¿Es que te has vuelto loca? —dijo él, devorándola con sus intensos ojos azules. —Aprendes excepcionalmente rápido, Nicola.

Era verdad. Siempre había aprendido deprisa. Era una de las cosas que la habían ayudado a escapar de sus humildes orígenes. Y una de las primeras cosas que había aprendido era a no dejarse llevar por expectativas poco realistas.

Por eso, cuando Alessio la besó de nuevo y ella se volvió a excitar, no empezó a pensar que aquello se podía convertir en una relación permanente. Eso era imposible. Estaban viviendo una ilusión. Ni ella le conocía de verdad ni él la conocía a ella y, para ser sinceros, tampoco quería que la conociera.

Solo se estaba divirtiendo, viviendo una deliciosa experiencia que le permitía olvidarse temporalmente de su hermano, de Stacey y del bebé. Era como si sus preocupaciones se hubieran quedado en Inglaterra. ¿Y por qué no disfrutar de aquella sensación de libertad? ¿Por qué no disfrutar de la nueva versión de sí misma que estaba descubriendo?

Pero, por fin, llegó el momento de marcharse y, cuando el avión ya se disponía a aterrizar en Londres, Alessio dijo:

—Me temo que tendré que dejarte cuando aterricemos. Tengo una reunión en la ciudad. Y mañana, debo volver a los Estados Unidos.

—No te preocupes —dijo ella, restándole importancia. —No pasa nada.

Él entrecerró los ojos.

—¿Seguro?

Nicola se preguntó qué esperaba que hiciera. ¿Ponerse de rodillas, aferrarse a sus piernas y rogarle que no se marchara, solo porque habían estado cuarenta y ocho horas haciendo el amor en Italia?

No, por supuesto que no. Aunque fuera lo que deseaba a hacer, aunque quisiera aferrarse a él y no soltarlo nunca más. Iba a echar de menos sus largos días y sus largas noches, con Alessio dándole trocitos de la magnífica comida que un criado de su amigo el jeque les llevaba todas las mañanas.

—Me las arreglaré —afirmó ella.

Alessio la miró con una mezcla de sorpresa y aprobación, y Nicola se dio cuenta de que una de las cosas que más le gustaban de ella era precisamente su sentido de la independencia. Además, era un macho alfa, un cazador, y le gustaba acechar y perseguir.

—Pero volveré a Londres la semana que viene —le informó él.

El corazón de Nicola se desbocó al instante, y tuvo miedo de que Alessio pudiera oír sus desenfrenados latidos.

—¿Ah, sí?

Alessio apartó la mano que tenía sobre uno de sus muslos y recuperó su actitud indiferente. Su fría reacción le había molestado; pero, al mismo tiempo, le había parecido de lo más seductora. Había logrado que le resultara aún más atractiva. Y eso que ya le estaba excitando por el simple hecho de estar sentada a su lado. O particularmente por estarlo, con la luz del sol dando un tono intensamente dorado a su cabello.

En realidad, Alessio había decidido que se despediría civilizadamente de ella en cuanto llegaran a Londres. Le parecía que lo más razonable que podía hacer era mantenerse alejado de la galería durante una temporada, hasta que las cosas se calmaran. E incluso había sopesado la posibilidad de enviarle un regalo de agradecimiento; quizá, una joya con

diamantes grises, a juego con sus preciosos ojos. Pero ya no estaba tan seguro de que quisiera alejarse de ella.

Por lo menos, de momento.

—¿Te apetece que vayamos a cenar cuando vuelva? —le preguntó, ardiendo en deseos de resquebrajar su compostura.

El corto silencio posterior habría sido un insulto para cualquier hombre; sobre todo, para uno que no estaba precisamente acostumbrado a que le hicieran esperar. Pero, al final, ella inclinó la cabeza en gesto regio y contestó:

—Claro. Llámame.

Alessio pensó que estaba jugando con él. ¿Que la llamara? ¿Es que no se daba cuenta de que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no quitarse de encima a la tripulación para bajarle después la braguita y tomarla allí mismo?

—¿Alessio? —dijo ella, mirándolo súbitamente con preocupación. —¿Qué ocurre? Parece que te duela algo...

—No pasa nada —respondió él. —Le diré a mi chófer que te lleve a casa.

—No hace falta, en serio. Iré en Metro.

—No, te llevará mi chófer —insistió él, frunciendo el ceño con impaciencia. —Tienes un coche a tu disposición. ¿Por qué te niegas a aceptar un simple favor, Nicola?

Nicola se preguntó qué habría dicho él si hubiera contestado a esa pregunta. Qué habría dicho si le hubiera confesado que tenía miedo de acostumbrarse a esa forma de vida, a los coches caros y los aviones privados, a él. Pero no se lo podía decir, porque estaba segura de que solo habría servido para complicar las cosas y dificultar más el inevitable final.

Mientras lo pensaba, se pasó una mano por la manga del vestido de seda que llevaba. Alessio le había comprado un montón de ropa, y casi toda estaba sin estrenar porque habían estado desnudos prácticamente todo el tiempo.

—¿Qué hago con la ropa que me regalaste?

Él volvió a fruncir el ceño.

—Quedártela, por supuesto. ¿Qué quieres hacer, si no?

Justo entonces, sonó su teléfono móvil. Alessio no contestó; pero, como ya habían aterrizado y estaba ansioso por salir del avión, dijo:

—Venga, vámonos.

Tras bajar por la escalerilla, besó sucintamente en los labios a Nicola y le abrió la portezuela de uno de los coches que estaban esperando. Ella se giró y le vio subiéndose al segundo; pero, cuando arrancó y se despidió de él con la mano, Alessio ni siquiera la miró. Ya estaba ocupado con otras cosas. Era un hombre poderoso, con la cabeza llena de problemas más importantes que un breve escaqueo sexual.

A pesar de lo insistente que se había mostrado él, Nicola se empeñó en que el chófer la dejara junto a una estación de Metro. El hombre protestó con el argumento de que su jefe le había ordenado que la llevara a casa, pero eso era lo último que ella deseaba: Alessio no tenía su dirección, y no quería que la tuviera.

—Hagamos una cosa. Yo no diré nada si usted no dice nada —replicó Nicola.

Instantes después, entró en el Metro y, cuando llegó a casa, se quitó la ropa, se puso unos vaqueros y una camiseta y se fue a ver a Stacey, quien la asustó un poco cuando le abrió la puerta con ojos apagados. ¿No se suponía que las embarazadas estaban radiantes y llenas de vida?

Fuera como fuera, hacía tanto calor en la casa que abrió todas las ventanas antes de preparar un té de jengibre.

—Ya tengo el dinero —anunció al salir del cuarto de baño, donde había estado brevemente.

—¿Me lo puedes dar ahora?

—Se supone que es para ti y para el bebé —le recordó ella, sonriendo. —¿Te parece bien que busquemos una casa nueva entre las dos? Así la tendrás organizada cuando Callum salga de la cárcel.

Stacey se encogió de hombros.

—Claro, por qué no.

A partir de entonces, Nicola se volvió a sumir en sus rutinas. Y casi se alegró, porque así no tenía tiempo de pensar. De día, trabajaba en la galería y, al final de la tarde, Stacey y ella buscaban casas. Algunas eran mejores que otras y, a la semana siguiente, ya habían encontrado un piso aireado y moderno, que estaba cerca de una guardería y un parque.

Con las ganancias de su fin de semana en la Toscana, compraron una cuna, ropa de cama y un montón de prendas de bebé, que guardaron en una cómoda nueva que montó la propia Nicola, aunque las instrucciones de montaje eran prácticamente incomprensibles.

Luego, fue a ver a su hermano y le enseñó fotos del piso. Callum sonrió por primera vez en mucho tiempo, y le dio un precioso osito de madera que había tallado en uno de los cursillos de rehabilitación para que se lo diera a su vez a Stacey.

Los días de Nicola eran tan largos que muchas veces, al llegar a casa, se quedaba dormida al instante. Pero, por agotada que estuviera, eso no impidió que las preocupaciones que había enterrado en el fondo de su mente salieran a la luz.

Alessio le había dicho que estaría de vuelta esa semana, y no había sabido nada de él.

Pero ¿qué tenía eso de particular? No podía ser tan idiota. Se habían acostado porque estaban juntos en una remota casita de campo italiana, y ahora que había vuelto a Manhattan, preferiría estar con modelos de pasarela y estrellas de cine. ¿Por qué se iba a molestar en ponerse en contacto con ella? Solo se lo había dicho por educación.

Por suerte, la vida profesional de Nicola iba bastante mejor que su vida amorosa y, tras vender cuatro cuadros seguidos, Sergio le dijo que era genial.

—Contratarte fue la decisión más inteligente que he tomado nunca —declaró, muy serio. —Y lo más asombroso de todo es que has aprendido el negocio por tu cuenta.

—Gracias —respondió ella.

Y entonces, alguien llamó por teléfono.

Nicola no reconoció el número y, aunque su instinto le dijo que dejara saltar el contestador, levantó el auricular.

—¿Dígame?

—Hola, Nicola.

Era él.

Nicola cerró los ojos y suspiró sin poder evitarlo. ¿Cómo era posible que se estremeciera por el simple hecho de oírle pronunciar su nombre?

—Hola, Alessio.

—Ah, menos mal. Durante un momento, he creído que ibas a fingir que no reconocías mi voz —bromeó él.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¿Por fingir desinterés para que me sienta inseguro, como hacen tantas mujeres?

—Teniendo en cuenta que toda mi experiencia con los hombres se podría escribir en un sello de correos y aún sobraría espacio, ¿esperas que conteste de verdad a esa pregunta?

Alessio rio.

—Llegaré a Londres el viernes —le anunció. —¿Te apetece cenar conmigo?

Nicola se estremeció al pensarlo. ¿Tendría tanto poder sobre todas las mujeres? ¿Tanto como para conseguir que se derritieran de deseo con el simple hecho de decirles unas cuantas palabras por teléfono?

Por supuesto, sopesó la idea de decirle que estaba ocupada, que lo suyo no tenía sentido y que estaban en mundos completamente distintos. Pero, en lugar de eso, contestó:

—Sí, claro que me apetece. Mándame un mensaje con el lugar y la hora cuando lo sepas, como la última vez.

Alessio suspiró.

—¿Es necesario que pasemos otra vez por el juego del gato y el ratón, Nicola?

Ella distinguió la impaciencia en su voz, pero hizo caso omiso porque necesitaba separar la fantasía de la realidad. No podía hacer otra cosa, porque ¿qué pasaría si después de cenar pretendía ir a su casa y quedarse toda la noche? Además, no podía ni imaginar un millonario como él viéndoselas con la cortina de baño de su ducha.

—Eso es lo que quiero, Alessio —dijo con calma.

El viernes siguiente, un cliente de la galería estuvo tanto tiempo mirando un cuadro que Nicola puso el cartel de cerrado más tarde que de costumbre, pensando que tendría que darse prisa para llegar a Peckham y cambiarse de ropa. Sin embargo, Alessio no le había dicho dónde iban a quedar, como comprobó al mirar el móvil. Y justo entonces, cuando ya estaba a punto de guardarse el aparato, llegó su mensaje.

Había reservado mesa en el Starlight Room de Granchester a las ocho de la tarde.

Nicola parpadeó al verlo. Era un sitio muy conocido. Era famoso por sus techos de color añil y constelaciones pintadas, pero siempre había paparazis en la puerta, ansiosos por asaltar a los privilegiados que iban a disfrutar de la excelente comida y la no menos excelente carta de vinos del local.

¿Por qué habría querido que se vieran en semejante lugar?

En ese momento, alguien llamó al timbre de la galería. A Nicola le molestó, porque era obvio que ya estaba cerrada; pero el corazón se le encogió cuando echó un vistazo al exterior y vio a la persona que estaba fuera.

¿Qué diablos estaba haciendo allí?

—Abre la puerta, cara. Sé que estás dentro.

Aquello le pareció inaceptable; completa y absolutamente inaceptable. Sin embargo, abrió la puerta y se lo quedó mirando, intentando no sentirse intimidada por su impresionante aspecto. El sol de última hora de la tarde acentuaba el tono moreno de su piel, que contrastaba vivamente con su cabello negro y sus ojos de color zafiro.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber.

—¿Es que no es obvio? Verte, claro.

—Pero si me ibas a ver de todas formas. Hemos quedado dentro de exactamente... una hora —dijo ella, tras mirar el reloj.

—No podía esperar tanto.

—Alessio...

—Venga, déjame entrar, por favor.

El ruego de Alessio acabó con la escasa capacidad de resistencia de Nicola, quien se apartó y le dejó pasar.

—No puedes presentarte así, sin avisar.

—Pues lo acabo de hacer.

—¿Por qué?

—Porque quería besarte.

—No puedes besarme.

—¿No quieres que te bese?

—La galería está llena de cámaras.

—¿Por todas partes?

—Sí, menos en la trastienda.

—Pues vamos allí.

Alessio la tomó de la mano, y ella le llevó a la oscura trastienda de la galería.

Se detuvieron junto a la escultura de bronce, que aún no habían conseguido vender, donde él la tomó entre sus brazos y la miró con tal intensidad que derrumbó sus últimas defensas. ¿Sería consciente de lo mucho que lo deseaba? ¿Sería ese el motivo por el que le acarició los labios con suma delicadeza antes de asaltarlos con pasión?

—Oh, Alessio —dijo ella, sin aliento.

—¿Sí? —dijo él contra su boca.

—No debemos... no podemos...

—¿Me deseas?

—Sí.

Alessio le dedicó una sonrisa triunfante y, a continuación, le desabrochó la falda negra que llevaba y dejó que cayera al suelo. Nicola ya estaba húmeda para entonces, y soltó un gemido al sentir su mano entre los muslos.

—¿Me deseas? —repitió él, bajándose la cremallera de los pantalones.

—Sí —respondió ella nuevamente.

Alessio se puso un preservativo tan deprisa como pudo, protestando por tener que perder tiempo con algo así. Después, la levantó, le cerró las piernas alrededor de sus caderas y, tras penetrarla con una acometida profunda, tragó saliva, asombrado con lo mucho que le gustaba Nicola.

Estaba tan excitado que adoptó un ritmo lento para no perder el control, porque la primitiva necesidad de deshacerse en ella era verdaderamente abrumadora. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron mientras entraba y salía de su sexo, y no se relajó hasta que Nicola alcanzó el orgasmo entre una serie de espasmos y gemidos. Entonces, se dejó llevar y pronunció unas suaves palabras de afecto con una voz rara, que no le pareció suya.

Tardó un buen rato en moverse otra vez. Quería quedarse donde estaba, perdido en las cada vez más débiles ondas de satisfacción; pero no podía estar así toda la noche, aunque solo fuera porque no era su estilo.

—¿Y ahora, qué? —preguntó con tono ronco.

Nicola no respondió. El placer había sido tan intenso que no podía hablar. Además, le parecía increíble que hubiera reaccionado de ese modo.

Tan deprisa.

Tan desvergonzadamente.

Y, encima, acababa de hacer el amor en su trabajo. Pero ¿qué habría pasado si Sergio hubiera vuelto sin avisar, o si la extraña actividad de la trastienda hubiera activado la alarma y se hubieran presentado unos guardias de seguridad? Evidentemente, no habría podido decir que Alessio di Bari era un cliente que estaba comprando algo. No estando medio desnudos, y con el envoltorio del preservativo en el suelo.

El corazón se le salía de la caja torácica cuando bajó las piernas y volvió a sentir el suelo bajo sus pies. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Se había esforzado durante años por conseguir un empleo como aquel, y ahora lo arriesgaba todo por un breve encuentro sexual con un hombre que ni siquiera buscaba una relación seria.

Sin embargo, no estaba enfadada con Alessio, sino consigo misma. Al fin y al cabo, habían hecho el amor porque lo deseaba tanto como él. Pero ¿qué iba a hacer ahora? ¿Qué demonios podía decir?

En un intento por recobrar la compostura, se alisó su arrugada ropa y dijo:

—Tengo que lavarme.

Ya en el cuarto de baño, que su jefe había instalado durante la reciente reforma del local, hizo lo que pudo con lo poco que tenía a su disposición, empezando por las toallitas. Luego, se quitó las horquillas del pelo y se lo cepilló con brío para dejárselo suelto, porque la densa cortina de su cabello le ocultaría al menos la cara.

Al salir, Alessio ocupó su lugar y ella se dirigió al despacho y repasó el correo, aunque no había nada que no pudiera esperar hasta el lunes siguiente. Y logró quitarse a Alessio de la cabeza hasta que él apareció a su lado, la levantó del sillón y le besó una mano.

El anticuado y romántico gesto la desarmó por completo, aunque sus siguientes palabras la pusieron en guardia.

—Mi coche está fuera.

—¿Y?

—Que te puedo llevar a tu casa —respondió, pasando la vista por su blusa blanca y su falda negra de tubo. —Supongo que te querrás cambiar de ropa antes de cenar. Llegaremos más tarde de lo previsto, pero nos pondrán otra mesa.

Un inquietante pensamiento cruzó la mente de Nicola. ¿La habría seducido para poder ir después a su casa y ver dónde vivía?

Nicola se maldijo para sus adentros por ser tan paranoica. No, eso era imposible. A Alessio le daba igual dónde viviera. Pero sería mejor que recuperara el control de sus emociones y empezara a decir lo que ella quería, en lugar de obedecerlo todo el tiempo.

—Sinceramente, no me apetece cambiarme. Nos tendríamos que dar mucha prisa —dijo, mirando el reloj. —¿No puedes cancelar la reserva?

—Por supuesto que puedo, aunque la mayoría de la gente no cancelaría una reserva en el Starlight por nada del mundo. ¿Se te ocurre algo más interesante que hacer?

—Obviamente, no se me ocurre nada más elegante que cenar en uno de los restaurantes más famosos de Londres —respondió ella, encogiéndose de hombros mientras admiraba sus labios con deseo. —Pero podríamos...

—¿Sí?

Nicola dudó antes de contestar.

—Comernos un sándwich en el parque.

—¿Comernos un sándwich en el parque? —preguntó él, tan desconcertado como si acabara de sugerir que viajaran a la luna.

—¿Por qué no? Hace una noche preciosa, y ya no falta tanto para el otoño —respondió mientras alcanzaba su bolso, enormemente satisfecha con su mirada de perplejidad. —Hay una tienda delicatessen excelente en la esquina de Maddox. Venga, Alessio. Si juegas bien tus cartas, puede que te lleves un premio.

Capítulo 10

EL ruido del tráfico se oía bastante más que el canto de los pájaros, pero la temperatura era muy agradable y, por primera vez en mucho tiempo, Alessio se sentía completamente relajado.

Saciado de sexo y comida, estiró los brazos por encima de la cabeza y contempló el Palacio de Buckingham, que se alzaba al fondo; pero ni la dorada verja ni el majestuoso edificio le parecieron tan imponentes como la mujer que estaba a su lado.

Alessio entrecerró los ojos, aún desconcertado por la situación. ¿Sería posible que se hubiera quitado su carísima chaqueta para que Nicola se sentara encima y no se ensuciara con el césped? Sí, lo era, y la boca se le quedó seca cuando la volvió a mirar.

Nicola se había quitado los sensatos zapatos que llevaba al trabajo, y él se quedó extasiado con sus desnudos pies. Algo de lo más extraño, teniendo en cuenta que había estado acariciando sus partes más íntimas; pero, por algún motivo, sus pies le resultaban súbitamente tan eróticos como su sexo.

Además, no podía negar que su cita estaba siendo verdaderamente interesante. En lugar de disfrutar del esplendor del famoso restaurante del hotel Granchester, se había comido un sándwich de cangrejo y un puñado de fresas debajo de un árbol. Y, por una vez, Nicola no estaba ni nerviosa ni distante. Sus ojos brillaban, y sus mejillas lucían un precioso rubor, consecuencia sin duda de su encuentro amoroso.

Estaba vibrante, exquisita.

—¿Quieres echar otro trago? —preguntó ella, ofreciéndole una lata de refresco.

Él sacudió la cabeza y se resistió al deseo de tomarla entre sus brazos, porque nunca le habían gustado las manifestaciones públicas de afecto.

—No, gracias.

—Supongo que no sueles hacer estas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Venir a un parque después de que me rechacen una invitación a cenar?

—¿Es que no te estás divirtiendo?

Alessio suspiró, frustrado. ¿Por qué demonios se tenía que morder el labio inferior? ¿Es que no se daba cuenta de lo tentador que resultaba? Casi le habría gustado que volviera a ser la fría mujer de costumbre, siempre empeñada en mantener las distancias con él.

—Bueno, es una experiencia distinta —admitió él. —No recuerdo que hubiera tantas avispas en ninguno de mis picnics espontáneos anteriores. Pero gracias por pagar la comida, Nicola. Eso sí que no me había pasado en mucho tiempo.

Ella apartó repentinamente la vista, y él tuvo la sensación de que lo había hecho por no mirarlo a los ojos.

—Debe de ser raro, ¿no? Siendo tan rico, todo el mundo esperará que invites siempre. Aunque supongo que te acostumbras con el tiempo.

—O no —dijo él.

Nicola parpadeó, y él soltó una carcajada con un poso de amargura.

—¿Crees que nací rico?

—Doy por sentado que sí. A fin de cuentas, eres millonario, tu familia tiene una mansión en la Toscana y tu padrastro es un aristócrata —respondió, jugueteando con el césped. —Dudo que hayas pasado estrecheces.

—Pues te equivocas.

Ella parpadeó.

—¿Sí?

—Completamente.

Nicola asintió en silencio e, inexplicablemente, Alessio se sintió en la necesidad de romper su costumbre de no hablar de asuntos personales. ¿Sería por lo sucedido con su madre, que aún se negaba a romper su disfuncional relación con Edward? ¿O porque cada vez que Nicola lo miraba se quería perder en las grises profundidades de sus ojos?

—No, no nací rico —continuó. —Mi madre no tenía nada por entonces. De hecho, ni siquiera estaba casada.

—Sí, tu hermanastra me contó ese detalle.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué te lo iba a decir? —preguntó ella, encogiéndose de hombros. —Fue justo antes de cenar, y se me olvidó después de lo que pasó. Además, no es asunto mío.

—Eso es verdad —dijo él. —No llegué a conocer a mi padre, ¿sabes? Según mi madre, era marino. Pero su relación no debió de ser precisamente romántica, porque ni siquiera recuerda su apellido.

Nicola siguió en silencio, y él continuó con su explicación.

—Vivíamos con lo justo, en una casita de las montañas del sur de Italia, que compartíamos con mi abuela. Nos faltaba de todo, pero era una buena vida.

Alessio fue sincero con ella. Siempre le había parecido una buena vida. Por desgracia, su bella e impaciente madre no opinaba lo mismo y, como no estaba hecha para cuidar de un niño, lo dejó en manos de su adorada abuela. Rosetta se quejaba todo el tiempo de que estaba perdiendo la juventud y la vida en aquel miserable pueblo.

—Si sigo así, nunca encontraré a un hombre —solía decir. —No con un hijo a cuestas.

No eran palabras adecuadas para los oídos de un niño pequeño, pero Alessio nunca se lo tuvo en cuenta. Al fin y al cabo, seguía siendo su madre. Pero, cuando creció, le resultó más difícil de perdonar.

—Mi madre se sentía atrapada por las circunstancias —prosiguió, mirando a un grupo de turistas que estaban sacando fotografías del palacio. —Se buscó un empleo en un elegante hotel de Lecce y encontró una vía de escape gracias a un hombre bastante mayor que ella que se alojaba allí. Luego, conoció a un aristócrata inglés y se quedó embarazada.

—¿Lord Bonner? —preguntó ella.

Alessio asintió.

—Sí, Edward Bonner. Era un juego peligroso, porque mi madre se arriesgó a quedarse sola con dos niños a su cargo; pero Edward necesitaba un heredero, y la jugada le salió bien. Le pidió que se casara con él, se la

llevó a su mansión de Inglaterra y la convirtió en lady Bonner. Supongo que no necesitas que te diga lo contenta que estaba de haberse librado de la pobreza y haberse convertido en noble.

—Bueno, pero al menos te llevó con ella —observó Nicola. —Te podría haber dejado en Italia.

—Sí, me llevó con ella, pero no por devoción maternal. Una vez, la oí hablando con una amiga, y le contó que no se había querido separar de mí por no parecer insensible a su flamante esposo. Como ves, las mujeres pueden ser verdaderamente implacables.

—Debió de ser todo un cambio para ti. Me refiero a lo de venir a Inglaterra.

Él se encogió de hombros.

—Sí, desde luego. Pasé de vivir en una casa de dos habitaciones a una mansión llena de criados. Un buen salto para un niño de cuatro años.

Alessio notó el destello de empatía de sus ojos, y se empezó a arrepentir de haber contado aquello; porque el conocimiento era poder, y podía sentir la tentación de utilizarlo cuando su aventura terminara.

Sin embargo, Nicola se había prestado a firmar un acuerdo de confidencialidad antes de viajar a Umbría, aunque lo hubiera hecho con cara de disgusto. Y quizá fue eso lo que lo animó a seguir con la historia, como si necesitara purgarse de la oscuridad que había arrastrado durante tantos años. En otros tiempos, pensaba que las cosas desagradables se pudrían y desaparecían si se enterraban suficientemente hondo, pero ahora sabía que no era verdad.

—Cuando llegaron a Inglaterra, Edward anunció que su matrimonio era para siempre, que ninguno de los dos podría plantear nunca la posibilidad de divorciarse. A mi madre le encantó, pensando que implicaba seguridad; pero solo quería tener carta blanca para hacer lo que le viniera en gana y, cuando nacieron mis hermanastros, mi presencia se volvió tan superflua que no perdían ocasión de hacerme la vida imposible.

—Sería terrible...

—Bueno, soy muy resistente, Nicola —dijo, y soltó una carcajada. —Pero, cuando cumplí siete años y me metieron en uno de los internados más brutales del país, me sentí aliviado. Por lo menos, al principio. Yo no estaba hecho para el mundo académico, aunque ganaba el diploma de química todos los años. Y, cuando cumplí trece, anuncié que me volvía a Puglia a vivir con mi abuela.

—¿Y tu madre no intentó impedirlo?

—Por supuesto que no. Yo era una espina clavada en el costado de su esposo, un recordatorio constante del amante anterior de mi madre. Entre Edward y yo no hubo nunca cariño. Tanto es así que llevaba años sin verlos cuando fuimos a la Toscana.

De repente, Alessio se sintió en la necesidad de contarle que no había recibido ninguna ayuda financiera, que no le habían regalado las escrituras de ninguna casa cara ni apoyado sus transacciones con la promesa de una gran herencia futura.

—Todo lo que tengo, lo he conseguido por mi cuenta, Nicola. Lo he hecho solo, sin ayuda de nadie. Pero, como te iba diciendo, volví a Italia. Y dos años después, mi abuela falleció.

—Oh, Alessio.

Alessio no quería recordar aquellos días. Su dolor, su rabia y su inmensa sensación de impotencia por la muerte de la única mujer que le había querido forjó la decisión de no permitir que nadie le volviera a hacer tanto daño.

—Sabía lo que ella habría querido, así que me esforcé a fondo en el instituto y, contra todo pronóstico, me dieron una beca para estudiar en Stanford, en los Estados Unidos. Me reinventé a mí mismo y, cuando gané mi primer millón, ya había devuelto a mi padrastro hasta el último céntimo que gastó en mi educación.

Alessio la miró otra vez. Nicola podría haber reaccionado de muchas maneras, y él creía que estaba preparado para todas. Podría haber insultado a su madre, aunque habría sido pasarse de la raya: todo el mundo sabía que los hijos tenían derecho a criticar a sus progenitores, pero no los demás. Podría haber dicho la obviedad de que su padrastro era un canalla. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

En lugar de eso, se limitó a mirarlo con afecto y, al cabo de unos instantes, con un inconfundible destello de deseo. Los pezones se le endurecieron bajo la blusa blanca, y él se excitó al recordar lo que habían hecho junto a la estatua de bronce de la galería.

—Ya hemos hablado bastante, ¿no crees? —Alessio se incorporó, la ayudó a levantarse y alcanzó la chaqueta sobre la que había estado sentada. —Mi hotel está al otro lado del parque.

A pesar de su inexperiencia, Nicola supo exactamente lo que le estaba proponiendo. Quería que pasaran la noche juntos, y ella no supo qué

decir. Desde luego, ardía en deseos de marcharse con él, pero no estaba segura de que fuera una buena idea: era consciente de que sus sentimientos estaban cambiando, de que empezaba a preocuparse por él, y eso no formaba parte del plan.

A decir verdad, Nicola no esperaba que Alessio le abriera su corazón de esa manera. No imaginaba que le hablaría del internado, de lo excluido que se había sentido en casa de Edward, del dolor por la muerte de su abuela. Ahora sabía que, bajo la brillante fachada del multimillonario se ocultaba un hombre al que habían hecho mucho daño.

Pero ese hombre había decidido confiar en ella y contárselo. Y eso tenía que significar algo, ¿no? Era posible que sus sentimientos también estuvieran cambiando.

Nicola intentó contestar con voz neutra, porque no quería dar la sensación de que estaba loca por acostarse con él. Lo deseaba tanto que el estómago se le había puesto tenso, y sus pechos se habían cargado de un exquisito calor.

—De acuerdo —dijo, calzándose otra vez. —Aunque no estoy precisamente bien vestida para ir a un hotel elegante.

—¿Y a quién le importa eso?

Cruzaron el parque hasta el cercano hotel, donde el portero saludó a Alessio como si fueran viejos amigos. El interior era una maravilla de superficies de mármol y arreglos florales, y Nicola se sintió avergonzada cuando entraron en el ascensor, porque su arrugada ropa hacía que se sintiera fuera de lugar entre clientas con vestidos de diseñadores, tacones de aguja y diamantes.

Sin embargo, todas sus preocupaciones e inseguridades se esfumaron cuando llegaron a la suite y él la tomó entre sus brazos y la besó. Nicola se preguntó si sería un encuentro como el de la galería, todo pasión y urgencia, por no pudo ser más distinto. La empezó a desnudar muy despacio, como si quisiera demostrarle quién tenía el control. Y ella se alegró de que lo tuviera él al sentir sus manos en su cuerpo.

Cuando Alessio le quitó por fin la blusa, Nicola ya se estaba volviendo loca de frustración. Sus pechos se apretaban contra el sostén, que le pareció casi insustancial cuando él le pasó la lengua por el escote, arrancándole un gemido.

—Vaya... —dijo él, y cerró los dientes sobre el delicado encaje. — ¿Es una de las prendas de lencería que te compré?

Nicola se puso tensa.

¿Estaría intentando recordarle que la había comprado y pagado como si fuera una mercancía? ¿Habría estado menos excitado si hubiera llevado sus braguitas de costumbre, de las que vendían en ofertas de tres por el precio de dos?

Si Alessio no hubiera elegido ese preciso momento para desabrocharle el sostén, Nicola se habría sentido tentada de apartarse. Pero sus senos estaban ahora desnudos, y él cerró sus manos sobre ellos.

De repente, ya no importaba quién había comprado su ropa interior. Lo único que importaba era que Alessio le estaba succionando un pezón mientras le bajaba las braguitas. Todo lo demás había dejado de existir. Y entonces, él la empezó a masturbar con delicadeza y siguió adelante hasta llevarla a otro rápido orgasmo.

A Nicola se le doblaron las rodillas, y Alessio la llevó a una cama enorme. Pero ella solo tenía ojos para su amante, que había perdido el control de nuevo y se había abierto la camisa arrancando todos los botones. Sin embargo, fue más considerado con sus pantalones y su ropa interior y, cuando se quedó desnudo, Nicola contempló su dura erección y cerró los ojos, abrumada.

Ya no estaban en Italia. Ya no eran dos extraños. Ahora se conocían mucho mejor y, precisamente por eso, por paradójico que fuera, la intimidaba más. Ya no podía fingir que Alessio no le importaba.

Si hubiera podido, habría adoptado su vieja actitud distante. No quería que él se diera cuenta de lo que sentía. Pero no pudo.

—Mírame, cara —le urgió Alessio.

Ella abrió los ojos a regañadientes.

—No te inhibas nunca con tus amantes, Nicola. A los hombres les gusta que las mujeres los miren, les gusta que sus ojos ardan de deseo. Como los tuyos arden ahora —sentenció con aprobación.

Las palabras de Alessio la dejaron confundida, y sembraron una duda en su mente. ¿Por qué hablaba de amantes en general, si él era el único amante que había tenido? Y no solo eso, sino el único que deseaba tener.

Pero no tuvo tiempo de regodearse en sus propias inseguridades, porque él la penetró entonces y le arrancó otro gemido.

Sus acometidas fueron profundas y potentes y, cuando ella se sumó con movimientos de su pelvis, él dijo algo en Italiano, que Nicola no

entendió. Además, ya habían ido demasiado lejos, y todo su ser siguió completamente concentrado en lo que hacían hasta que sintió los espasmos de un nuevo orgasmo y él alcanzó el suyo.

Habían llegado al clímax al mismo tiempo, y a ella le pareció tan especial que creyó notar un fondo de ternura en sus labios. De hecho, los ojos se le llenaron súbitamente de lágrimas, y tuvo que girar la cabeza y parpadear un par de veces para que él no se diera cuenta.

La habitación se sumió en el silencio, y Alessio miró las copas de los árboles del otro lado del balcón. Estaba acostumbrado a su ático de Manhattan, todo de acero y cristal, y se sintió bien al ver aquel pedazo de naturaleza.

Luego, se estiró e intentó pensar en lo que acababa de pasar. Su relación sexual era increíble. No le costaba admitir que era la mejor relación sexual que había tenido nunca; y eso era mucho decir, teniendo en cuenta su largo historial. Pero justo entonces, se acordó de algo que casi no había notado en mitad del desenfreno: una especie de sollozo contenido.

¿Habría salido de los labios de Nicola? ¿Estaría empezando a sentir más de lo que debía?

Alessio frunció el ceño. Sí, su relación era fantástica, pero puramente física. Él lo sabía, y ella tenía que saberlo antes de que fuera tarde, antes de que se enamorara. No habría sido la primera mujer que cometiera ese error. Y siempre, sin que él les diera ningún motivo.

Pero Nicola no era como su madre, ansiosa por creerse enamorada de alguien para echar mano a su fortuna. No era de las que llegaban al extremo de sacrificar el bienestar de su propio hijo con tal de alcanzar sus objetivos. Era distinta, y no solo porque hubiera preferido tomar un sándwich en un parque a ir a un restaurante caro. Seguía siendo inocente en muchos sentidos, y él la respetaba tanto que le preocupaba la posibilidad de romperle el corazón.

Sin embargo, el deseo hizo que estuviera a punto de no pronunciar sus siguientes palabras.

—Sabes que mañana me voy a Japón, ¿verdad?

—No, no creo que lo mencionaras —replicó ella, adoptando la educada sonrisa que lucía en la galería. —Es un país muy interesante. Aunque huelga decir que nunca he estado en él.

Alessio volvió a fruncir el ceño. Esperaba que se sintiera decepcionada, no que lo aceptara con un simple encogimiento de hombros.

—Estaba pensando que... nos podríamos ver la próxima vez que esté en Londres.

Nicola mantuvo su expresión neutral.

—Claro. Por qué no.

Sus labios le parecieron tan tentadores que Alessio habría olvidado el asunto y habría asaltado su boca si no hubiera notado el destello de una lágrima en su mejilla, lo cual reforzó la decisión que había tomado. Si quería que aquella relación continuara por cauces adecuados, tendría que establecer unas normas.

—Me gustas, Nicola. De hecho, me gustas mucho. Eres brillante, divertida, bellísima. Un día, encontrarás a un hombre maravilloso y vivirás con él. Pero ese hombre no soy yo.

Alessio esperó la inevitable tormenta, la indignación y los fuegos artificiales de rigor.

Y no llegó.

La serena máscara de Nicola se mantuvo tan imperturbable que él deseó romperla y volver a sentir la pasión que solo demostraba cuando estaba dentro de su cuerpo.

—La primera vez que cené contigo, te dije que no quería casarme con nadie. Y eso sigue siendo cierto —dijo ella tranquilamente, como si estuvieran hablando de algo tan irrelevante como el sándwich del parque. —Y también te dije que, aunque quisiera casarme, tú serías la última persona en la que me fijaría, lo cual es igualmente cierto.

Nicola se echó el cabello hacia atrás y añadió:

—Mi actitud no ha cambiado, y reconozco que me molesta un poco que me intentes poner en el papel de una especie de desesperada. Tus preocupaciones no reflejan mis sentimientos, sino tu propio ego, que necesita alimentarse.

Sorprendido por las objeciones de Nicola, y más que excitado por su fría lógica y por la provocativa oscilación de sus senos, Alessio alzó las manos en gesto de rendición.

—¡Bene, bene! Me has convencido. Solo quería dejarlo claro, nada más. Para que no haya malentendidos.

—Por lo que yo veo, tú eres el único que se arriesga a entender mal la situación —declaró ella, con un fondo de humor.

Alessio se preguntó qué habría pensado Nicola si hubiera sabido que solo le había dicho eso porque no quería hacerle daño. Su ego no tenía nada que ver en el asunto. Se lo había advertido porque ella le importaba de verdad.

—Aún te deseo —dijo él.

Nicola ya se había dado cuenta. Su erección era más que visible bajo la fina sábana, y le provocó un estremecimiento de placer que no pasó desapercibido a Alessio.

Desesperada, se preguntó qué habrían hecho otras mujeres en esa situación, y llegó a la conclusión de que habrían tomado decisiones distintas en función de lo que buscaran. Si querían una relación seria, marcharse era lo único razonable. Dolería mucho durante una temporada, pero lo superaría.

Sin embargo, ella no estaba buscando eso.

Que hubiera perdido la virginidad con él no significaba que estuviera dispuesta a perder también su corazón. Alessio era una oportunidad de aprender, parecida a las que le habían permitido salir de la pobreza y trabajar en una de las galerías más elegantes de Mayfair. Se había convertido en una experta en arte, y conseguiría lo mismo en lo tocante a la vida si seguía junto a él, observando, escuchando y, por supuesto, participando.

Además, aquello no implicaba estudiar todas las noches ni trabajar de camarera para poder pagarse los estudios. Solo era tan fácil y agradable como recibir lecciones de sexo de un amante asombrosamente bueno.

—Yo también te deseo a ti. Por eso estamos aquí, ¿no? Porque tú me puedes enseñar.

Él entrecerró los ojos.

—¿Enseñarte qué?

Nicola se encogió de hombros.

—Todo lo que hay que saber. Del sexo.

—Lo que dices no tiene ningún sentido... —comentó, desconcertado.

—Piénsalo, Alessio. Tú tienes experiencia y yo, no. Pero siempre he sido una gran estudiante —dijo, desconcertándolo un poco más. — Obviamente, como soy de naturaleza competitiva, quiero ser tan buena amante como pueda ser. Y tú me puedes ayudar a conseguirlo. ¿Verdad?

La cara de Alessio era un poema. La miraba con deseo, sí, pero también con una incertidumbre que le hizo parecer más humano y accesible que nunca. Y eso era peligroso, porque la empujaba a encariñarse de él y cometer el delito de enamorarse.

Sin embargo, Alessio recuperó el aplomo enseguida, y le dedicó una sonrisa traviesa que aumentó su excitación.

—¿Quieres que te enseñe todo lo que sé del sexo? ¿Es eso lo que estás diciendo, cara? —preguntó en voz baja, introduciendo una mano entre sus piernas. —Desde luego, es la petición menos convencional que me ha hecho nunca una mujer. Pero no te preocupes, Nicola... Será un placer para mí. Y para ti, obviamente.

—Oh...

Nicola gimió cuando él la empezó a acariciar una vez más, y no pasó mucho tiempo antes de que se estremeciera contra sus dedos y gritara su nombre.

Mientras las potentes oleadas de placer bañaban su cuerpo, cerró las manos sobre la cara de Alessio y besó sus labios con el último pensamiento racional que tuvo en un buen rato: que podía controlar la situación.

Por supuesto que podía.

Capítulo 11

EL viento azotaba la pista cuando Alessio descendió del reactor privado que le había llevado de Múnich a Londres y subió a la limusina que le estaba esperando. Durante el trayecto a Londres, se sumió en sus pensamientos, y casi no prestó atención a los rojos y dorados del otoñal paisaje. Pero, por una vez, no estaba preocupado por sus proyectos profesionales o por la rápida expansión de su empresa.

No, en su mente solo había una cosa. O más bien, una mujer de ojos glaciales, cabello pálido y la irritante costumbre de no devolverle las llamadas.

Nicola.

La tentadora y distante Nicola Bennett, que le estaba volviendo loco.

Alessio creía que su frialdad habitual ya se habría disuelto para entonces; pero, al parecer, se había equivocado. Su comportamiento le dejaba perplejo, y tenía la sensación de que estaba jugando con él. Ni siquiera parecía ser consciente de que había roto todas sus normas con tal de acomodarse a sus deseos.

Ahora bien, si quería que le diera clases de sexo, no tenía ningún problema. Estaría encantado de concedérselo. Pero tendrían que hacer sacrificios, porque vivían a miles de kilómetros de distancia.

Esa era la razón de que hubiera cambiado un vuelo la semana anterior y la hubiera llamado por teléfono a medianoche. Se había ofrecido a hacer escala en Londres antes de volar a Manhattan y dedicarle toda su atención amorosa en un hotel. Pero, lejos de mostrarse contenta, o de prepararse para aparecer horas después con alguna indumentaria particularmente sexy, le sometió a un incómodo bombardeo de preguntas.

Quería saber por qué no la había avisado con más antelación, y le acusó de esperar que cambiara de planes con tal de verlo.

Alessio respondió con igual frialdad que no esperaba que hiciera nada, y que solo debía cambiar de planes si le apetecía estar con él. Y no debía de apetecerle mucho, porque rechazó su oferta y le dijo que la llamara la próxima vez que fuera a Londres.

Al principio, él se quedó atónito. Luego, su desconcierto se transformó en furia y, por fin, en un extraño arrepentimiento. No podía negar que estaba acostumbrado a que las mujeres dejaran todo lo que estaban haciendo para someterse a sus deseos, y pensó que Nicola merecía algo mejor. A fin de cuentas, su relación había estado clara desde el principio. No suponía ninguna amenaza. Se basaba en el sexo, sin exigencias o expectativas poco realistas.

Por eso, esta vez la llamó con bastante antelación para invitarla a cenar. Le ofreció volver a reservar una mesa en el Starlight Room del Granchester y, para su sorpresa, ella dijo que era un lugar demasiado público y que prefería uno más discreto.

No, definitivamente, no se parecía al resto de las mujeres.

Quizá había llegado el momento de que la conociera algo mejor. ¿La desearía menos después? ¿O más todavía?

Alessio se recostó en su sillón y soltó un suspiro de satisfacción. No recordaba haber esperado una cita con tanta ansiedad.

Cuando Nicola colocó el cartel de cerrado, descubrió que Sergio la estaba mirando.

—¿Te ocurre algo? —preguntó él.

Nicola sonrió a su jefe, intentando recuperar la actitud tranquila que había perdido semanas antes. Pero no fue fácil, porque Sergio estaba en el mismo sitio donde Alessio y ella habían hecho el amor el mes anterior. ¿Iban a vender alguna vez aquella estatua? ¿O sería un recordatorio permanente de su tórrido encuentro?

—No, nada. Gracias —respondió educadamente, haciendo lo posible por no darle conversación.

Sergio se encogió de hombros.

—Es que pareces... no sé, es difícil de describir.

—Pues no lo intentes —dijo ella, con más vehemencia de la cuenta.
—A fin de cuentas, he vendido tres cuadros esta semana, ¿no?

—Sí, es cierto, los has vendido. Y estás a punto de vender dos más. Nadie cuestiona ni tu compromiso ni tu éxito, Nicola. Es que estás distinta, nada más —dijo él, entrecerrando los ojos. —Como distraída.

—Será el clima del otoño, el frío y esas cosas. Pero será mejor que te deje... tengo que enviar unos mensajes antes de marcharme a casa.

A pesar de lo que acababa de decir, Nicola no podía negar que Sergio tenía razón, y se preguntó qué habría pensado su jefe si hubiera sabido que la causa de su distracción era que se estaba acostando con uno de sus mejores amigos mientras intentaba no comprometerse emocionalmente con él.

Por si eso fuera poco, había otro factor que le robaba el sueño y la mantenía tensa todo el tiempo: que Stacey había dado a luz tres semanas antes, y no lo llevaba bien.

Había sido un parto difícil, y Nicola estaba descubriendo que nadie podía estar preparado para la llegada de un bebé. El pequeño Jago era tan minúsculo como guapo, pero su padre estaba en prisión y Stacey tendría que criarlo sola, por mucho que Nicola intentara compensar la ausencia de su hermano.

Había dormido varias veces en el salón de su cuñada, para dar el biberón al niño y que ella pudiera descansar. Y por supuesto, pasaba todas las noches en vela cuando Alessio estaba en Londres, aunque por motivos obviamente distintos. Pero la falta de sueño empezaba a pasarle factura, y ni el maquillaje más profesional podía disimular sus profundas ojeras.

Pero, a pesar de estar preocupada por el futuro de su sobrino, Nicola tenía días de felicidad completa, y a veces se lamentaba por sentirse tan bien con su aventura sexual mientras la pobre Stacey se encontraba completamente perdida en su nuevo papel de madre. De hecho, había rechazado la invitación de Alessio de la semana anterior porque estaba ocupada con los pañales sucios de Jago.

En cuanto a su relación amorosa, cada vez era mejor. Y no solo desde un punto de vista físico, sino en todo lo demás, lo cual era un problema. Alessio di Bari estaba resultando ser un hombre maravilloso, un hombre generoso, inteligente, sexy y con un intenso sentido del humor.

A veces, Nicola se preguntaba si estaba tan relajado con ella porque le había dejado bien claro que no buscaba una relación permanente o si todo se reducía a su asombrosa conexión química, que los volvía locos de deseo cada vez que se encontraban.

Fuera como fuera, se estaba haciendo tarde, y no podía perder el tiempo con preguntas sin respuesta. Tenía que darse prisa, o llegaría tarde a la cita con Alessio; sobre todo, porque había quedado en pasar antes a ver al bebé, que se había resfriado.

Cuando llegó, el niño estaba llorando y Stacey, desesperada.

—¡No deja de llorar!

Nicola tomó a Jago en brazos y lo empezó a acunar, intentando calmarlo.

—No te preocupes, se tranquilizará pronto... es por el resfriado. Pero, de todas formas, siempre es difícil al principio. O, por lo menos, es lo que dicen los libros.

Stacey asintió, pero moviendo los labios de forma extraña, como si estuviera haciendo esfuerzos por no llorar ella también. A Nicola se le encogió el corazón, y le preparó un bocadillo y un té antes de volver a casa para cambiarse de ropa.

Una vez allí, se duchó rápidamente y se volvió a preguntar qué clase de vida le esperaba a su sobrino con un padre que estaba en la cárcel y una joven madre sin demasiadas perspectivas. Sin embargo, ella lo había conseguido, ¿no? Había salido del arroyo y se había labrado un futuro sin ayuda de nadie. Y si ella había podido, Jago también podría. Incluso descontando el hecho de que ella estaría a su lado.

Momentos después, sonó el teléfono. Era un mensaje de Alessio, que quería saber dónde estaba. Nicola contestó que de camino y salió de casa tan deprisa como pudo.

Al llegar al restaurante, se arrepintió de haberle pedido que se vieran en un local menos famoso que el Starlight Room. A decir verdad, le preocupaba la posibilidad de que algún conocido de Sergio los viera y le fuera con el cuento de que estaba saliendo con Alessio. Pero aquello era casi peor: era un sitio de lo más romántico, de pesados tapices de terciopelo, velas altas y un ambiente intensamente íntimo.

Alessio se levantó al verla, igual que la primera vez que cenaron juntos. Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Ya no estaban incómodos el uno con el otro. Se deshacían por dentro cada vez que se miraban a los ojos, y se miraban mucho. Pero había algo que no había cambiado: la suya era una relación puramente sexual, y no debía cometer el error de esperar nada más.

—Hola —dijo ella sentándose a su lado, algo inhibida por la estrechez de la falda del vestido, de color albaricoque. —Espero que no lles mucho tiempo esperando.

—Me temo que sí. Pero creía que ese era tu modus operandi —replicó él con sorna.

—Soy una mujer muy ocupada —dijo ella, sonriendo. —¿Qué tal por Manhattan?

—Casi no la he pisado este mes. He estado de aquí para allá, entre Estocolmo, Génova y Múnich. Pero ¿eso es lo que vamos a hacer ahora? ¿Mantener conversaciones intrascendentes? —preguntó él, dedicándole una mirada llena de tórridas promesas. —Está bien, como quieras... ¿qué tal por Londres?

—Oh, ya sabes, como siempre —respondió ella, y guardó silencio mientras un camarero les servía dos copas de champán. —¿A qué viene esto? ¿Estamos celebrando algo?

Alessio se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—Es posible. La delegación alemana de mi empresa ha batido su récord de beneficios semestral —anunció.

—¿Y eso es algo que te cause gran placer?

—No, Nicola, eres tú quien me lo causa.

A Nicola se le hizo un nudo en la garganta; porque, cuando la miraba de ese modo, con toda la intensidad de sus ojos azules, se sentía mareada de puro deseo.

Por supuesto, se recordó que solo era sexo, y se dijo que, puesto que solo era eso, debía demostrar parte de su recientemente conquistada experiencia emocional. Al fin y al cabo, Alessio no quería una amante que se lo quedara mirando con la boca abierta, como si fuera un pez; quería mujer de mundo, que lo excitara.

—¿Esto se va a convertir en una especie de juego previo verbal? —preguntó ella con toda tranquilidad. —¿Pretendes excitarme de tal manera que no pueda concentrarme en lo que estoy comiendo?

—Todo lo contrario —contestó él con voz sedosa. —Hoy tengo intención de alimentar todos tus sentidos. Y además...

Alessio dejó la frase sin terminar al ver que el camarero se acercaba de nuevo con la evidente intención de tomarles nota y, como no quería perder el tiempo, miró a Nicola y preguntó, arqueando una ceja:

—¿Te parece bien que pida por los dos?

Ella asintió.

—Sí, claro.

Cuando el camarero se fue, Nicola preguntó directamente:

—Bueno, ¿qué ibas a decir?

Alessio frunció el ceño. Costaba recordar algo, aunque fuera una simple frase, delante de una rubia impresionante a la que había echado de menos todos los días desde su último encuentro. Era tan bella que todos los hombres del restaurante la habían mirado cuando entró en el local; pero ella no se había dado cuenta, no era consciente de lo sexy que era. Y de repente, Alessio se dio cuenta de que eso le gustaba mucho.

—Estaba pensando que...

—Oh, Dios mío. Esto puede ser peligroso.

—Te he contado muchas cosas de mí, cosas que nunca le había contado a nadie.

Ella se puso tensa.

—¿Y debo sentirme halagada?

—Eso es asunto tuyo. Pero me parece que, como el equilibrio de información está bastante mal distribuido entre nosotros, es hora de que corriamos el problema.

Nicola no supo qué pensar, y no fue solo por su forma científica de presentar el asunto, sino también porque le estaba pidiendo lo que ella misma había deseado en secreto durante muchas semanas. Podía tener poca experiencia con los hombres, pero no era estúpida. Se había dado cuenta de que Alessio había bajado la guardia y de que se estaba formando un vínculo entre los dos.

Al principio, Nicola lo había achacado al sexo, pero luego no tuvo más remedio que reconocer que su compatibilidad iba más allá del dormitorio. Por desgracia, la única forma de mantener a salvo su relación era atenerse estrictamente al deseo. Ninguno de los dos buscaba nada más. Y el propio Alessio le había demostrado que no quería conocerla mejor por el procedimiento de no hacerle preguntas personales.

—¿Y cómo sugieres que procedamos? —se interesó.

—Vamos, Nicola. No estamos hablando de ingeniería aeroespacial.

—No, porque eso sería tu especialidad.

Los ojos de Alessio brillaron.

—Cuéntame algo de tu vida.

—¿Mi vida? ¿Qué quieres saber?

—No sé, algo de tus padres, del lugar donde creciste. Cosas como si tu madre te preparaba tartas el día de tu cumpleaños —respondió él, pasando un dedo por el borde de su copa. —No es mucho pedir, ¿no? Creía que a las mujeres les gustaba hablar de sí mismas.

Nicola alcanzó un panecillo de la cesta y lo rompió en pedacitos mientras su mente daba saltos mortales. ¿Qué le podía decir de sus primeros años? Que su madre preparaba tartas, desde luego que no. De hecho, le habría parecido una idea graciosa si no hubiera sido tan triste.

Además, estaba convencida de que Alessio no se estaba interesando por su pasado porque ella le importara, sino por exactamente lo que había dicho: porque el equilibrio de información estaba mal distribuido. Pero ¿qué pensaría si le decía la verdad sobre Stacey y el bebé? ¿Qué pensaría si le confesaba que estaba preocupada por lo que pasaría cuando Callum saliera de la cárcel? Conociéndolo, era capaz de sacar la billetera y preguntar cuándo dinero necesitaba.

Y no lo podría soportar.

La última vez que Alessio le había ofrecido dinero no había sido otra cosa que una transacción económica. Él necesitaba algo de ella y, en consecuencia, había pagado por sus servicios. Pero lo de ahora era distinto, porque se estaban acostando.

¿Cómo se sentiría si le ofrecía dinero en esa situación? ¿Como su madre, quizá? ¿Como la mujer que sacaba todo lo posible de los hombres a cambio de sus favores? ¿Como la mujer a la que se había jurado no emular?

Nicola bajó la vista y la clavó en los trocitos de pan, consciente de que tenía varias opciones. Podía negarse a contestar, aunque eso causaría más problemas. Y también podía levantarse, salir del restaurante y no volver a ver a Alessio, un hombre tan orgulloso que no se rebajaría a preguntarle por qué se había ido.

Sin embargo, Nicola no se quería ir. No todavía, no en mitad de una relación que le estaba dando más placer de lo que jamás habría creído posible. Las cosas se acabarían en algún momento, sí, pero no tenía motivos para acelerar el proceso. Entonces, ¿por qué no satisfacer su

curiosidad y darle una versión edulcorada de su pasado? Era lo que todo el mundo hacía: cambiar su historia para que resultara más agradable.

—Nací en el este de Londres, como tú. Y tampoco llegué a conocer a mi padre.

Él asintió, pero no se interesó al respecto.

—¿Y tu madre?

—Sigue viva.

—¿La ves a menudo?

—Sí, la veo, pero no con frecuencia.

—¿Tienes hermanos, hermanas...?

—Un hermano. Aunque... pasa mucho tiempo fuera de la ciudad — dijo ella, sintiéndose incapaz de contarle los horrores de la familia Bennett.

—De hecho, acaba de ser padre. Su novia, Stacey, ha tenido un bebé.

Para su sorpresa, Alessio sonrió.

—Vaya, ¿eres tía?

—Sí, lo soy.

—¿Chico? ¿O chica?

—Chico. Se llama Jago.

—Ah. Su padre debe de estar encantado.

Nicola quiso decirle que dejara de ser tan previsible. ¿Por qué reaccionaba con consideración, cuando era imposible que eso le importara? La estaba confundiendo por completo. Cuando la desnudaba, conocía el terreno que pisaban; pero, en ese momento, le enviaba mensajes tan contradictorios que tenía miedo de interpretarlo mal y sacar conclusiones equivocadas.

Por suerte, las ostras que había pedido Alessio llegaron en ese momento y, mientras les echaba limón, tuvo tiempo de recuperar el aplomo.

A Nicola siempre le habían gustado las ostras, pero esa noche le parecieron ligeramente repugnantes. Y, de repente, su teléfono móvil empezó a vibrar en su bolso. ¿Quién podía ser? El instinto le dijo que contestara, porque nadie la habría llamado a esas horas si no fuera importante.

—¿Te importa que conteste? —dijo, mirándolo a los ojos.

—¿Es necesario?

Ella ya había sacado el móvil para entonces, y se quedó helada al ver que tenía cuatro llamadas perdidas de Stacey.

—Discúlpame un momento.

Nicola se levantó de la mesa tan deprisa que estuvo a punto de llevarse por delante a un camarero, quien tuvo que hacer equilibrios para que no se le cayera una bandeja llena de cócteles. Y, en cuanto salió al vestíbulo del restaurante, llamó a Stacey.

—¿Qué ocurre? ¿Jago está bien?

—Estoy un poco preocupada, Nic. Respira mal, y no quiere tomar el biberón.

El pequeño empezó a llorar en ese momento, y Nicola sopesó la situación rápidamente. Podía ser algo sin importancia, pero ¿merecía la pena el riesgo? Y, por otra parte, ¿no era acaso cierto que Stacey necesitaba todo el apoyo que le pudiera dar?

—Voy enseguida. Si estás realmente preocupada, llama a una ambulancia, aunque tomaré un taxi y estaré ahí en veinte minutos.

Nicola cortó la comunicación, y descubrió que Alessio estaba a su lado, mirándola con expresión sombría.

—¡Me tengo que ir!

—Sí, ya lo he oído. Mi chófer nos llevará. Así podrás contarme lo que pasa por el camino —declaró él.

Nicola abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar porque solo una idiota habría rechazado esa oferta en ese momento. De repente, las barreras que había levantado para mantener las distancias con él le parecieron irrelevantes. Entró en el vehículo y dio la dirección al conductor. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se dio cuenta de que iban a toda velocidad por estrechas calles secundarias.

—¿No me vas a decir lo que ha pasado? —preguntó Alessio.

—Jago no quiere el biberón —respondió, jugueteando nerviosamente con la cadena de oro que llevaba al cuello. —Stacey está muy preocupada. Y, si hay que llevarlo al hospital, será mejor que la acompañe alguien.

Él frunció el ceño.

—¿Tu hermano no está con ella?

—No, mi hermano...

Nicola guardó silencio.

—¿Sí?

—Mi hermano está en la cárcel, Alessio —respondió por fin.

En lugar de interesarse al respecto, él apretó los labios, sacó su teléfono y marcó un número.

—¿Qué estás haciendo?

—Llamar a un amigo, que es pediatra.

—No es necesario que...

Alessio alzó una mano para acallarla y empezó a hablar, pero ella estaba tan deseosa de llegar al piso de Stacey que no prestó atención a lo que decía.

El coche se detuvo poco después delante del edificio, y Nicola entró y corrió escaleras arriba. Stacey la estaba esperando con el bebé en brazos.

—Tumbémoslo en el sofá —dijo Nicola.

Cuando tumbaron al bebé, se dio cuenta de que su pequeño pecho subía y bajaba mucho más deprisa de lo normal. Y ya estaba a punto de llamar a la ambulancia cuando Alessio entró en compañía de un hombre alto y asombrosamente atractivo que llevaba un casco de motorista y un maletín de médico.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes sois? —preguntó Stacey.

—Yo soy Alessio di Bari, un amigo de Nicola, y este es Harrison Drake. Además de ser amigo mío, es uno de los mejores pediatras del país.

Para entonces, Stacey ya había empezado a temblar.

—Ayudad a mi bebé, por favor... —rogó desesperada.

Harrison desabrochó delicadamente los botones del pijama de Jago y le auscultó el pecho mientras interrogaba a su madre. Cuando terminó de examinar al bebé, se incorporó, asintió y dijo:

—Tiene una bronquitis sin importancia, algo bastante común en los bebés. Vigílalo durante la noche, y dale menos leche, pero más a menudo. He traído una solución nasal, que le vendrá bien. Solo tienes que darle unas gotitas. Si su respiración se acelera o se vuelve más errática, habrá que llevarlo al hospital, pero creo que se pondrá bien.

Stacey, que estaba al borde de las lágrimas, le dio las gracias. Nicola pensó que las palabras de un buen profesional podían tranquilizar a cualquiera; sobre todo, a una madre joven y sin experiencia.

Mientras ayudaba a Stacey a preparar un biberón, se dio cuenta de que Alessio salía del piso con su amigo, y se quedó sorprendida cuando reapareció un par de minutos más tarde. Estaba convencida de que lo había visto por última vez en su vida, de que el caos y la pobreza que acababa de ver lo habrían asustado. Pero estaba allí, en la entrada, viéndola acunar a su sobrino; y la miraba de tal modo que se sintió incómoda.

—Gracias, Alessio. Tu amigo es un gran médico.

Alessio no dijo nada, y ella pensó que no la habría oído hasta que cayó en la cuenta de que estaba escudriñando el piso. Y entonces, supo lo que estaba pensando. ¿Cómo podía ser Stacey tan sucia y desordenada? El paquete de pañales abiertos junto al televisor, los minúsculos pijamas secándose en el radiador, las tazas sucias de la mesita, los restos de un sándwich de queso.

Alessio se giró después hacia ella, y Nicola se estremeció porque nunca la había mirado de ese modo, ni siquiera al principio de su relación. Su cara parecía tallada en mármol, y sus ojos azules eran la viva imagen de la frialdad. Estaba tan distante como si se hubiera ido a otro planeta. ¿Las estaría juzgando?

—Me quedaré esta noche con Jago y Stacey —dijo ella, dándole una explicación que él no había pedido.

Más tarde, Nicola se preguntó qué esperaba que hiciera Alessio. ¿Decir que se verían al día siguiente, como habían planeado? ¿Darle un abrazo o ponerle una mano en el hombro, para animarla?

Fuera lo que fuera, él se quedó donde estaba, lejos de ella, como si temiera contaminarse de algún modo. Sin embargo, su expresión se volvió más dulce y, cuando miró a Stacey y se dirigió a ella, su voz increíblemente cariñosa.

—Buenas noches, Stacey. No te desanimes, que Harrison sabe lo que hace. Si ha dicho que se pondrá bien, se pondrá bien. Pero mientras tanto, rezaré por tu hijo.

Capítulo 12

NICOLA se las arregló para no responder a las preguntas de Stacey sobre la identidad de su príncipe azul, y se tomó libre la semana siguiente para ayudarla con Jago, cuya recuperación fue tan rápida como robusta.

Durante su estancia en el piso, buscó la dirección de Harrison Drake, descubrió que trabajaba en el mejor hospital pediátrico de Londres y le envió una carta de agradecimiento y una donación para la investigación en la que estaba involucrado. También intentó demostrar a Stacey las ventajas de ser ordenada, y se quedó gratamente sorprendida con ella.

Nunca había visto el piso tan limpio. Y no solo eso, sino que la joven se manifestó decidida a aprender a cocinar. Por lo visto, la breve enfermedad de Jago la había sacado de su ensimismamiento y la había hecho reaccionar. Fue como si se hubiera dado cuenta de que tenía que hacer todo lo posible por su hijo y por el propio Callum, quien saldría de prisión en algún momento.

Pero, cada vez que le preguntaba por Alessio, Nicola se cerraba en banda.

No quería hablar de él.

No quería ni pensar en él.

No quería albergar esperanzas.

Lamentablemente, Alessio estaba en sus pensamientos todo el tiempo. Cuando preparaba café por la mañana, cuando se obligaba a sentarse para comerse una ensalada, cuando iba al cuarto de baño y, por supuesto, cuando soñaba.

Sobre todo, cuando soñaba.

Pero Alessio no la había llamado desde aquella noche, y no le había enviado ni un solo mensaje. ¿Habría terminado su relación? ¿Así, sin más? Nicola sabía que iba a terminar en algún momento, pero aquello era

altamente insatisfactorio. ¿Se habría dado cuenta de que no era la mujer apropiada para él, ni siquiera como amante? ¿Tanto le había afectado el caos de su vida privada?

En varias ocasiones, alcanzó el móvil con intención de decirle algo, pero no lo hizo porque no quería parecer desesperada. Además, no tenía sentido que diera vueltas y más vueltas a los posibles motivos de Alessio. Su silencio le estaba haciendo mucho daño, pero había aprendido que la única forma de avanzar en la vida era aprender todo lo posible del pasado y aferrarse al presente.

Cuando volvió al trabajo, se concentró en la promoción de un paisajista del sur de Devon, que empezaba a tener éxito en el mundo del arte. Incluso viajó a Northumbria para asesorar a un cliente con unos cuadros. Pero por mucho que intentara reaccionar, los días se sucedían de forma terriblemente monótona, como si todos fueran el mismo. Los días eran cada vez más cortos; los vientos eran feroces, y seguían sin poder vender la maldita estatua de bronce.

Un domingo por la mañana, se fue a correr sin más deseo que el de salir de su letargo. En el camino de vuelta, compró un periódico, y ya estaba leyéndolo en su domicilio cuando alguien llamó al timbre del portero automático.

¿Quién podía ser? No había invitado a nadie a su casa. Nunca invitaba a nadie. Aquel era su espacio, su refugio, el sitio donde se sentía a salvo. Y era suyo; por lo menos, mientras siguiera pagando el alquiler.

Se levantó, descolgó el telefonillo y se quedó helada al ver al alto e indescritiblemente atractivo hombre que estaba al otro lado de la puerta, el que ocupaba sus pensamientos de día y sus sueños de noche.

Nicola cerró los ojos e intentó controlar su respiración.

Alessio.

Era él.

¿Qué iba a hacer ahora?

Nicola le abrió el portal y esperó a que llegara a su piso, dejándose llevar por todo tipo de fantasías que saltaron por los aires cuando Alessio se plantó ante ella. No estaba allí porque la deseara o la echara de menos. Su expresión era demasiado sombría.

—¿Cómo está Jago? —se interesó él.

—Mejor —contestó, agradeciendo su preocupación. — Completamente recuperado, a decir verdad. Yo... quizá tendría que habértelo dicho.

—Sí, quizá, aunque sé que le enviaste una nota a Harrison —dijo, clavando en ella sus ojos azules—. ¿Vas a dejarme entrar, Nicola? ¿O sigues empeñada en que no conozca tu casa?

—Sí, sí, claro —respondió ella, abriendo la puerta un poco más.

Alessio entró en el piso, y Nicola pensó que su cuento de hadas estaba a punto de terminar.

—¿Cómo has descubierto dónde vivo?

—Sergio me ha dado tu dirección.

Ella lo miró con horror.

—¿Sergio? No le habrás dicho que...

—¿Que nos estamos acostando? —Alessio soltó una carcajada. — No, tranquila, no le he contado lo nuestro. Tu imagen de mujer fría sigue intacta. Seguro que ha sentido curiosidad, pero me he abstenido de decirle que, hasta hace poco, yo era tu semental ocasional. Bueno para acostarse con él, pero no para compartir con él otros aspectos de tu vida.

Nicola se sintió como si fuera un globo de gas y alguien la hubiera pinchado con un alfiler. La actitud de Alessio no podía ser más hostil. Pero tenía que ser fuerte, porque la fuerza era lo único que le quedaba. La fuerza y el orgullo.

—¿Qué haces aquí, Alessio?

Él asintió y la miró como si le extrañara que no lo hubiera preguntado antes. Luego, se metió una mano en el bolsillo y sacó una modesta cadena de oro, la única joya que Nicola tenía, la que se había comprado una vez por el estúpido deseo de encajar en el elegante mundo que a veces habitaba.

—Me preguntaba dónde estaría...

Nicola tendría que haberse alegrado de recuperarla, pero no se alegró. Alessio había ido a devolvérsela. Solo estaba allí por eso.

—¿Quieres algo más? —dijo con frialdad.

—Ya que lo preguntas, sí. Siento curiosidad, y puede que tú puedas satisfacerla. Supongo que el dinero que te pagué era para ayudar a tu hermano y su familia, porque no veo que hayas comprado los muebles que

dijiste que necesitabas —respondió, echando un vistazo a su alrededor. —
¿A qué viene todo esto, Nicola? ¿Por qué no quieres hablar de ti? ¿Por qué
finges que tu hermano no está en prisión?

Ella sacudió la cabeza, maldiciéndose estúpidamente por no haberse
cepillado el cabello antes de abrir. Pero ¿para qué? No iba a recibir ningún
afecto de Alessio. Parecía obvio que ese barco ya había zarpado.

—¿Quieres saber por qué? ¿Crees que me siento avergonzada de mi
pasado?

Alessio guardó silencio.

—Pues sí, es posible que me dé vergüenza, y es posible que también
te la diera a ti si estuvieras en mi lugar. Los dos nos criamos con madres
solteras, pero nuestras circunstancias no pueden ser más distintas. Yo no
crecí en la pobreza, sino en el barrio más bajo que puedas imaginar, con
una madre que llevaba una vida de perros. Desaparecía durante días, y mi
hermano y yo nos quedábamos solos, casi sin comida.

Nicola respiró hondo y siguió hablando.

—Yo le daba la poca comida que había a Callum y, a veces, les
robaba los bocadillos a mis compañeras de clase. ¿Qué te parece? —dijo,
mirándolo con expresión desafiante. —¿Te gusta lo que oyes?

Alessio siguió tan impertérrito como antes, y se limitó a decir:

—Sigue, por favor.

Nicola carraspeó. Había sacado al genio de la botella, y ya no había
forma de volver a encerrarlo.

—Dedicaba casi toda mi energía a impedir que los servicios sociales
nos llevaran a un centro. Querían separarnos, y yo no estaba dispuesta a
permitirlo. Aunque puede que me equivocara —dijo con amargura. —
Puede que Callum no se hubiera mezclado con quien no debía si se lo
hubieran llevado. Puede que no se hubiera vuelto un ladrón. O quizá fue
por el mal ejemplo que le di al robar aquellos bocadillos.

Nicola cruzó al otro lado de la estancia, esperando que el
movimiento desviara su atención y no se diera cuenta de que estaba
temblando.

—He tenido que luchar por todo lo que he conseguido. Y tuve que
dejar atrás a la chica que fui, aunque siempre me ha asustado la posibilidad
de que alguien descubra de dónde vengo y me juzgue por ello. Supongo
que sufro el síndrome de la impostora. Por eso me siento a salvo aquí, en

mi pequeño hogar, porque nunca tuve uno. Y sí, vale nunca te he invitado a venir. Pero tú tampoco me has invitado a ir a Manhattan, ¿verdad?

Nicola se lo quedó mirando, incapaz de reprimir un pinchazo de esperanza en su corazón.

—Nuestros mundos no tendrían que haberse encontrado, Alessio. Ni encontrado ni mezclado... ¿Entiendes ahora por qué no te había dicho nada?

Él sacudió la cabeza.

—No, habría preferido que me dijeras la verdad, aunque fuera desagradable. Yo te he contado muchas cosas de mí, pero tú no fuiste capaz de hacer lo mismo conmigo. Y no fuiste capaz porque no confías en mí.

—Puede que no confíe en nadie —se defendió ella, en voz baja.

—Ya, pues la desconfianza mutua no es una buena base para una relación.

—Mira, Alessio, ni siquiera entiendo por qué reaccionas así. Tú no quieres estar con una mujer de vida tan complicada como la mía. ¿Cuántas veces me has dicho que te gusto porque soy fría y distante? Eso fue lo que te atrajo de mí, no lo niegues. Por eso me ofreciste que te acompañara a la Toscana. Y, aunque nuestra relación se transformara en otra cosa, era evidente que no iba a durar, ¿verdad?

—Nicola...

—Tú mismo me lo dijiste —continuó ella. —Dejaste bien claro que no estabas buscando ninguna relación seria, de ningún tipo. ¿Qué querías entonces que hiciera? ¿Que arruinara nuestra aventura por el procedimiento de hacerte partícipe de mis desgracias, que ni siquiera querías conocer?

Alessio volvió a sacudir la cabeza, y se preguntó por qué no había hecho caso de sus instintos o, más bien, de su experiencia con las mujeres. Sabía que Nicola era demasiado buena para ser real, y los hechos parecían darle la razón. Pero ya había oído lo suficiente. La había escuchado, y no podía negar que lamentaba que su vida hubiera sido tan difícil. Pero eso no cambiaba el hecho de que se sentía traicionado y, sorprendentemente, de que le dolía mucho.

¿Por qué?

¿Porque había creído que se estaba formando una especie de vínculo entre ellos?

Tal vez. Pero esa era la verdad de las relaciones amorosas: un juego de subterfugios, manipulaciones, humo y espejos. Y él no lo necesitaba. No necesitaba que le hicieran daño. No la necesitaba a ella.

La vida era bastante más fácil sin ese tipo de complicaciones emocionales. Era tan sencillo como eso. Y, súbitamente, se sintió aliviado de que Nicola le hubiera ofrecido una vía de escape. ¿Sería consciente de que se había pegado un tiro en el pie?

—No me has dicho nada hasta que no has tenido más remedio que decírmelo, hasta que te he puesto entre la espada y la pared —la acusó. — ¿Habría descubierto algo si tu sobrino no se hubiera puesto enfermo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Siempre pensé que compartir secretos era una forma de profundizar una relación, pero la nuestra no se basaba en compartir nada.

Alessio suspiró. Aquella conversación no tenía ningún sentido. Lo único que importaba era que estaba a punto de recuperar su libertad.

—Me alegra que tu sobrino esté bien, Nicola —dijo él y, al ver un destello de afecto en sus ojos, le dedicó una sonrisa cruel.

No fue por maldad, sino porque ella le importaba de verdad. Y no quería que, después de todo lo que había sufrido, se obsesionara con un hombre como él. Era preferible que lo odiara. Sería menos doloroso.

—Te deseo todo tipo de éxitos, Nicola. Lo digo en serio.

Alessio acababa de poner fin a su relación. Pero, a pesar de ello, tuvo que sacar fuerzas de flaqueza y forzarse a darle la espalda para poder salir del minúsculo piso.

Capítulo 13

—¿VENDIDA? —preguntó Nicola, mirando la estatua de bronce con incertidumbre. —¿Quieres decir que alguien la ha comprado?

—Sí, efectivamente —respondió su jefe, sonriendo. —Es lo que suele pasar cuando algo se vende... que alguien lo compra.

Ella también sonrió, intentando convencerse que solo una estúpida se entristecería por perder un objeto que era un recordatorio diario de lo que más echaba de menos. Y no extrañaba solo el sexo, claro, aunque fuera una parte inolvidable. Le extrañaba a él. Extrañaba a Alessio, al científico brillante que parecía una estrella de cine, al hombre que había estado constantemente en sus pensamientos.

¿Cómo no le iba a extrañar? Si alguna vez estaba triste, solo tenía que recordar sus ojos brillantes, su duro cuerpo o algún comentario gracioso que le había arrancado una carcajada para animarse al instante. Se había acostumbrado a la idea de que formaba parte de su vida, y siempre esperaba su siguiente encuentro con ansiedad.

Desde luego, la suya no había sido una relación seria, sino una simple acumulación de sesiones de sexo. Pero eso no impedía que cenaran juntos de vez en cuando, que fueran al cine o al teatro. En cierta ocasión, hasta fueron a Brighton y pasearon por la playa, donde confesó a Alessio que siempre había deseado vivir junto al mar.

—¿Quién la ha comprado?

—Ross Fleming, un cliente nuevo. Tiene una casa en la costa, en Cornwall. Por lo visto, quiere dar una sorpresa a su esposa.

—Ah. Qué... romántico —acertó a decir.

—Se la llevarán mañana, pero necesita que alguien supervise la instalación —le informó Sergio, sonriendo como si estuviera a punto de ofrecerle una paga extraordinaria. —No te importará viajar a Cornwall,

¿verdad? Tomarte un par de días libres y descansar un poco. Incluso puede que tus mejillas recuperen su color.

A decir verdad, ir a Cornwall era lo último que le apetecía. Solo se quería tumbar a leer un buen libro o ir al piso de Stacey y ver a Jago sacudiendo sus pequeñas y regordetas piernas cuando lo bañaban. Pero Stacey estaba intentando forjar una relación duradera con su hijo, y necesitaban estar solos.

Al final, sonrió y asintió. A fin de cuentas, Sergio creía que le estaba haciendo un favor y, además, había sido extremadamente diplomático con ella. Ni siquiera le había preguntado por qué le había pedido Alessio su dirección. Y tampoco había querido saber cómo era posible que no hubiera vendido ni un cuadro desde que el millonario italiano se había ido.

Estaba en deuda con su jefe.

Y también estaba en deuda con ella misma. Tenía que salir de su encierro y empezar a abrazar lo que la vida le ofreciera.

Nicola hizo la maleta, se subió a un tren desde el que pudo disfrutar de las impresionantes vistas de la Riviera de Cornish y, tras subirse a un taxi, acabó en un pequeño pero increíblemente acogedor hotel que daba al Atlántico. Luego, se duchó, se recogió el pelo, se puso la camisa blanca, la falda negra y la chaqueta a juego que usaba de uniforme y volvió a tomar un taxi.

—Ah, vaya, así que va a Morwind —declaró el conductor cuando le dio la dirección. —Es un lugar precioso. Dicen que tiene las mejores vistas del mar de todo el país.

—Sí, estoy deseando verlas.

Nicola no dijo nada más, porque no estaba de humor para conversaciones y porque tampoco estaba preparada para lo que le esperaba. Por estúpido que fuera, le dolía que un hombre hubiera comprado esa estatua para regalársela a su mujer. Debía de quererla mucho para comprarle una obra tan cara.

De repente, pensó que se había estado vendiendo muy barata con Alessio. Pero hasta ella se dio cuenta de que eso era absurdo. No se había acostado con él porque esperara nada de él, sino porque no se había podido frenar, porque asaltaba sus sentidos desde todos los puntos de vista, porque lo adoraba.

Y lo seguía adorando.

Además, Alessio no tenía la culpa de no sentir lo mismo que ella. No era culpa de nadie. Y aunque hubiera salido mal parada, no se arrepentía de lo que había hecho.

—Ya hemos llegado —anunció el taxista.

El coche se había detenido frente a una casa de estilo contemporáneo que estaba en lo alto de una colina y que, por algún motivo, parecía haber estado allí desde el principio de los tiempos. Las vistas eran ciertamente preciosas, pero había algo más, una sensación de estar más cerca que nunca de la naturaleza, de formar parte del cielo y el mar.

Cuando el taxista se fue, Nicola se quedó mirando las olas que rompían en la playa.

Pero no podía estar allí todo el día. Había llegado el momento de conocer al romántico Ross Fleming y, tal vez, a su esposa.

A pesar de la moderna arquitectura de la casa, descubrió que no tenía timbre, sino una antigua aldaba de latón. Y pasó tanto tiempo cuando llamó a la puerta que empezó a dudar de que la hubieran oído.

Ya estaba a punto de llamar otra vez cuando alguien abrió, y ella se llevó tal sorpresa que dejó caer el bolso y ni siquiera se molestó en recogerlo. Solo podía hacer una cosa: mirar los ojos del hombre que tenía enfrente, tan azules como el océano.

Alessio lucía unos vaqueros desgastados y un oscuro jersey de cachemir que enfatizaba su cuerpo. Nunca le había visto con ropa tan informal y, por si eso fuera poco, se había dejado el pelo más largo, lo cual le daba cierto aire de pirata. Pero el azul de sus ojos seguía siendo el mismo, y Nicola no supo si reír o llorar de alegría.

Sin embargo, no hizo ni lo uno ni lo otro. ¿Cómo se atrevía a tenderle una trampa así? ¿Era algún tipo de placer sádico? ¿Una cruel venganza por no haberle dicho la verdad sobre su pasado?

—¿A qué viene esto? —preguntó con frialdad. —¿Qué estáis tramando Sergio y tú?

—Sergio no sabe nada.

—He venido a ver a Ross Fleming.

—Yo soy Ross Fleming.

—¿En serio? Pensaba que te llamabas Alessio di Bari.

—Fleming es un pseudónimo.

—¿Para comprar estatuas de bronce?

Él sonrió.

—Sí, supongo que sí.

—Y regalárselas a tu esposa —añadió ella, furiosa.

—Nicola...

—¿Me has traído aquí para restregármelo por la cara? No has perdido el tiempo, ¿eh? ¿Cuánto tiempo llevas casado? ¿Conociste a alguien cuando nos separamos? ¿O estabas saliendo con ella desde antes?

Alessio pensó que estaba preciosa cuando se enfadaba. Pero tenía que actuar deprisa si quería tranquilizarla, y lo quería. Lo quería más que nada.

—Por favor, Nicola... entra de una vez. Hace un viento bastante desagradable.

—Si crees que voy a poner un pie en tu casa, estás muy equivocado. ¿Crees que estoy preparada para conocer a tu esposa? No soy de piedra, Alessio.

Alessio tragó saliva. No, no era de piedra, sino de carne y hueso y tormentosos ojos grises, que en ese momento se clavaron en el bolso caído, como si tuviera intención de recogerlo, sacar el teléfono y pedir un taxi.

Por lo visto, no tenía más remedio que decírselo de una vez. De lo contrario, se marcharía sin hacerle caso. Y necesitaba saberlo, necesitaba saber lo que sentía. Pero ¿cómo expresar sus sentimientos, si llevaba toda una vida intentando ocultarlos?

Alessio respiró hondo y dijo:

—No estoy casado. La estatua es para ti, Nicola. Solo para ti.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Para mí? ¿De qué estás hablando?

—Dije que era para mi esposa y es verdad, pero solo si estás dispuesta a serlo, porque la única mujer del mundo con la que me casaría... Porque te amo, Nicola, mi fuerte, orgullosa, valiente e inteligente Nicola. Te amo con locura.

—¿No se supone que tendrías que haber dicho eso antes de pedirme que me case contigo? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¡No sé lo que se supone que debo decir! —le confesó él con frustración, alzando las manos. —He estado sumido en la confusión más absoluta desde que te conocí. Eres la teoría del caos personificada, y te encuentro tan fascinante como irritante y apetecible. Contigo, nunca sé dónde estoy.

—Lo sé —dijo ella, pero sin alegría alguna, mirándolo aún con desconfianza. —Siempre supe que eso te gustaba. Era lo que te atraía de mí, y no querías otra cosa.

—Es cierto, no lo quería. Hasta que las cosas empezaron a cambiar sin que yo me diera cuenta. Empecé a sentirme relajado cuando estaba contigo. Miraba mi agenda todos los días para ver cuándo podía verte de nuevo, pero me obligaba a racionar nuestros encuentros porque tenía miedo de convertirme en un adicto. Sin embargo, era una batalla perdida. Y cuando por fin me rendí y quise darte una sorpresa, me dijiste que estabas ocupada. ¿Te acuerdas?

—Tenía que cuidar de Jago aquella noche.

—Ah, Jago —dijo él, asintiendo. —Ese bebé tiene mucha suerte.

—¿Suerte?

—Desde luego. De tener una tía como tú, que lucha por él y ayuda a su joven madre. No sabes cuánto te admiré cuando se puso enfermo. No necesitabas ocultar tu pasado, cara. En ese momento, me di cuenta de que eras el ser más maravilloso que había conocido.

—Pues no parecías muy admirado en ese momento —replicó ella.

—No, admito que no. Reaccioné mal por lo que sentía, por lo que tú me hacías sentir.

—¿Y qué te hacía sentir?

—Miedo —le confesó. —Siempre me he negado a tener miedo, porque me parecía una debilidad. Pero ahora vivo constantemente con ese sentimiento, y solo hay una forma de librarme de él. He intentado olvidarte, pero es imposible. Me he planteado la posibilidad de vivir sin ti, pero es inaceptable. Has conseguido que desee cosas que no creía desear, como tener hijos y un hogar. Lo siento, Nicola. Siento haberme portado mal contigo.

Ella asintió.

—Me enseñaron que, si alguien te pide disculpas, se deben aceptar. Pero solo si las piden en serio.

—No podría ser más sincero.

—En tal caso, yo también te pido disculpas. Tendría que haber confiado en ti, pero yo también estaba asustada. Tendría que haberte demostrado que me había enamorado de ti, pero me aterraba la idea de que me rechazaras.

—¿Significa eso que estás dispuesta a casarte conmigo, Nicola Bennett? —preguntó él, con el corazón desbocado.

Ella apartó la vista, y Alessio supo súbitamente lo que estaba esperando, así que se puso de rodillas en el suelo y añadió:

—Estoy loco por ti. Eres el gran amor de mi vida, mi único y verdadero amor. Cásate conmigo, por favor.

Un segundo después, ella también se arrodilló, sin preocuparse por la humedad del escalón ni por la desabrida brisa del Atlántico. Y, tras pasar los brazos alrededor de su cuello, le dio un beso en los labios y dijo:

—Sí, me casaré contigo.

Alessio no supo cómo entraron en la casa, cómo se empezaron a desnudar ni cuántas prendas habían dejado por el camino. Solo supo que se sintió completo cuando la penetró de nuevo y se deshizo en ella. Y no cayó en la cuenta de que no se había puesto un preservativo hasta un buen rato después.

—¿Qué pasará si te he dejado embarazada?

Nicola soltó una risita.

—Que me sentiré como si estuviera en el paraíso.

—Yo también —le confesó él, riendo. —¿No te parece una locura?

—Desde luego que sí —respondió Nicola con solemnidad, y se giró hacia la ventana que daba al mar. —¿Por qué compraste esta casa?

—No la he comprado todavía. Solo la tengo alquilada, pero será nuestra en cuanto quieras —respondió. —Me dijiste que no te gustaban los rascacielos y que querías vivir en la costa, aunque huelga decir que podemos vivir en cualquier lugar del mundo. Y por supuesto, sin olvidarnos de tu familia.

—¿De mi familia?

Alessio asintió.

—Cuando tu hermano salga de la cárcel, lo ayudaré a encontrar un empleo.

—¿Qué tipo de empleo? Su currículum es terrible.

—Puede aprender una profesión. Puede averiguar qué se le da bien y aprovecharlo. Nunca es tarde para cambiar, para empezar de nuevo. Ni para enamorarse. La vida es lo que elegimos hacer con ella, Nicola, y yo he elegido vivirla contigo.

Nicola rompió súbitamente a llorar y, esta vez, Alessio no se sintió incómodo con las emociones desbocadas. Bien al contrario, le secó las lágrimas con los labios y los dedos. Y, al igual que ella, también estaba llorando.

Epílogo

LA casa era preciosa todo el año, pero a Nicola le gustaba más en otoño, porque el sol se ocultaba justo por el oeste e inundaba su dormitorio con sus intensos y ardientes tonos, calentando su piel como en ese mismo instante.

—¿Alessio? —musitó.

Alessio no contestó, y ella cambió de posición para mirar a su dormido esposo, preguntándose si sería posible que la vida pudiera ser más perfecta.

Y sí, sospechaba que podía.

Se habían casado en Londres y, durante los tres años transcurridos desde entonces, pasaban casi todos los fines de semana en su casa de Cornwall. Había sido una boda pequeña. Se habían desposado en el registro civil de Marylebone, y habían dado una fiesta en el Hotel Ritz antes de irse de viaje de novios a Florencia, Siena y Roma, que Nicola ardía en deseos de visitar.

Pero Alessio la volvió a sorprender después, cuando la llevó al pequeño pueblo de las montañas donde había vivido con su abuela y descubrió que no había vendido su piso, que estaba encima de una panadería. De hecho, lo limpiaban todas las semanas y estaba en perfecto estado.

Pasaron dos noches en su antiguo hogar, y ella tuvo ocasión de conocer el sitio donde había crecido. La gente le reconocía por la calle y les sonreía. Y quizá fue su felicidad conyugal lo que convenció a la madre de Alessio de poner fin a su farsa de matrimonio cuando él le envió una foto de los dos donde se apreciaba lo mucho que se querían. De hecho, Rosetta se había ido a vivir a Lecce, a Italia, y ahora iban a verla de vez en cuando.

A pesar de saber que podía trabajar por su cuenta, Nicola siguió trabajando para Sergio. No se quería complicar la vida abriendo un negocio y, además, no estaba segura de tener talento para eso. A decir verdad, su matrimonio le interesaba bastante más. Y mientras tanto, Alessio había abierto su primera fábrica en Inglaterra, creando empleo en una zona económicamente deprimida del país.

Al ver que su esposo bostezaba, Nicola clavó la vista en sus ojos.

—Pareces satisfecho.

—Porque lo estoy. Eres divina satisfaciendo a un hombre, cara — dijo con una sonrisa, y volvió a bostezar. —Me alegra que volvamos a estar solos, aunque he disfrutado mucho de nuestro fin de semana.

—Y yo. Jago es adorable, y Callum está muy contento. No parece la misma persona. Hasta Stacey lo dice.

—Porque se ha vuelto más fuerte.

—Gracias a ti, mi amor.

Alessio había ayudado a Callum cuando salió de la cárcel, y le había conseguido un puesto de aprendiz en una carpintería, aprovechando que había aprendido la profesión cuando estaba entre rejas. Callum se había casado con Stacey, y se habían ido a vivir a una casa de campo de Somerset, con un enorme jardín donde su hijo podía correr a su antojo. Tenían gallinas y un huerto, y llevaban una tranquila vida rural.

Sí, todo iba bien; más que bien, incluso. Solo lamentaban una cosa: que Nicola no se había quedado embarazada aún; pero lo seguían intentando, y hasta habían sopesado la posibilidad de adoptar un niño, si es que al final decidían ser padres.

—¿Por qué estás tan seria, cara?

—Por nada. Es que estaba pensando que...

—Oh, eso es peligroso —dijo él, acariciándole la mejilla con un dedo. —No tendrá nada que ver con un bebé, ¿verdad? Concretamente, con el nuestro.

Nicola parpadeó, atónita.

—¿Cómo lo has sabido?

Alessio sonrió. Le podría haber hecho una lista con todos los síntomas que había notado, desde los sutiles cambios que había experimentado su cuerpo hasta su negativa a desayunar higos, que siempre

le habían encantado. Por no mencionar que su pelo estaba más brillante que de costumbre.

Sin embargo, no había llegado a esa conclusión por eso, sino por un principio que siempre les daba un placer inmenso a los dos cuando lo expresaba en voz alta. Así que sonrió, la tomó entre sus brazos y contestó:

—Porque te amo.